

**Afrodescendientes en el Putumayo:
trayectorias y presencias negras en la Amazonía colombiana**

Informe de Investigación

Eduardo Restrepo

Departamento de Estudios Culturales
Facultad de Ciencias Sociales
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá
2020

Contenido

Introducción	5
I. Procesos de poblamiento y trayectorias afrodescendientes	9
Quina, caucho y bogas	13
La guerra con el Perú	23
En Oriente había hartísimo oro	25
La Violencia, pieles y madera	28
Petróleo	30
Coca	34
Conflicto armado del Pacífico sur	38
II. Asentamientos y presencias afrodescendientes	40
Puerto Limón	50
Orito, Burdines y Tesalia	59
Villa del Río, Puerto Caicedo	64
III. Proceso organizativo y visibilización étnico-territorial	68
Conclusiones	78
Referencias citadas	80

Índice de tablas

Tabla 1. Familias colonas de comienzos de siglo XX provenientes del Pacífico nariñense	20
Tabla 2. Asentamientos de población afrodescendiente en el Putumayo	41
Tabla 3. Tipología de los asentamientos afrodescendientes en el Putumayo	46
Tabla 4. Datos presentados como porcentaje de población municipal por etnia según su propia percepción	48
Tabla 5. Contraste entre las cifras provistas por el Dane y Fedecap sobre la población afrodescendiente del Putumayo	48
Tabla 6. Organizaciones afroputumayenses de primer nivel	70
Tabla 7. Consejos en Puerto Guzmán para el 2017	72
Tabla 8. Consejos comunitarios registrados en Puerto Asís	74

Índice de imágenes

Imagen 1. Miguel Mosquera, dibujado por José María Gutiérrez de Alba	13
Imagen 2. Captura satelital de Puerto Limón	51

Índice de fotografías

Fotografía 1. Efraín Valencia, en 1994	16
Fotografía 2. John Brown	18
Fotografía 3. John Brown y su hija en compañía del antropólogo Horacio Calle	18
Fotografía 4. Pobladores afrodescendientes del Quinoró, 1917	21
Fotografía 5. Niños colonos provenientes de Antioquia, 1916	22
Fotografía 6. Soldados con ametralladoras peruanas	24
Fotografía 7. Tesalia	60

Índice de mapas

Mapa 1. Regiones del Putumayo	10
Mapa 2. Asentamientos afrodescendientes en el Putumayo	43

Índice de diagramas

Diagrama 1. Cuadro de parentesco Eliodoro Melesio	60
Diagrama 2. Cuadro de parentesco Dulce Flórez	42

Introducción

Para muchos colombianos el Putumayo se asocia a sus selvas agrestes, con monumentales árboles propios de bosques prístinos habitados por infinitud de animales, entre los cuales suele destacarse el mágico jaguar. También los colombianos suelen asociar el Putumayo a grandes ríos, hábitat de uno de los más imponentes peces de agua dulce como el pirarocú. Exuberancia providencial de vegetación, abundancia de animales, grandes peces en sus ríos... esto es, el Putumayo suele presentarse en la imaginación social como *pura naturaleza*, al fin y al cabo, es parte del Amazonas. Aunque el Putumayo también incluye el piedemonte, zonas bien frías, estas son más poco referidas que densas selvas y serpenteantes ríos.

Cuando se piensa en las gentes que habitan el Putumayo, no es de extrañar que se haga referencia a comunidades indígenas. Ahora bien, selva e indígenas han estado estrechamente anudados. Entre los colombianos, predominan fuertes estereotipos de los indígenas, que se han sedimentado desde el período colonial, que los vislumbran nómadas y semidesnudos, con arcos, flechas y plumas, al margen de la “civilización”, y con grandes poderes de brujería... unos complejos ensamblajes entre el buen-salvaje y el salvaje-salvaje son pues los estereotipos que el grueso de los colombianos reproduce sobre los indígenas que habitan las selvas del Amazonas en general y del Putumayo en particular.

Los colombianos del interior del país, también reconocen la presencia de los colonos, no solamente dispersos en sus fincas sino también habitando conglomerados urbanos. Mocoa y Puerto Asís, son los más fácilmente reconocidos, aunque se pueden encontrar personas que también refieran a Orito y La Hormiga. La imagen que predomina sobre los colonos que habitan en las zonas rurales, como en muchas otras zonas de la Orinoquia y Amazonia colombianas, es la de familias que han llegado del interior del país en la búsqueda de tierras expulsados en los años cincuenta por La Violencia y, después, en búsqueda de nuevas oportunidades.

Sobre el Putumayo también circulan imágenes de haberse constituido como uno de los escenarios más cruentos de la guerra, la fuerte presencia de las FARC y la bestial arremetida de las masacres paramilitares, los cultivos de coca, los laboratorios de pasta y cristalizaderos... en fin, esa Colombia que los sectores y clases privilegiadas residentes en las principales ciudades del país consumen en los horarios de noticias y en la prensa nacional.

Entre muchas otras cuestiones, en estas imágenes ha llamado poderosamente nuestra atención la marginal referencia, cuando no la total obliteración, de la presencia de afrodescendientes en el Putumayo. Los colonos son usualmente representados como “mestizos” o aun como “blancos”, a pesar de que la presencia de gente negra se puede rastrear desde los más tempranos momentos de la colonización. Como lo exponremos más adelante en este texto, es falso suponer que los afrodescendientes llegaron recientemente al Putumayo, sino que se pueden trazar pobladores negros desde las iniciales olas colonizadoras hacia la mitad del

siglo XIX. Durante el siglo XX, estos flujos migratorios se hicieron más notables y, ya para los años cincuenta, lograron consolidar importantes asentamientos negros sobre todo a lo largo de los ríos Caquetá y Putumayo.

Ahora bien, el hecho de que se imagine al Putumayo sin presencias afrodescendientes, esto también tiene que ver con el hecho que en Colombia se suele suponer que los negros están principalmente en la región del Pacífico colombiano y, en menor proporción, en el Caribe y los valles interandinos. En uno estudio ya clásico, Peter Wade (1997) argumentaba cómo en Colombia se ha racializado el espacio al suponer equivalencias entre ciertas regiones y poblaciones raciales. El Pacífico aparece como la región negra por antonomasia, mientras que la Amazonía es asociada con lo indígena. En contraste, el interior del país aparece como blanco, con algunas marcaciones mestizas e indígenas en las zonas rurales y hacia el sur del país.

Esta espacialización de la raza se ha articulado como una *topografía moral* (Taussig 2012), es decir, los sujetos civilizados se encuentran en los lugares del interior andino, mientras que los barbaros y salvajes se ubican en las costas, valles interandinos y zonas selváticas. Desde “El Sabio” Caldas, la división entre civilización y barbarie, constituye los imaginarios sociales y el sentido común desde el que las elites bogotano centradas han gobernado e intervenido el país.

En este marco de topología moral, a los afrodescendientes se les ha ubicado en el lugar de la barbarie y atraso, en los lugares de costas y los ríos de los valles interandinos. Su asociación con el Pacífico colombiano es tan fuerte, que no a pocos colombianos les cuesta entender que la mayoría de los afrodescendientes no viven en esta región ni son sujetos rurales (pescadores y mineros), sino que se encuentran en los centros urbanos de Cali, Cartagena, Bogotá, Pereira y Medellín. En estas lógicas estereotipantes, negro equivale para mucho a pescado, playa, marimba y Pacífico colombiano.

Por su parte, desde esta topología moral, la región del Amazonas emerge como lugar prístino y recóndito, donde monumentales árboles en la espesa manigua alberga los más feroces y llamativos animales como jaguares, pirañas y bulliciosos monos. Igualmente, el Amazonas es asociado a las más puras indianidades, con coronas de plumas, chamanes que manejan los secretos del yajé y tradicionales malocas donde el tiempo se ha detenido.

Dados estos marcos de la topología moral y de la racialización de la geografía, no es de extrañar que la idea de negros en el Putumayo suena inverosímil para muchos. En este documento, sin embargo, nos proponemos mostrar no solo las presencias y trayectorias de los afrodescendientes en el Putumayo, sino también cartografiar sus actuales asentamientos, así como evidenciar la pujante dinámica organizativa que se ha consolidado en las últimas décadas.

Este documento es el informe de un proyecto de investigación titulado “Afrodescendientes en la Amazonia: cartografías de trayectorias y presencias” que adelantamos entre la Facultad de Ciencias Sociales y la Facultad de Estudios Rurales y Ambientales de la Pontificia Universidad Javeriana. El proyecto de investigación del cual este informe es un resultado fue presentado con las profesoras Luisa Sánchez (Departamento de Antropología) y Johana

Herrera (Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos de la Facultad de Estudios Rurales y Ambientales). En el marco de este proyecto, realizamos un trabajo de campo en el Putumayo, durante unas semanas a mediados del 2018, con un grupo de investigación que, además de dos profesores, incluyó la participación de tres estudiantes de antropología (Paloma Aguilar, Sandra Gacha y María Alejandra Riveros) y tres asistentes de investigación (Cristina Castaño, Andrea Palomar y Laura Rodríguez).

Esta primera temporada de campo comenzó con una visita a Mocoa, donde hicimos contacto con Florel Ángulo, líder del Consejo Comunitario de Puerto Limón. En días posteriores, una parte del equipo se concentró en Puerto Limón, centro urbano localizado en la zona rural de Mocoa y visitó también uno de los Consejos Comunitarios de la zona urbana de la capital departamental. Otra parte del equipo se desplazó al municipio de Orito, a las veredas Tesalia y Burdines. Los demás miembros del equipo visitaron La Hormiga y Puerto Colón. Esta estadía nos permitió acercarnos a las dinámicas organizativas, sociales y religiosas de los asentamientos afros más conocidos en el departamento. En todos los lugares se hicieron entrevistas que buscaban explorar, a partir de la construcción de los cuadros de parentesco, los procesos movilidad y las actuales presencias de los familiares más cercanos.

Derivadas de este proyecto de investigación se vienen adelantando tres tesis, dos de antropología y una de la maestría de estudios culturales. Las dificultades de continuar con los trabajos de campo, derivadas de las restricciones del Covid 19, han alargado los tiempos de entrega. No obstante, para el primer semestre del próximo año esperamos contar con estos trabajos de grado culminados.

Este estudio no hubiera sido posible sin el apoyo decidido de muchas personas tanto en Bogotá como en el Putumayo. En la Facultad de Ciencias Sociales de la Javeriana, le agradecemos a Liliana Martínez y a German Mejía por haber hecho posible que este proyecto fuera posible en el marco de imaginar la docencia más allá de las paredes de las aulas. Igualmente, agradecemos a Edgar Peña y Carolina Martínez porque nos han hecho transitables los entuertos y laberintos de la burocracia.

En el Putumayo, fueron muchas las personas que nos prestaron su decidido apoyo. En Puerto Limón, nos encontramos con la generosidad de Florel Angulo, quien no solo nos acogió, sino que también nos indicó los nombres de los mayores con los que podríamos conversar. Sin su intermediación para que nos recibieran al grupo que llegábamos de Bogotá es bien probable que no hubiéramos avanzado mayor cosa. Agradecemos también a la señora Aura Inés Estupiñan el permitirnos quedar en su casa y sus maravillosas conversaciones. Muchas otras personas nos atendieron amablemente y respondieron a nuestras preguntas, entre las cuales queremos agradecer a Eulogia Angulo, Alfredo Angulo, Tomasa Criollo y Remberto Castillo. En Mocoa, pudimos participar en la celebración del belén al Niño Dios gracias a Petrona Castillo. A Paula Galeano, en Mocoa, por su ayuda y disposición ante los preparativos del viaje.

En La Hormiga, agradezco el recibimiento en su casa de la colega Viviana Chaparral, así como por haber posibilitado la confluencia de los jóvenes pioneros, egresados del programa de antropología: Deily Vallejo, Jairo López y Deyanira Machado. En Tesalia el profesor Rodrigo Mena y en Burdines Pompolio Ramírez, líder del consejo comunitario, nos abrieron

las puertas de sus comunidades. En Orito nos recibió María Cecilia Silva, quien compartió su profundo conocimiento del Amazonas y nos contactó con Teosbaldo Puertocarrero y con la señora María Cielo. Finalmente, agradezco a Marcela Ardila por la generosidad de compartirnos sus notas y entrevistas realizadas para su tesis de maestría en sociología de Universidad Nacional.

I. Procesos de poblamiento y trayectorias afrodescendientes

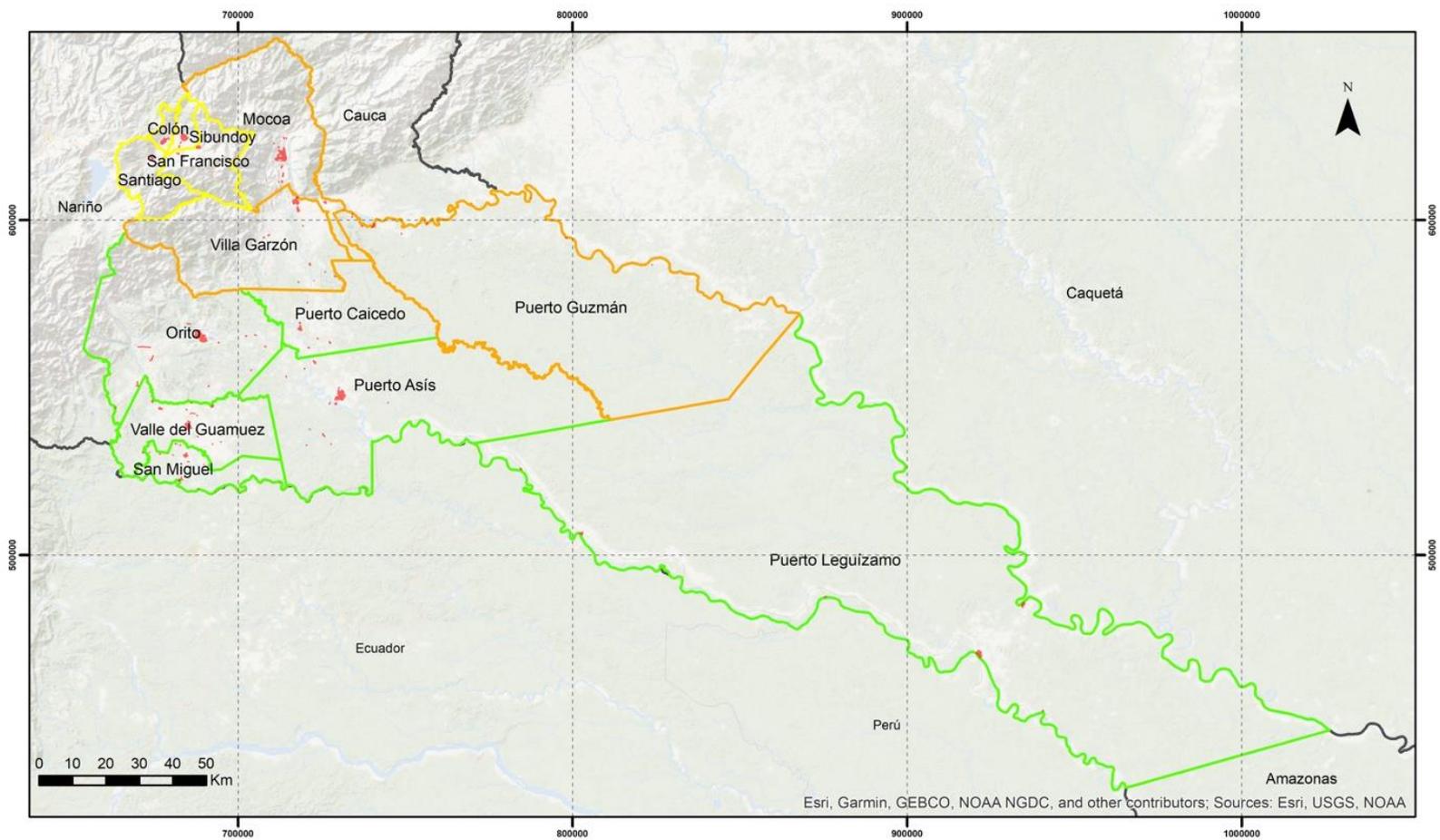
El río Caquetá y el río Putumayo, que desembocan en el Amazonas, constituyen junto con el río Mocoa, las cuencas hidrográficas más importantes del Departamento. Con una extensión de 2.597.702 ha, el departamento del Putumayo está situado en el extremo sur de Colombia, en la frontera con Ecuador y Perú. Por el occidente, linda con el departamento de Nariño, por el norte con los del Cauca y el Caquetá, y por el oriente con el del Amazonas.

En la zona alta, conocida como Alto Putumayo, se caracteriza por ser montañosa, alcanzando alturas de hasta 3.800 metros sobre el nivel del mar. Con una marcada presencia indígena kamëntsa e inga, al Alto Putumayo pertenecen los municipios de Santiago, San Francisco, Colón y Sibundoy. Por su parte, con cerca de 275.679 habitantes, las poblaciones de los colonos (“blanco-mestizos” y afrodescendientes), son los principales pobladores del Medio y Bajo Putumayo. El Medio Putumayo, comprende el piedemonte amazónico hace las veces de puente entre este y una zona baja, consistente en planicies de selva amazónica. En Medio Putumayo se encuentran los municipios de Mocoa (capital departamental), Villagarzón y Puerto Guzmán. Finalmente, la zona donde predominan la llanura amazónica, conocida como el Bajo Putumayo, se localizan los municipios de Puerto Asís, Valle del Guamuéz¹, San Miguel, Puerto Caicedo, Orito y Puerto Leguizamo.

A diferencia de otras zonas de lo que hoy es Colombia, en el Putumayo no se establecieron reales de minas o haciendas recurriendo a la mano de obra de los esclavos africanos o sus descendientes. En contraste con la región del Pacífico colombiano o de los valles interandinos, la explotación de oro no fue sustancial y no se tiene registro de la llegada de esclavizados para adelantar estas labores. No obstante, como lo señala Gabriel Cabrera:

“[...] la invisibilidad del negro en la Amazonia se extiende a tiempos coloniales, algunos trabajos llaman la atención sobre la presencia temprana de esclavos negros que se consolida en la región hacia la mitad del siglo XVIII, recordando que entonces ellos se desempeñaron en el comercio de productos o que fueron arrendados para desempeñar actividades según sus habilidades específicas [...]” (2018: 62)

¹ En los textos aparece Guamués o Guamuéz. Así por ejemplo, en la página del municipio aparece con z, mientras que en el mapa del IGAG aparece con s. Aunque mantendremos la ortografía de los diferentes autores. Nosotros lo escribiremos con z.



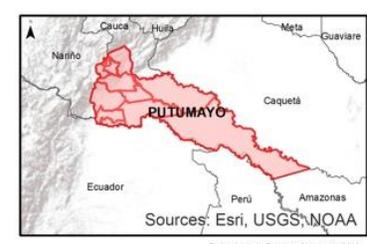
Esri, Garmin, GEBCO, NOAA NGDC, and other contributors; Sources: Esri, USGS, NOAA

REGIONES GEOGRÁFICAS DEL DEPARTAMENTO DE PUTUMAYO

Legenda	Convenciones
<p>Clasificación</p> <ul style="list-style-type: none"> ■ Alto ■ Medio ■ Bajo 	<ul style="list-style-type: none"> Limite municipal Limite internacional Centros poblados
<p>Información de referencia</p> <p>Datum: Magna Sirgas Origen: Bogotá Proyección: Transversal de Mercator</p>	<p>Información cartográfica</p> <p>Geoportail IGAC SIG-OT Colombia</p>



Sources: Esri, USGS, NOAA



Sources: Esri, USGS, NOAA

Elaboró: María F. Anaya Chamorro, 2020.

Ahora bien, todo pareciera indicar que la actividad minera en lo que hoy es el Putumayo no fue de gran envergadura, circunscribiéndose a unos pocos entables que recurrieron a la mano de obra indígena de la región. Haciendo referencia la minería colonial en el Putumayo, Claudia Devia precisaba que

“Para la explotación de las minas se recurrió a las figuras del rescate y la encomienda, el tributo y el trabajo compulsivo se convierten en motor de las relaciones coloniales de Quillacingas e Ingas del Valle del Sibundoy, sucumbíos y mocoas. Las principales minas de veta estaban en Sibundoy, Yscansé (Descansé) y Agreda (Mocoa). Se sacaba oro de las arenas de los ríos Caquetá, Curiaco, El Cascabel y el Villalobos, también del río Putumayo y sus afluentes: San Pedro, Guineo, San Juan Oritapunto y Guamués, del río Aguarico y el Cofanes” (2004: 37).²

Los afrodescendientes también pudieron llegar a lo que hoy es el Putumayo como libres o cimarrones. Augusto Gómez que señala desde el siglo XVIII se puede registrar la presencia de los palenques de Cascabel y Cascabelito en las cercanías de Mocoa con “grupos de esclavos negros huidos de las minas y haciendas de la Gobernación de Popayán [...]” (Gómez 2005: 164; citado por Culma *et al.* 2015: 173).

Para el siglo XIX, se multiplican los registros de la llegada de afrodescendientes en el actual departamento del Putumayo. Podríamos argumentar, entonces, que con la información con la que contamos hasta hoy, la presencia afrodescendiente es el resultado de diferentes procesos de migración que se remontan al siglo XIX y que, con distintos ritmos y procedencias, se mantienen hasta el día de hoy. En los flujos de población afrodescendiente hacia el Putumayo se pueden identificar unos momentos de mayor intensidad a los que se les puede denominar olas migratorias.

En términos analíticos, la presencia de población negra en el Putumayo se asocia estrechamente a seis olas migratorias que responden sus específicas con las dinámicas económicas y políticas del país, a las particulares situaciones de los afrodescendientes en sus zonas de origen, y las demandas de los mercados mundiales. Aunque en la mayoría de estas olas migratorias no solo llegó población afrodescendiente, nuestro análisis se realiza desde la perspectiva de visibilizar sus trayectorias y presencias en el Putumayo.³ No sobra señalar que las investigaciones que existen sobre el proceso de poblamiento del Putumayo no han sido realizadas desde una perspectiva que busque visibilizar la presencia afrodescendiente. Se han referido a los colonos de manera muy general, sin prestar atención a las improntas de las poblaciones negras en estos procesos de poblamiento.

² No obstante, consideramos que es labor de futuras investigaciones precisar si se introdujeron esclavizados negros y en qué proporción para las labores mineras en esta región.

³ En este sentido, hemos complementado y especificado para los afrodescendientes otras propuestas de periodización como las de Comisión Andina de Juristas (1993), Devia (2004) y Ramírez (2001).

Quina, caucho y bogas

Un temprano indicio de la presencia afrodescendiente en la región Amazónica, la encontramos en la Comisión Corográfica. En un dibujo de José María Gutiérrez de Alba (1822-1897) se encuentra a un indígena andaquí al lado de uno de los guías locales que acompañaron a Codazzi en 1857 en su recorrido por los ríos Caquetá y Putumayo. En el pie de imagen, Gutiérrez de Alba escribe: “Miguel Mosquera, nacido en el Caquetá, práctico e interprete que acompañó la Comisión Corográfica en 1857” (ver imagen 1). Efraín Sánchez, en su texto, “Geografía de una nación inédita”, planta que Miguel era uno de los dos mellizos (el otro se llamaba Pedro Mosquera) que sirvieron de guías a Agustín Codazzi. Según Sánchez, el mismo Codazzi habría “reconociendo la deuda que adquirió con “[...] las relaciones de los hermanos gemelos Pedro i Miguel Mosquera, nacidos i criados en aquellas selvas, conocedores de varios idiomas i que han viajado hasta donde yo no he podido ir”. Sobre ellos, Gutiérrez de Alba había precisado

“[...] por su intrepidez e infatigable laboriosidad, son generalmente conocidos de nombre en toda la república. De pura raza africana, altos de cuerpo y de miembros fornidos, los dos frisan ya en la avanzada edad de ochenta años [...] La conversación de estos dos hermanos es fácil, y hasta cierto punto amena, sobre todo cuando se trata de la topografía de estos lugares, que conocen mucho por su larga práctica de viajar en ellos”.⁴

Este registro visual de Miguel Mosquera, un poblador afrodescendiente, nacido en el Caquetá, que para mediados del siglo XIX sirvió de acompañante en los recorridos de la Comisión Corográfica, es un importante registro de que al menos desde principios del siglo XIX había presencia afrodescendiente en la región.

En la segunda mitad del siglo XIX, el caucho y otros productos forestales como la quina, añil y la raicilla incentivaron la primera ola de migración hacia el Putumayo y la Amazonía en general. Aunque como se sabe gran parte de la extracción se realizó recurriendo a la mano de obra indígena,⁵ también llegaron gentes de otros lugares del país en los cuales había afrodescendientes. De todos estos productos forestales, el caucho fue el más importante. El caucho era recolectado tumbando los árboles nacidos silvestremente, pero también fue sembrado en plantaciones para ser regularmente sangrados. La goma era sacada a hombro hasta las quebradas y cursos de los ríos, y de ahí en canoas se llevaba hasta los asentamientos donde existían centros de acopio, donde se empacaba para ser transportada por tierra o por aire para ser exportada.

⁴ Sánchez, Efraín. “Geografía de una nación inédita La Comisión Corográfica y la exploración científica en Colombia en el siglo XIX”. Recurso electrónico del Banco de la Republica. <https://www.banrep.gov.co/impresiones-de-un-viaje/index.php/contexto/index?view=comision&show=1>

⁵ Para ampliar la historia de la extracción del caucho en el Putumayo y del papel de la Casa Arana, ver Centro Nacional de Memoria Histórica (2014).

Imagen 1. Miguel Mosquera, dibujado por José María Gutiérrez de Alba



Fuente: Libreta de dibujos José María Gutiérrez de Alba, Banco de la República.⁶

Entre los empresarios colombianos, se encontraba la casa Comercial Elías Reyes & Hermanos, fundada en Popayán para 1875 y que operó en la región del Putumayo y Caquetá hasta 1884.⁷ Asociada a los hermanos Reyes, concretamente con Rafael Reyes, luego presidente de Colombia, se encuentra otro indicio de la temprana presencia de pobladores negros en la región del Putumayo y Caquetá, recolectada desde la tradición oral por la investigadora María Cecilia Silva.

“Con Rafael Reyes entró un negro de apellido Larrañaga, que entró con él a sacar quina. Él fue famoso porque después entró y colonizó unas tribus indígenas. Se llamaba Benjamín Larrañaga [...] Rafael Reyes quebró [...] y él

⁶ <http://proyectos.banrepcultural.org/libretas-de-dibujos/es/jose-maria-gutierrez-de-alba>

⁷ “En 1878, la Casa Reyes tenía La Soñá (cerca a Puerto Asís), como centro de las operaciones realizadas en la bota caucana y altos ríos Caquetá y Putumayo, las sedes de la compañía eran en Pasto y Popayán. Los barcos, que recorrían los 1800 km del río Putumayo hasta Brasil llevando quina, a su regreso contribuían con la importación de mercancías brasileñas destinadas a los mercados de Pasto, Popayán y Mocoa, afianzando así el naciente comercio de principios del siglo XIX” (Palanca 2013: 25).

[Benjamín Larrañaga] se quedó y empezó a explotar el caucho con lo que les había aprendido a los Reyes y se volvió millonario. Quedó sobre el río Putumayo, y allá colonizó, pues... conquistó indígenas para el caucho y los puso a trabajar, él era bueno. Después llegó la Casa Arana y lo mató”.⁸

Ahora bien, de Benjamín Larrañaga se encuentra una valiosa referencia consignada por Miguel Triana, en su libro *Por el sur de Colombia*. Refiere Triana, como parte de los conflictos entre colombianos y peruanos que le fueron contados, una situación sucedida en 1902, en la que aparece mencionado no solo Benjamín sino también su hijo Rafael.⁹ Este último es uno de los protagonistas de una disputa con los peruanos, resultado de una serie de acontecimientos que lo llevan desde ser apresado hasta “[...] honrado por el Gobierno de entonces con el Cargo de Oficial del Ejército colombiano” (Triana 1907: 282).¹⁰

No todos los que llegaron lograron tal visibilidad de Benjamín y Rafael Larrañaga. Muchos otros se dedicaron a recorrer los bosques o a trabajar en los cultivos, pero muchos otros se destinaron a labores relacionadas con el transporte del caucho y otros productos por los ríos.¹¹

⁸ Entrevista a María Cecilia Silva. La Hormiga, julio de 2018. En su libro, María Cecilia Silva con relación a Larraña escribe lo siguiente: “La Casa de los Reyes estableció sus explotaciones de quina en las montañas de Mocoa sobre la banda oriental del río Caquetá desde zonas cercanas a su nacimiento en el caserío de Descanse, en las montañas de Mocoa y en territorio de los resguardos indígenas Santiago y Tambillo. Uno de los trabajadores que acompañó a Rafael Reyes en sus primeras exploraciones por quina fue Benjamín Larrañaga, quien años más tarde estableció explotaciones de caucho luego del retiro de los hermanos Reyes” (2018: 14).

⁹ El fragmento específico donde aparecen mencionados es el siguiente: “Al llegar, aprendieron de sorpresa en unión de otros colombianos, a Rafael Larrañaga y a un argelino llamado Jacobo Berchilón, y siguieron por tierra a la colonia indiana de La Chorrera, donde estaba el gran Benjamín Larrañaga, padre de Rafael” (Triana 1907: 282). Además de esta referencia, en el primer volumen del libro *Putumayo: la vorágine de las caucheras. Memoria y testimonio* se le dedica toda una sesión a Benjamín Larrañaga (Centro Nacional de Memoria Histórica 2014: 89-102). Ninguna de estas dos fuentes refiere a Benjamín Larrañaga como afrodescendiente. No obstante, en el libro del Centro Nacional de Memoria Histórica sí aparecen otros nombres referidos como tales. En efecto, en el volumen dos se hace referencia a otros afrodescendientes que estuvieron asociados a la extracción del caucho en la región del Caquetá y Putumayo: Simón Angulo (p. 184) y Benedicto N. (p. 41). Además de estas referencias puntuales, hay una larga historia del negro Crisóstomo Hernández (56 y ss.). También se indica que “Otro asesinato fue el de un negro Ildelfonso, colombiano, valiente a quien asesinaron los peruanos en una canoa y lo botaron al río, quemándole la casa y llevándose en seguida los bienes de este, para la poderosa Arana [...]” (p. 488).

¹⁰ No es este la única publicación en la que se habla de Benjamín Larrañaga. En una carta de Sir Roger Casement a Sir Edward Grey, se puede leer: “Me informaron que la primera invasión colombiana en la región del Putumayo tuvo lugar a comienzos de los años 80, aunque algunos informantes me dijeron que fue cerca de 1886. Los primeros “conquistadores” fueron Crisóstomo Hernández y Benjamín Larrañaga, quienes entraron la región en busca de una clase inferior de caucho conocida como “sernambí” o “jebe débil” (Cornejo y Parellada eds. 2011: 77).

¹¹ Ser boga en los cursos de los ríos para transportar mercancías y pasajeros no era una labor desconocida para los afrodescendientes, ya que desde la colonia se dedicaron a este vital oficio en aquellos tiempos sin carreteras ni redes ferroviarias a través de las vías fluviales que conectaban el virreinato con la metrópoli.

Además de los Hermanos Reyes, se tiene referencia de otros caucheros que trajeron trabajadores afrodescendientes provenientes del Pacífico colombiano.

“[...] Eloy Gutiérrez [uno de los primeros caucheros, buscaron] los negros para que vinieran a ayudarles a sacar el caucho [...] llegaron a Puerto Limón [en el río Caquetá] y después bajaron y fundaron un pueblo que se llama Quinoró, y eso era de puros negros que llegaron a sacar el caucho, y ahí se quedaron. Incluso en una foto que yo tengo en esa revista, y por aquí la debo tener, y es de los capuchinos y él está chiquito”.¹²

Otro registro de la presencia afrodescendiente, lo encontramos publicado en la *Revista Raigambre*. En una entrevista en los años ochenta a uno de los abuelos, don Efraín Valencia, hablaba de los tiempos del caucho, cuando llegó su madre de Buenaventura y de su padre, un destacado boga en la región:

“Mi mamá se llama Patrocinia, ellas su puso Rentería pero el propio apelativo era Montoya. Llego de Buenaventura con el papá, José Dimas Rentería, por el mismo tiempo que mi papá, pero él vino de boga, ¡Un hombre muy señalao, el que no lo conocí, hum! Se lo trajeron desde allá los negociantes... venían por buque hasta Leticia, subían Putumayo arriba en barco de maquinaria y cogian camino en Puerto Asís, pá dentrá por Puerro Limón. Como no, vino renombrado pa’ boga, con el jinao Saturnino Cuero y otro que no conocí, pa sacá carga por Puerto Limón. Y tambien sería por este Caquetá, porque él, despues que conoció todo esto, se regresó a traé los hijos. Volvio por Leticia pero dentró po’este río Caquetá. Subio hasta Araracuara, pasó el salto pero por camino para caer otra vez al Caquetá, y en canoa llegó hasta aquí por esa ruta que era más corta. ¡Como él era boga, tení que conocé los ríos por donde iba a andá!... Bueno, y el caucho vino acabáse antes del conflicto con Perú ¡Uh!”.¹³

De ahí que, en uno de los pasajes de la entrevista, don Efraín Valencia afirma contundentemente, “Bueno, es que pá aquí pa’arriba, casi todo llegó a Puerto Limón, es ¡Puro moreno!”.

¹² Entrevista a María Cecilia Silva. La Hormiga, julio de 2018.

¹³ Por los caminos del caucho...en este Caquetá. Don Efraín Valencia Rentería. Revista Raigambre. San Rafael, río Caquetá.

Fotografía 1. Efraín Valencia, en 1994.
Fotografía tomada en San Rafael, sobre el río Caquetá



Fuente: María Cecilia Silva (2018: 47).

Jorge Martínez, un anciano que trabajó en la recolección del caucho y participó como soldado en la guerra con el Perú, le contaba en los años ochenta a María Cecilia Silva que el Negro Brown era el encargado de dirigir a los indios y un puñado de colonos en la extracción de la preciada goma:

“Yo casi me perdía marcando esos palos con una X para que otro no viniera a cogerla, él entraba con esa marca porque era un monte donde había balata con ganas. Terminó la correría y principiamos. Ese primer año tumbamos pero en cantidad, yo de muchacho pensaba si hubiera otra forma de sacarle la leche al balato sin tumbarlo.

Nos habíamos distribuido el trabajo de acuerdo al conocimiento –el negro Brown era el técnico. Preparaba los secantes que eran huecos en la tierra de diez centímetros de fondo, metro y medio de ancho y tres de largo –Entré a vigilar que el personal cortara bien, sin saber de eso pero iba aprendiendo –¡Yo era rápido para las cosas! Me entretenía ver como Brown hacía los secantes, les echaba barro, luego leche de balata a dos manos para que quedara sellada. La primera vaciada la dejaba secar, la segunda la echaba como fondo para luego

vaciar la balata, mientras tanto echaba la leche en unos tanques grandes para que fuera fermentando, después que se fermentara la echaba en los secantes hasta llenarlos, tapaba el secante con una media agua (techo) y cuando venía el sol lo levantaba, esperaba... Tapaba y así hasta un día a las dos de la tarde que la sacó y se puso amarillita bien bonita. Al otro día a las cinco de la mañana con un cuchillo le abrió aquí el bordito y luego con el lomo del cuchillo ¡Sss! Soltó la lámina le metió el dedo y quedó libre, cogió un palo levantó aquí y allá, la jaló, la botó allá y quedó dividida. Luego paraba el palo y lo ponía en horqueta, quedaba la lámina cogida escurriendo la leche, ahí le daba el sol, secaba por ese lado luego por el otro y ya seca la doblaba como quien dobla una cobija, bien bonito se veía” (citado en Silva 2018: 53).

Por su parte, Luis Plazas recordaba como Quinoró era puerto cauchero con presencia de trabajadores afrodescendientes: “[...] en ese tiempo don Eloy Gutiérrez, Leonardo Cabrera y varios caucheros tenían negros sacando caucho” (Silva 2018: 74).

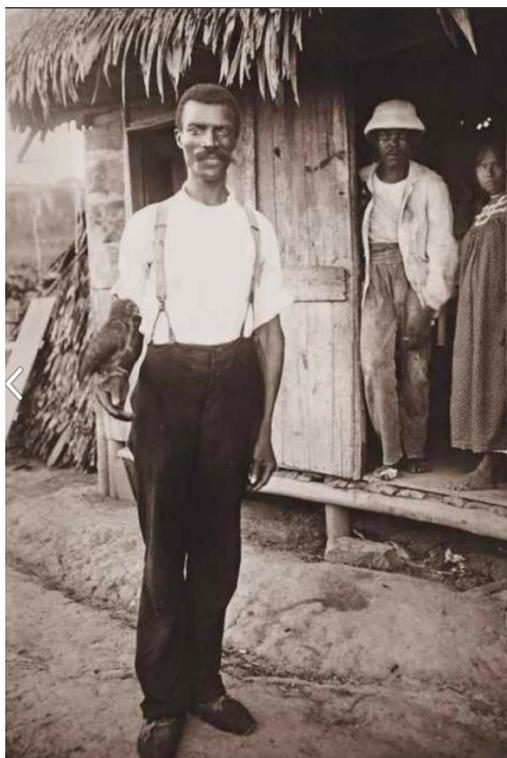
Se cuenta con registros de negros del Caribe insular, muchos de ellos de Barbados, que fueron contratados por la Casa Arana para servir de capataces en la recolección del caucho. El artículo de Gabriel Cabrera (2018) sobre la presencia antillana en la Amazonía evidencia esta temprana fuente de la presencia afrodescendiente en lo que hoy es el Departamento del Putumayo.

Una de las figuras más destacadas, John Brown, en el relato de nacido en Barbados, aparece mencionado en varios registros de la época e, incluso, en algunas fotografías. Para principios de siglo, en el Álbum de fotografías del viaje de la Comisión Consular al río Putumayo y afluentes se conserva la siguiente (ver fotografía). En el pie de foto, de la reciente edición de este álbum se escribe:

“Una de las pocas fotos del famoso barbadense John Brown, que acompañó como interprete a la Comisión de los cónsules. J. Brown, casado con una mujer huitoto, dominaba varios idiomas indígenas. Sirvió anteriormente al malogrado explorador francés Eugene Robuchon (lideró la expedición organizada para averiguar la suerte corrida por este francés desaparecido en el río Cahuinari, probablemente víctima de los hombres de Arana). Posteriormente fue intérprete y guía del capitán británico Whilffen y luego del propio Casamet. John Brown nació en Monsterrat (Barbados) en 1883 y llegó a Iquitos en 1903, donde fue contratado por Arana hasta 1911” (Mitchel [1912] 2003: 100).

En el artículo arriba mencionado de Gabriel Cabrera se reproduce una de las últimas fotografías de John Brown. Ya anciano, en esta foto Brown aparece en compañía de una de sus hijas y con Horacio Calle, uno de los pioneros de la antropología en Colombia (ver fotografía 3).

Fotografía 2. John Brown. Nacido en Barbados en 1883, protagonista de la explotación del caucho en el Putumayo



Fuente: George B. Mitchel ([1912] 2003: 100).

Fotografía 3. John Brown y su hija en compañía del antropólogo Horacio Calle



Fuente: Gabriel Cabrera (2018: 87).

También se cuenta con datos que permiten constatar que afrodescendientes ya residían en Mocoa para finales del siglo XIX. En el discurso que el General Rafael Reyes presentó en 1902 al Congreso Panamericano en México, afirmaba: “Todo el mundo sabe que Mocoa ha existido desde tiempos coloniales, y yo agrego que el explorador [se refiere a sí mismo] encontró allí a un Prefecto, señor Salvador Quintero, y a un Párroco, fray Nepomuceno Santacruz, y muchos otros blancos y morenos civilizados” (citado en Salamanca 1916:141)

Un año después de que el caucho alcanzara su más alta cotización mundial, en 1912 se abrió el camino de Pasto a Mocoa, importante sitio de su acopio y comercialización en el Putumayo. Esta vía facilitó la llegada de colonos, entre los que las fuentes escritas destacan antioqueños y nariñenses del altiplano:

“En mayo de 1912 se abrió el camino entre Pasto-Moco, trazado por un padre Capuchino, con el fin de facilitar que al valle del Sibundoy y al Putumayo llegaran familias colonizadoras. Se fundaron dos caseríos de blancos: Albernia con inmigrantes antioqueños (1912) y Sucre con inmigrantes nariñenses (1916) [...] En el mismo año de 1912 se fundó el municipio de Puerto Asís y se inició el trazado de la carretera Puerto Asís-Mocoa” (Comisión Andina de Juristas 1993: 17).

No obstante, también llegaron afrodescendientes en estas iniciativas de colonización. Para 1917, en el informe sobre la colonización de Puerto Asís de Fray Fidel de Montclar se encuentran otros trazos de la presencia de poblaciones afrodescendientes que hacían parte de las familias de colonos. Reproduciendo una serie de estereotipos del pensamiento racial de la época, Montclar escribía en su informe:

“Los morenos que trajo Pantoja, aunque algo trabajosos, se portan bien. A pesar de los defectos propios de su raza, creo son un elemento indispensable para estos lugares. Debe aumentarse el número de estos colonos, pues son los más adecuados para los trabajos materiales en climas ardientes, y por lo demás son bastante dóciles y no se desaniman por las contrariedades propias de estos lugares. Hace pocos días hubo una enorme creciente del río Putumayo que les hizo notables daños en las sementeras, pero no han sentido desaliento ninguno” (p. 78).

Estos “morenos” fueron 38, como queda claro en el informe escrito por de Montclar:

“[...] de acuerdo con el contrato que celebré el 18 de agosto de 1916 con el señor José María Arango, autorizado por esa respetable Juna en la sesión del 15 de junio del año pasado. Poco después, y autorizado asimismo por la Junta, celebré otro contrato con el señor José María Pantoja, para llevar del litoral Pacífico a Puerto Asís treinta (30) individuos, a los que se agregaron ocho (8) más. Las dos mencionadas expediciones han dado magníficos resultados, y los informes que frecuentemente recibo de los Padres encargados de aquellas colonias son en extremo satisfactorios” (p. 77).

Unas páginas antes de Montclar (1917: 65) había indicado que estos “colonos morenos” procedían de Tumaco y Barbacoas (p. 65). Unas páginas más adelante en el mismo Informe, incluso, en los cuadros con nombres concretos de los “Jefes de familias blancas y morenas de Puerto Asís, y solteros que no viven en familia. Todos son colombianos” (p. 97), hay un listado de apellidos que se pueden asociar incluso hoy con Barbacoas y Tumaco.

Tabla 1. Familias colonas de comienzos de siglo XX provenientes del Pacífico nariñense

Número de orden.	NOMBRES	Casas construídas.	Mayores de 15 años	Menores de 15 años.	Cabezas de ganado vacuno.	Número de hectáreas cultivadas.
	Vienen.....	37	86	95		
43	N. Cabezas.....	1	4	2		
44	N. Landázuri.....	1	3	1		
45	José Quiñones.....	1	2	4		
46	Esteban Araújo.....	1	2	3		
47	Dioselino Angulo.....	1	2	2		
48	Feliciano Quiñones.....	1	2	4		
49	Balbino Angulo.....	1	2	...		
50	Emilio Castillo.....	1	2	4		
51	Benjamin Castillo.....	1	2	4		
	Individuos solteros mayores de edad, que no forman familia.....	...	120	...	Entre la Misión y los particulares tienen 250 cabezas de ganado.	Entre la Misión y los particulares tienen 720 hectáreas cultivadas.
	Sumas.....	46	227	119	250	720

Fuente: Fidel de Montclar (1917: 98).

En otro pasaje en el que se evidencia la presencia de los colonos “morenos”, Fray Fidel de Montclar escribía el 16 de enero de 1917 sobre la naciente colonia de Puerto Asís:

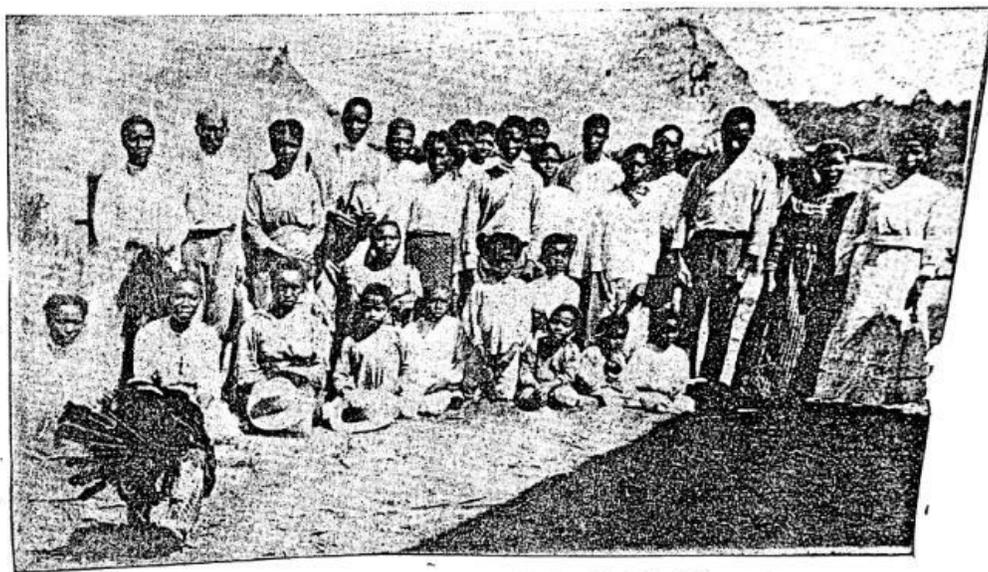
“Los colonos blancos están con mucha envidia –me decía el mismo Padre en otra carta,– porque los morenos llegados con Panto de Barbacoas y Tumaco les hemos proporcionado abundante semilla de cacao. Piden con mucha instancia que les hagamos participantes del mismo beneficio. Tienen sobrada razón para solicitar no se les posponga a los otros; pero no me alcanzan para los recursos, y lo destinado por Su Reverencia a esta colonia, aunque es una suma respetable, es insuficiente para atender tantos gastos. (De Montclar 1917: 65).

Estos pobladores afrodescendientes llegaron asociados a los programas de colonización que los Misioneros Capuchinos impulsaban por encargo del gobierno. Entre los primeros pobladores de los nacientes núcleos urbanos, pero también de la adecuación de las tierras para las fincas, se encuentran familias de afrodescendientes provenientes de lugares como el Pacífico colombiano.

Otro temprano registro visual, lo encontramos en el apéndice de esta obra, en donde aparece la fotografía de los pobladores de Quinoró, cerca al río Caquetá (ver fotografía 4). Así, para comienzos del siglo XX, en la región del Caquetá y Putumayo se contaba con asentamientos predominantemente afrodescendientes. Esto es de gran relevancia para nuestra investigación porque, al menos desde comienzos del siglo XX, se evidencia la existencia de nucleamientos afrodescendientes, ya sea en pequeños poblados o en tramos de los cursos de los ríos, como lo hacían desde muchas generaciones atrás en el Pacífico colombiano y en los valles interandinos.

Ahora bien, no todos los pobladores afrodescendientes del Putumayo siguieron este patrón de asentamiento. Así, por ejemplo, en otras fotografías del Informe, como las de los niños de los colonos provenientes de Antioquia, se pueden apreciar rostros afrodescendientes (ver fotografía 5). Esto evidencia que otros afrodescendientes se asentaron en poblados o en zonas rurales con familias e individuos “blanco-mestizos” que llegaron de distintas partes del país.

Fotografía 4. Pobladores afrodescendientes del Quinoró, 1917



Un grupo de habitantes del pueblo de Quinoró (Alto Cáqueta).

Fuente: Fray Fidel de Montclar (1917: anexos).

Fotografía 5. Niños colonos provenientes de Antioquia, 1916



Fuente: Fray Fidel de Montclar (1916: 16).

En la década del veinte, con la entrada al mercado internacional de los cultivos de caucho de Malasia, se dio una caída del precio de la goma afectando sustancialmente al Putumayo. Con la Segunda Guerra Mundial, debido a la fuerte demanda y a que los alemanes controlaban zonas de producción asiáticas, el mercado del caucho volvió a florecer por unos años, desapareciendo con la entrada al mercado del caucho sintético en los años cuarenta y la entrada nuevamente al mercado de del caucho natural proveniente de las plantaciones asiáticas.

Esto no significa que, después de los años veinte, las actividades económicas de los pobladores de la región del Caquetá y el Putumayo abandonaran la explotación recursos forestales. Con una dinámica muy distinta a la de los mercados de exportación del caucho, la extracción de maderas finas destinadas a mercados urbanos locales y el mercado nacional se consolidó en algunas zonas, conjuntamente con incipiente producción agropecuaria y pesquera a la que se dedicaban muchos colonos.¹⁴

¹⁴ Como se planteará más adelante, hacia mitad del siglo XX se establece un nuevo ciclo de explotación maderera y de venta de pieles de animales silvestres.

La guerra con el Perú

Para 1932 se iniciaron las acciones bélicas entre Colombia y el Perú, que tuvieron como uno de los centros de operaciones el río Putumayo.¹⁵ Para 1933, una vez terminada la guerra, el gobierno colombiano impulsó un plan de colonización de la frontera fundando varias poblaciones como estrategia de hacer presencia y contener futuras influencias del Perú. Poblados como Puerto Leguizamo se funda en este contexto y se consolida Puerto Asís que había surgido a comienzos de la segunda década del siglo XX (Comisión Andina de Juristas 1993: 18-19).¹⁶

La adecuación y construcción de vías que conectaran al Putumayo con el interior del país, fue también una de las consecuencias de la guerra con el Perú:

“El establecimiento de una infraestructura vial toma fuerza desde el conflicto con Perú, pues a raíz de éste se construyen las carreteras para la “defensa nacional”, que atravesarían por la cordillera oriental: Al norte la vía Bogotá-Villavicencio-Calamar; al centro, Neiva-Guadalupe-Florencia-Tres Esquinas; al sur, Pasto-Mocoa-Puerto Asís. Las “carreteras de defensa nacional” fueron construidas con el fin de transportar el equipo bélico necesitado para la guerra, no tenían el propósito de favorecer la colonización ni fueron construidas sobre territorios colonizados” (Devia 2004: 48).

En este marco, una segunda ola migratoria de población afrodescendiente tiene como epicentro la guerra con el Perú. Por un lado, entre los miembros del ejército colombiano desplegados se encontraban soldados afrodescendientes. En las pocas fotografías que se conservan de los soldados y suboficiales que estuvieron en la guerra, es fácil encontrar militares con corporalidades marcadamente afrodescendientes. Así, por ejemplo, en un informe de la gobernación de Putumayo se reproducen unas cuantas fotografías de la época. En una de ellas, tomada en Puerto Asís en 1933, se ven a seis militares colombianos que posan con un armamento que había sido incautado al ejército peruano. En los rostros de dos de estos militares se pueden trazar improntas afrodescendientes (ver imagen 4).

Además de estos registros visuales, que por supuesto dependen mucho de las interpretaciones que se hagan de ellos, también se cuenta con registros documentales que soportan nuestro argumento de que con la guerra con el Perú se puede identificar una segunda ola migratoria de la población afrodescendiente al Putumayo. En una reciente crónica de la guerra colombo-

¹⁵ Para ampliar historia de la guerra colombo-peruana, ver Centro Nacional de Memoria Histórica (2014) y Cornejo y Parellada eds. (2011).

¹⁶ “La fundación en 1912 de Puerto Asís fue encargada por el gobierno a los misioneros para vigilar y defender la soberanía nacional sobre el río y para promover la colonización. Aquí se focalizó la labor misionera para el medio Putumayo, la colonia sobrevivió por la constante financiación del gobierno, así se erigió el internado para niños indígenas más importante de la región” (Devia 2004: 46).

peruana publicada por Luis Alberto Arenas, se hace referencia a un regimiento conocido como los “negros macheteros”: “Los primeros regimientos que entran por la vía Pasto-Puerto Asís proceden de Nariño, Cauca y Valle. Luis Molina encontró en el río Putumayo un regimiento de los temibles ‘negros macheteros’ del río Patía, jornaleros de las haciendas azucareras de esa región, célebres desde los días del general Tomas Cipriano Mosquera [...]” (Arenas 2010: 47).

Fotografía 6. Soldados con ametralladoras peruanas



1933. Puerto Asís. Ametralladoras peruanas incautadas por tropas colombianas (Archivo: DMS)

Fuente: Gobernación del Putumayo (2011: 9).

A propósito de la guerra con el Perú, algunos afrodescendientes conocieron esta región del Putumayo, en la que se quedaron una vez terminada la guerra o regresaron algunos años después con el propósito de asentarse allí. Se puede especular, incluso, que una vez terminado su servicio militar, de vuelta a sus lugares de origen, sus relatos sobre aquellas lejanas tierras del Putumayo, probablemente mezclados con anécdotas de sus peces, animales y selvas vírgenes, fueron aliciente para que otros hayan concebido

En el caso de los asentamientos del municipio de Puerto Leguizamo los afrodescendientes llegaron, por el conflicto colombo-peruano. Además de los militares, aprovechando las vías de comunicación que se adecuan o construyen en el Putumayo se impulsan flujos de colonos, entre los cuales también llegan afrodescendientes.

“En Oriente había hartísimo oro”

“Se vino porque se decía que allá en el Oriente hay hartísimo oro, y toditita la raza negra como busca oro entonces por eso nos vinimos a buscar el oro”.¹⁷

Una tercera ola migratoria, particularmente importante para la presencia de la gente negra en el Putumayo se asocia a la minería aurífera en la primera mitad del siglo XX. Para importantes asentamientos afrodescendientes como los del Valle del Guamuéz, Puerto Limón y Puerto Umbría, los actuales pobladores o sus padres, llegaron provenientes del Pacífico nariñense en estos años seducidos por el rumor de que en “Oriente había hartísimo oro”.¹⁸

Como expondremos más adelante, muchos de estos pioneros negros se establecieron en lo que actualmente constituyen las veredas de Puerto Limón, trabajando algunos inicialmente en entables mineros ya existentes de colonos provenientes de otras regiones del país o explorando otros parajes para establecer sus propios cortes mineros. Los pioneros pudieron abrir fincas en los “baldíos”, pero los que llegaron después ya debieron comprar sus fincas.

El grueso de la población negra de Puerto Limón proviene Pacífico nariñense: la mayoría de Barbacoas, muchos del río Güelmambí; otros de la zona de la carretera concretamente de Llorente y la Espriella; y algunos pocos del río Mira.¹⁹ Se asentaron desde los años cuarenta por familias en veredas, atraídos por la riqueza aurífera de Oriente, como se llamaba a estas tierras allá en el Pacífico nariñense. Aunque muchos de los pioneros negros venidos del Pacífico han muerto ya, todavía son numerosos los mayores que se encuentran en Puerto Limón que, nacidos en el Pacífico, llegaron aquí siendo niños o jóvenes. Hoy, todos los jóvenes y los niños afrodescendientes han nacido en Puerto Limón, algunos de los cuales con padres también nacidos allí.

Atraídos por el oro como muchos, los papás de Emma llegaron a Puerto Limón desde Barbacoas. Un hermano de su padre que se había venido mucho antes, fue quién les habló del oro que allí se encontraba. Antes que Puerto Limón, en lugares como Barbacoas se hablaba de Lorient: “¿pa’ donde se van?, le decían a uno. Nos vamos pa’ L’Orientente”: “[...] mis papás se vinieron para acá porque entonces primero se vino un hermano de mi papá. Dijo él allá en L’Oriente, hermano, hay oro. Pues claro pues como mi papá era minero, no pues hermano, donde la ve que usted nos llama que si hay oro vámonos pa’ L’Oriente. Mi

¹⁷ Entrevista a Tomasa Criollo, Puerto Limon, julio de 2018.

¹⁸ A partir de los datos obtenidos en nuestro trabajo de campo, en esta sesión vamos a ahondar en Puerto Limón. Sobre esta migración al Valle de Guamuéz, María Clemencia Ramírez escribía que para los años veinte se registraba una colonización proveniente de Nariño: “Este frente de colonización se basó, principalmente, en la extracción de oro y contribuyó a crear en la zona una tradición minera de aluvión a escala familiar, lo cual hizo que la región se conociera con el nombre de Orito” (2001: 34).

¹⁹ Los datos sobre Puerto Limón son el resultado de las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo.

tío nos trajo aquí, a este Limón, a sacar oro; y sí, sí había”. A Emma se la trajeron recién cumplidos sus quince años, cuando a apenas “estaba *jovenciando*”. Además del hermano de su padre, en Puerto Limón se encontraban ya otros barbacoanos como Mariano Albán y Florentino Segura.

Hacerse a una finca, donde pudieran adelantar un corte minero, fue el propósito de muchos de quienes llegaban del Pacífico nariñense. Comprarles a colonos, indígenas o a paisanos que ya estaban fue la opción para muchas de las familias que llegaban ya que en las veredas cercanas a Puerto Limón ya las tierras tenían sus dueños. Emma recuerda la historia de los propietarios del terreno que heredó de su padre: “Mi papá se lo compro a un señor, Isidoro, él se lo vendió a don Mariano Albán, y don Mariano Albán como ya no mineaba se lo vendió a mi papa”. Algunas familias vendieron sus fincas en el Pacífico, para comprar a donde llegaban. Quienes no contaban con estos recursos, tuvieron que trabajar en las minas de otros o como jornaleros en fincas o en otras actividades, para reunir el dinero requerido en aras de hacerse a su tierra.

Los migrantes afrodescendientes del Pacífico nariñense también se dedicaron a otras actividades. Así, por ejemplo, con conocimientos previos o no, la actividad de boga para transportar mercancías y gentes por el río era una de las labores posibles. Manuel Cortes, relataba sobre su experiencia:

“[...] nos vinimos; me acuerdo tanto, en 1954 llegamos nosotros aquí, el 2 de julio a las 2 de la mañana, en una camioneta [...] Como había hartito que hacer trabajé un tiempo en la mina y después me fui a trabajar a la “boga”, a andar en las canoas trayendo gente, yendo pa riba y pa bajo, trayendo plátano, yuca, maíz, arroz, todo lo que salía por ahí del Caquetá; nosotros subíamos y bajábamos a puro remo de vez en cuando se veía un motor. y como en el río había que andar a pura palanca, uno se dedicaba a la “boga”; eso de la boga yo no lo hacía en Barbacoas, lo vine a practicar acá” (Angulo 2003: 59).

Para cuando llegaron los primeros pobladores negros en los años cuarenta, Puerto Limón, localizado sobre el río Caquetá, todavía era el último lugar hasta donde llegaba la carretera, lo que lo hacía un importante puerto fluvial que conectaba a los asentamientos y habitantes a lo largo del río y sus afluentes.²⁰ Esto perfilaba a Puerto Limón como el lugar de llegada y salida de diferentes productos y gentes. Algunos mayores relatan cómo Puerto Limón

“[...] era uno de los puertos más importantes porque, en primer lugar, había trayecto que solo llegaba hasta aquí. A Puerto Limón pasaba la gente por el río Caquetá hasta Curillo, Solano, Mayoyoque; se iba por ahí, no había otra alternativa; en ese tiempo todas las embarcaciones llegaban ahí. Se convirtió en

²⁰ Según Claudia Devia, Puerto Limón fue fundado hacia 1922 como una estrategia de los misioneros capuchinos: “Puesto que el gobierno atendió y patrocinó la sugerencia de los misioneros de concentrar a la población en núcleos, se hicieron las siguientes fundaciones, concentradas en el Caquetá: Florencia (1902), Puerto Umbría (1912), Alvernia (1915), Belén (1917), Guacamayas (1921), Puerto Limón (1922), Puerto Ospina (1924) y San Antonio del Guamués (1925)” (Devia 2004: 46).

un puerto principal, y por eso Puerto Limón pasó por grandes abonanzas de plata y de ahí mucha gente consiguió”.²¹

Hoy en día el acceso a Puerto Limón ha cambiado sustancialmente, así como la centralidad que en la actualidad tiene el transporte terrestre en el grueso del Departamento, con lo que su lugar de Puerto sobre el Caquetá ha perdido la relevancia del puerto sobre el río Caquetá aquellos años.²²

Como un pequeño, pero febril puerto lo recuerda Alfredo Angulo Castillo. Nacido en 1930, en la actualidad es uno de los mayores de Puerto Limón. Llegó al Putumayo cuando tenía 26 años, hacia los años cincuenta, por lo que ha pasado aquí la mayor parte de tu vida. Se vino con la que sería su esposa, Eva Mesa, quien insistió acompañarlo. Aquí se casaron. Oriundo del río Güelmambí, el viaje al Putumayo no fue el primero que hizo en su vida. Alfredo fue dado por su madre a una señora en Tumaco, donde vivió desde niño. Allí trabajó haciendo capas con caucho, las que se vendían hasta en Ecuador.

Cuando tenía 26 años, en una de sus visitas a su familia en el río Güelmambí, Argemiro un conocido, le invitó para venirse a Puerto Limón. “Allá hay buen oro”, le dijo. Argemiro conocía ya el Putumayo pues había estado trabajando desde hacía tiempo con la minería por aquellos parajes. Salieron a los pocos días. Viajaron de Barbacoas a Pasto en camión, un viaje pesado y lento que aún recuerda vívidamente. De ahí, en uno de los dos transportes que llegaban a Mocoa desde Pasto, se dirigieron hacia el Putumayo. Luego por carro hasta Puerto Limón, que en aquella época era un pequeño poblado que no tenía más que un puñado de casas. Alfredo se estableció en Caimanes, una de las veredas cercanas.²³

No todos viajaron conjuntamente con sus familias, como en el caso de Emma y Alfredo. Sobre todo al comienzo, cuando se carecía de las redes de familiares y conocidos, los pioneros eran hombres solos o en pequeños grupos de conocidos o familiares para laborar en entables mineros de colonos y propiciar las condiciones para la llegada de los demás. Quienes llegaban primero sembraban los colinos de plátano y otros cultivos de pan coger, así como construían lo más básico de sus ranchos para protegerse de la lluvia y tener donde cocinar. Florel Angulo, uno de los más destacados líderes de Puerto Limón, recordaba: “mi papá dice que, que lo que hacían primero, venían a descubrir si había oro, eso era lo primero que venían a descubrir. Entonces mi papá primero vino solo y entonces se dieron cuenta que ya había oro, entonces iban y traían más familiares también para el trabajo que tenían para abrir finca”.

²¹ Entrevista, Lizardo Angulo citada por Florel Angulo (2012: 59).

²² Desde Mocoa, el viaje a Puerto Limón toma hoy un poco más de una hora. Hay carretera pavimentada hasta Villa Garzón, unos veinte minutos, el resto se transita por carretera destapada. En el recorrido, se podían observar algunas casas de materiales y otras de madera, potreros con puñados de cabezas de ganado y algunos cultivos entre los cuales se resalta el plátano, la yuca. También se ven palmas de naidí, algunas solitarias en los potreros, otras en pequeñas asociaciones con otros árboles y palmas. El poblado da la impresión de ser ordenado, con amplias calles, limpio, sin las cantinas y ventas callejeras que caracterizan a muchos pueblos, aunque con algunas discotecas.

²³ Además de la vereda de Caimán, las familias afrodescendientes llegadas del Pacífico nariñense se asentaron en La Pedregosa, San Pedro, La Danta y Santa Lucía, entre otras. Sobre esta última, nos indicaban: “Hay una quebrada que se llama Santa Lucía, cerca de [Puerto] Limón, eso era minero, minero, allá llegó mucha gente”.

En general llegaron hombres primero, para que luego vinieran mujeres, niños y padres. No siempre fueron los hombres los pioneros, madres o abuelas también se cuentan entre las que se aventuraron primero atraídas por la fama del oro de Oriente.

Así, por ejemplo, Aura recuerda que fue su abuela la primera en venirse para Puerto Limón. Se vino para constatar si las historias que referían a estas tierras ricas en oro eran ciertas. Luego de que estuvo instalada, con algunos de los paisanos que viajaron a Barbacoas le hizo llegar un mensaje a su padre confirmándole que sí era cierto que había buen oro. Entonces, su padre vendió la finca que tenían en el Pacífico muy barato y se vino para acá trayéndose a Aura, bien pequeñita y en contra de su voluntad. También se viene la familia de su mamá, que vivían en el río Mira. Cuando se vinieron aún no habían hecho la carretera, sino que estaba el tren. “Eso era el infierno, señor, para donde nos metieron. Un camino lejísimos”.

Para los años cincuenta, en Puerto Limón ya se había establecido un núcleo de pobladores afrodescendientes venidos del Pacífico nariñense, sobre todo de la zona de Barbacoas. Además de las motivaciones de encontrar oro en oriente, las condiciones en Barbacoas se hacían difíciles. En uno de los estudios ya clásicos realizados en los años sesenta para el río Güelmambí, la antropóloga Nina S. de Friedemann (1974: 18) indicaba cómo la presión combinada de la Compañía Minera Nariño S.A. (filial de la compañía estadounidense *International Mining Corporation*) y el sistema familiar de propiedad de las minas a través de los ramajes había impulsado un proceso de migración en la zona de Barbacoas. Friedemann anota que estas migraciones se orientaban hacia los centros urbanos, pero por lo que hemos recolectado en la tradición oral en Puerto Limón, muchas de las familias que salieron desde los años cuarenta del río Güelmambí y de la zona de Barbacoas se dirigieron hacia *oriente* en busca del mineral dorado.

Aunque el encontrar oro y contar con tierra fue, sin lugar a dudas, un importante motor de la migración de afrodescendientes mineros de lugares como Barbacoas, no es del todo adecuado desconocer que entraron en juego otro tipo de factores en las decisiones de venirse a vivir a Puerto Limón. Además de familiares que ya están allí, asuntos como pérdidas y otros imponderables de la vida también entraron a impulsar estas movilidades. Como lo cuenta Tomasa Criollo, una mujer nacida en Barbacoas con más de cincuenta años de haber llegado a Puerto Limón: “También se le murió la mamá a mi esposo y lo tomó con mucho a pecho, y ya no quería vivir allá y por eso nos vinimos para acá. Aquí vivía un hermano de él y aquí estuvimos, él ya se había venido hacía mucho tiempo”. Estas dimensión emocional y afectiva de las migraciones no se puede soslayar, ya que las personas no solo definen sus vidas por cálculos e intereses económicos.

La Violencia, pieles y madera

Durante los años cuarenta y cincuenta también llegan más afrodescendientes que, como muchos otros colonos huían de los escenarios más cruentos de La Violencia en busca de tierras donde rehacer sus vidas (Comisión Andina de Juristas 1993, Jimeno 1989, Ramírez 2001). Particularmente, los afrodescendientes provenían de diferentes lugares de los valles interandinos, como el Valle del Patía, el valle geográfico del río Cauca y la zona montañosa del norte del Cauca. Además de La Violencia, algunos afrodescendientes venían de

experimentar procesos de despojo de tierras, como los del valle geográfico del Cauca que enfrentaron ante el avance de la industria cañera que para entonces estaba consolidando. Esta sería una cuarta ola migratoria que busca tierras alejadas de los escenarios de la violencia entre partidarios liberales y conservadores, así como de los procesos de despojo de sus tierras.

Muchos de los pobladores afrodescendientes llegaron en busca de tierras para trabajar a zonas del Putumayo como las inmediaciones de Puerto Asís y al Valle del Guamuéz. Así, por ejemplo, el abuelo de Deyli Vallejo, antropóloga egresada del programa de antropología de la Uniclairetiana, se vino del Valle durante el período de La Violencia. Como su vida corría peligro, por ser liberal, se vino para el Putumayo. Según relataba su abuelo, le tocó salir por el monte, para evitar que lo mataran. Se dirigió al Putumayo porque tenía algunos familiares que ya estaban radicados en la región.

Para 1957 se culmina el trazado de la vía que comunica a Pasto con Puerto Asís. Además del impulso a la apertura de fincas en los bordes de esta vía de personas que llegaban al Putumayo, se facilitaron los procesos extractivos de recursos forestales como la madera y las pieles que, entre años cincuenta y setenta, contaron con un favorable mercado nacional e internacional respectivamente (Ramírez 2001).

Según Raúl Angulo, “La explotación maderera se convierte en la actividad extractiva más importante hacia la década de los cincuenta en Villa Garzón, Puerto Asís, el Valle del río Guamuéz y el Valle del río Putumayo” (2010: 37). El cedro fue una de las especies maderables más valoradas por los aserradores. La extracción de madera suponía cuadrillas de corteros que se movían en busca de la madera fina que era demandada no solo por el mercado local, sino también por el nacional. Los aserríos se establecieron en lugares como Puerto Asís, de donde se podían transportar los tablones y bloques rumbo a los distintos centros urbanos. Para aquellos años,

“Además de ser un negocio rentable, aserrar era una de las alternativas laborales y de supervivencia más comunes, pues se extraían maderas de muy buena calidad como el cedro (que se agotó a mediados de los años setenta) Esta actividad era realizada por grupos de dos a cinco hombres. Solos, se internaban en zonas selváticas por meses, a las que accedían por medio de trochas y caminos (usados por indígenas) o en canoas” (Devia 2004: 85).

Aunque desde los años cuarenta se había propiciado una demanda de pieles de animales silvestres en la región, es para los años sesenta que esta actividad tiene su auge. Puerto Asís y Puerto Leguizamo eran dos de los centros de comercialización de pieles, las cuales tenían como destino los mercados internacionales. Para satisfacer esta demanda se intensificó la cacería de animales como el jaguar (*Panthera onca*), tigrillo (*Felis pardalis*), el caimán negro (*Melanosuchus niger*), el cerrillo (*Tayassu tajacu*), el perro de agua (*Pteronura brasiliensis*) y la nutria (*Lutra longicaudis*), entre otros (Devia 2004: 85, Palanca 2013: 69).

Asociado a estos procesos, se cuenta con registros de la llegada en los años cincuenta de un importante número de familias afrodescendientes para lo que será Puerto Caicedo.²⁴ Algunos de estos pobladores negros, fueron parte de sus fundadores. Provenientes de Puerto Tejada y Valle del Patía (Cauca). En uno de los relatos orales recogidos para la Cartilla Putumayo en el año 2011, uno de los primeros pobladores de Puerto Caicedo recordaba:

“En 1959, llega un camión con 5 familias del Cauca contratado por Hernando Rodríguez Duran y como lo manifiesta Luis Mora Bastidas “cada semana llegaban de 3 a 4 familias en el camión Domingo Chará, que venían de Puerto Tejada (Cauca) y Barbacoas (Nariño)” Por su parte, don Francisco Ibarra dice “nosotros los Ibarra, fuimos los primeros patianos que llegamos a Puerto Caicedo en 1959” (Gobernación del Putumayo 2011: 80).

La fuente de esta referencia es el libro sobre Puerto Caicedo de Roberto Enríquez. La cita completa es la siguiente:

“Hacia el año de 1959 llega un camión desde el Valle del Cauca con cinco familias, contratado por el señor Hernando Rodríguez Durán, con el objetivo de colonizar Puerto San Pedro. El expresa: ‘Cuando llegue, lo que es Puerto Caicedo todavía se llamaba El Achiote; la colonia penal estaba desocupada y servía de residencia para las gentes que venían a colonizar’.

Según el señor Luis Mora Bastidas: “Cada semana llegaban de tres a cuatro familias en el camión del señor Domingo Chará, que venían de Puerto Tejada (Cauca) y de otros lugares como Barbacoas (Nariño). Se les permitía alojarse en la construcción de la antigua colonia penal. *Las personas que llegaban con Domingo Chará eran de raza negra*” (Enríquez 2000: 22; énfasis agregado).

Si cada semana llegaban tres o cuatro familias de afrodescendientes a lo que hoy es Puerto Caicedo en el Putumayo, si esto se hubiese dado solo por unos pocos meses, estaríamos identificando un importante contingente de migración negra para finales de los años cincuenta y principios de los sesenta provenientes de al menos tres importantes núcleos históricos de presencia afro en el país: Barbacoas, en el Pacífico nariñense; Puerto Tejada, en el gran valle interandino del río Cauca; y, como se indicaba una cita más arriba, del Valle del Patía.

Petróleo

Esta ola migratoria confluye con el auge de la exploración y explotación petrolera que para el Putumayo comienza a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Para el

²⁴ Este poblamiento empieza desde antes: “Algunos colonos una vez instalados, invitan a sus familiares a seguir el mismo ejemplo. Es el caso de Romelia Valderrama quien en 1921 invitó a Ismael Recalde (para algunos, fundador de Puerto Caicedo), Domingo Chará (nativo de Puerto Tejada) quien llegó al Achiote [nombre con el que se conocía a Puerto Caicedo] en 1947, entre otros. La comunidad negra, ha sido un grupo importante en el aporte colonizador de Puerto Caicedo” (Gobernación del Putumayo 2011: 80).

Putumayo, la bonanza petrolera “[...] propició la formación y crecimiento de los poblados y construyó las vías de comunicación que permitieron el flujo masivo de personas que llegaron al Putumayo en busca de trabajo o de tierra” (Comisión Andina de Juristas. 1993: 19).²⁵ Esto se vio expresado en un rápido aumento de su población. Así, mientras la población del Putumayo era de 28.105 habitantes en 1951, para 1964 ya se contaba con 56.284 habitantes, lo que significa que se duplicó en un poco en 13 años.

Por lo tanto, como lo señala la Comisión Andina de Juristas: “El Putumayo aumentó considerablemente su población ya que la colonización que se desarrolló desde los años sesenta y que se afianzó en los setenta no solo trajo trabajadores urbanos para las compañías petroleras sino también población campesina que utilizó las vegas de los ríos y grandes extensiones de la selva para desarrollar actividades agrícolas” (1993: 20).

La exploración y primer momento de la explotación del petróleo en el Putumayo estuvo a cargo de la Texas Petroleum Company: “En 1963 se iniciaron las exploraciones petrolíferas y en 1979 la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol) puso en marcha sus planes de explotación de los campos que antes tuviera la Texas Petroleum Company y que ese año fueron revertidos al Estado colombiano” (Comisión Andina de Juristas 1993: 20). La Texas Petroleum Company descubrió zonas petroleras en Orito, La Hormiga, Acaé y San Miguel. Para su explotación, la compañía abrió y adecuó varias vías y, en tres años, perforó quince pozos. Igualmente, para sacar el petróleo del Putumayo construyó un oleoducto de un poco más de trescientos kilómetros hasta el puerto de Tumaco, en el Pacífico colombiano (Ramírez 2001).

Como lo han señalado diferentes autores (Angulo 2010, Devia 2004 y Ramírez 2001), el primer auge de la explotación de petróleo en el Putumayo cubre desde comienzos de los años sesenta hasta la segunda mitad de los setenta. Los efectos de la exploración y explotación petrolera en el Putumayo se suelen asociar al surgimiento del poblado de Orito, aunque el impacto sobre otros poblados como Puerto Asís y La Hormiga también fueron notables. En términos generales, la economía, demografía e infraestructura del Putumayo fue transformada por la industria del petróleo.

En el marco del auge petrolero de los sesenta y setenta, con construcción y adecuación de vías de comunicación terrestre, se transforma unos flujos de gentes y productos que habían estado circulando predominantemente por vías fluviales. En palabras de Michel Taussig: “[...] la Texaco Oil Company [...] construyó carreteras por las que llegaron enjambres de campesinos pobres, blancos y negros” (2012: 187). Sumado al surgimiento de nuevos asentamientos o al posicionamiento de poblados que hasta entonces habían sido relativamente marginales, la demografía y ecología de la colonización transforma el paisaje del Putumayo.

²⁵ “El auge y desarrollo del ciclo extractivo petrolero en la parte media del Putumayo se convirtió en un factor de atracción al demandar una buena cantidad de mano de obra, de infraestructura de bienes y servicios para los trabajadores y, en general para el desarrollo de la actividad extractiva” (Devia 2004: 5).

Esto no se debió tanto a la contratación directa de trabajadores y empleados por parte de la Texas, sino a las dinámicas económicas indirectas asociadas a la explotación petrolera:

“[...] según un cálculo aproximado, las obras para la explotación del crudo como carreteras, la refinería de Orito y el oleoducto transandino, no emplearon más de 1000 personas simultáneamente. La inmigración se debió más a factores de atracción indirecta relacionados con las compañías, que a la posibilidad de trabajo generada por la actividad petrolera. Alrededor de los campamentos provisionales que la Texas construía cada 10 kilómetros, se instalaron cantinas, prostíbulos, graneros y pequeñas viviendas de los subcontratistas de obra” (Gobernación del Putumayo 2011: 90).

A partir de la modalidad de contratos, muchos de ellos verbales, se instauró la práctica de los periodos de trabajo de no más de 28 días, con lo cual no se generaban obligaciones prestacionales y se reforzaban las relaciones de dependencia con los contratistas:

“‘El enganche’ se hacía solamente en forma verbal para evitar el pago de cualquier prestación social. Sin embargo, como la ley colombiana obligaba a los empresarios a pagar prestaciones sociales después de cuarenta y cinco días de trabajo, se enganchaba al trabajador por un término no mayor a veintiocho días (de ahí su denominación de ‘veintiocheros’)” (Torres 2012: 28)

Así, fueron muchos de los que llegaron en aquellos años que no lograron trabajar con la compañía: “Muchas de las personas llegadas por la fiebre petrolera [...] no encontraron el empleo o la tierra esperada con esta explotación siguieron su camino por el Putumayo o el Caquetá abajo” (Palanca 2013: 68).

En el municipio de Orito²⁶ se cuentan con importantes asentamientos rurales de población afrodescendiente como las veredas Tesalia y Burdines.²⁷ La mayoría de los pobladores de estas veredas son afrodescendientes por lo que en Tesalia nos indicaban que “aquí todos somos negros, con excepción de la familia de la iglesia cristiana la cual mueven cada dos años”.

Aunque se pueden encontrar afrodescendientes provenientes del Pacífico nariñense, para Tesalia y Burdines se halla una mayor presencia de migrantes provenientes de Risaralda (de los municipios con fuerte herencia negra como Santa Cecilia y Pueblo Rico), de El Bordo Cauca y el Valle del Patía.²⁸ Esto no significa que sean los únicos lugares de donde estos

²⁶ Hoy, la llegada Orito se hace por una carretera pavimentada que hace pocos años fue entregada casi en su totalidad, ya que falta un pequeño trayecto que aún se encuentra destapado. El casco urbano de Orito tiene un fuerte movimiento comercial, dando la impresión de mayor pujanza económica que Mocoa.

²⁷ Tesalia es una vereda que queda sobre la vía principal a unos veinte minutos del casco urbano, antes de llegar a Orito. Para llegar a Burdines se cuenta con una carretera destapada que parte de Tesalia, que debe recorrerse cerca de media hora.

²⁸ En este sentido, en una entrevista realizada por Marcela Ardila a uno de los pioneros de la colonización en Orito, quién había llegado como aserrador, se indicaba la multiplicidad de lugares de

proviene. Así, por ejemplo, uno de sus mayores, Ángel Córdoba Mosquera, que hoy tiene más de noventa años, viene del litoral Pacífico chocoano.²⁹ Nacido en Bahía Solano, Chocó, en su juventud Ángel fue andariego, recorrió diferentes lugares del San Juan dedicado a la minería.

Ya tenían sus dos hijas para el momento en que decidieron emprender su recorrido, impulsados por amigos del río San Juan que ya conocían el Putumayo. La situación estaba difícil en el Chocó, y se vinieron en busca de tierra. Recuerda que había buena cacería. Ángel mandó a hacer una escopeta, una *chispún*³⁰, para cazar boruga, cerrillo, venado y pajuil. Ángel recuerda con nostalgia que cuando llegó en el año 1966 a lo que hoy es Tesalia “Esto por acá era una soledad eterna, había puro monte”. El ahora pujante Puerto Asís en aquella época eran “[...] puros ranchos de paja con las paredes de guadua”.

Incluso en su nombre, Tesalia fue marcada por la explotación petrolera. Como lo refería un viejo poblador, Juan Antonio Rentería Maturana, el nombre de la vereda fue sugerido por un estadounidense que trabajaba para la compañía petrolera: “[...] vino un gringo y le dijo a la tía mía, que fue la fundadora de esto, que esto le pusieran Tesalia, cuando ya había como tres o cuatro casitas, que era el mejor nombre y así lo pusimos. Al gringo de la Texas le salió esa idea y mandó a hacer él mismo el aviso con el nombre Tesalia. Y es hace ya un poco de años que fue fundado”.³¹

La familia de Juan Antonio Rentería es originaria de Pueblo Rico (Risaralda). Juan Antonio, con otros familiares, llegaron a lo que hoy es Tesalia “[...] a buscar que decían que por acá había tierras baldías, era bueno para el trabajo, para la agricultura [...]”, ya que en Pueblo Rico la tierra era “[...] muy escasa, muy estrecho. El que más podría tener tenía por ahí unas 20, 30 plazas y ese era don fulano, no era para pobres. Era ganaderos, cultivos de caña, paneleros”. Juan Antonio continúa recordando: “Cuando llegué marque un lote por ahí de unas 100 hectáreas de montaña. Nos pusimos a trabajar y ya después le cedimos a otros compañeros que llegaron después y seguimos trabajando”. Juan Antonio no estaba interesado en trabajar en la Texas: “[...] nosotros nos vinimos pensando trabajar en la agricultura. Nosotros no trabajamos con la compañía, porque no buscamos allá”.

El impacto demográfico y económico de la exploración y explotación del crudo, no se circunscribió a Puerto Asís, La Hormiga y Orito. En lugares como Puerto Limón también se habla del impulso migratorio de nuevas familias afrodescendientes provenientes del Pacífico nariñense. Aunque, como vimos, las primeras familias afrodescendientes llegaron a lugares

los cuales provenían las familias negras: “Los que vienen aquí la mayoría es del Cauca, parte del Valle y del Chocó, del Risaralda, son asentamientos de ancestros de negritudes, pero son por familia. Y la gente llegó aquí porque aquí está su familia y su familia, cuando llega, trata de proteger a su otra familia para no desampararla, para ayudarla” (citada en Devia 2004: 97-9).

²⁹ Su abuela materna, llamada Trinidad, le contaba historias cuando era apenas un niño de cinco años. Algunos brumosos recuerdos se mantienen, después de casi un siglo, en su memoria: que ella había sido esclava, y que la iban a matar, que “le habían echado una olla de manteca en la espalda”. En el San Juan se conoció con su mujer, con quien se vino para el Putumayo.

³⁰ El nombre que se le daba a las escopetas artesanales utilizadas para la cacería.

³¹ Entrevista realizada por Marcela Ardila como parte de su investigación para su tesis (cfr. Ardila 2003). La transcripción de sus entrevistas fue generosamente compartida por la autora.

como Puerto Limón impulsados por el oro, en los años sesenta se registra una nueva ola de migración del Pacífico nariñense asociada a las labores de exploración y de explotación petrolera.

Entre quienes arribaron en esos años se encuentra Tomasa Criollo. Nacida en Barbacoas, en un caserío llamado Las Cruces, llegó a Puerto Limón en el año de 1969, cuando tenía cerca de cerca de cuarenta años. Cuando Tomasa llegó con sus cuatro hijos a Puerto Limón ya había “hartísima gente” del Pacífico colombiano radicada allí. Primero viajó su marido para trabajar en la empresa petrolera, durante semanas se internaban en la selva, “[...] en la compañía le tocaba meterse a la montaña bien pesada”, recuerda vívidamente Tomasa. Con un grupo de trabajadores, se adentraban en el monte en línea recta abriendo trocha. Cada cuatro kilómetros se construía un helipuerto para que les llegaran los suministros. La remesa llegaba por aire, aunque tocaba cargarla en los trayectos.

La Compañía, como suelen llamarla, no solo atrajo a recién llegados. No pocos de los que ya estaban viviendo en Puerto Limón dejaron por un tiempo sus minas y fincas para laborar en las empresas petroleras. Al igual que otros que ya estaban establecidos en Puerto Limón, Alfredo Angulo, por ejemplo, solicitó trabajo en la compañía petrolera, con la que laboró por doce años. Gran parte de este tiempo fue cocinero en las cuadrillas que se adentraban en el monte, para trazar las líneas de exploración de los pozos petroleros.

Coca

Para la segunda mitad de los años setenta se dio inicio al cultivo de la hoja de coca impulsando el mayor auge económico experimentado en el Putumayo (Centro Nacional de Memoria Histórica 2012, Comisión Andina de Juristas 1993, Ramírez 2001). Con el cultivo de la coca se dio un importante flujo poblacional de colonos provenientes de distintos lugares del país. En este marco se produjo un crecimiento poblacional sustancial. Como se indica en fuentes oficiales: “Entre 1973 y 1985, la población creció a la más alta tasa demográfica intercensal de su historia (8,32%), aumentando el número de habitantes en un 258%” (Gobernación del Putumayo 2011: 14).

El cultivo de la coca se concentró en el bajo Putumayo, aunque en el medio y alto Putumayo también se establecieron algunos cultivos. Desde finales de los años setenta hasta finales de los ochenta se identifica una primera etapa del cultivo de coca, con la llegada de los grandes capos entre los que se cuenta a Rodríguez Gacha. En El Azul, en inmediaciones de Puerto Asís, Rodríguez Gacha “[...] montó extensos cultivos ilícitos, construyó dos pistas de aterrizaje donde recibía pasta de coca del Perú, estableció laboratorios de cristalización de cocaína y entrenó paramilitares con la asesoría del mercenario israelí Yair Klein (Torres 2012: 30-31). Grupos paramilitares, denominados los Masetos, se constituyeron a comienzos de los años ochenta en el bajo Putumayo asociados a la bonanza cocalera (Comisión Andina de Juristas 1993).

Esta parte de la historia, es narrada por el corregidor de Puerto Colon, Alciviades Madroñero, en los siguientes términos:

“[...] a medida que ha sido la evolución de la economía, también ha habido evolución de grupos al margen de la ley diferentes... Para la década del ochenta, comenzando el ochenta, hay un grupo de mafia liderado por el Mexicano, Carlos Leder y otros. En su época estaban empezando su fortaleza. Entonces tenían pistas. En San Miguel había una pista. Entonces ellos tenían pistas para aterrizar sus avionetas. Y de ahí eso se pierde, no sé por qué circunstancias, y viene otro grupo que se llaman Los Masetos. Los Masetos cogen el control del territorio y tienen una sede principal en La Hormiga, un poco más acá y de ahí despliegan otro operativo para la vereda El Azul, que es de Puerto Asís. Allá colocan su epicentro de laboratorios de hoja de coca y tienen el dominio del territorio. Son los que están en el control de todo. Para esa época también viene el M-19 y el EPL, pero vienen como de visitantes sin ejercer ningún control... pero ellos pasan con su mensaje no más, no hacen ningún impacto. Pero quedan siempre Los Masetos en cabeza de un señor que le decían el 6, y luego de un señor que le decían Pablito El Bigotes, después otro que le decían Pablito no más”.³²

Estos grupos paramilitares, son derrotados y expulsados hacia 1991 por el frente 48 de las Farc. Es en este marco que las Farc “hacen una gran masacre de todos Los Macetos que estaban acantonados en El Azul. Y vienen acá al pueblo, a La Dorada, y colocan su voz: aquí estamos y aquí nos quedamos”.³³ De esta manera, para comienzos de los años noventa se consolida el dominio militar de esta guerrilla en la zona que fue prácticamente indisputado hasta 1997 (Culma *et al.* 2015: 192).

Este periodo de dominación de las Farc se caracterizó por la poderosa y cotidiana influencia que ejercieron sobre los habitantes del bajo Putumayo:

“Desde 1991, tras expulsar a los primeros paramilitares de la región, el frente 48 de las Farc consolidó su hegemonía en el Bajo Putumayo. A través de la regulación del negocio de la coca, la administración de justicia y la intervención en la vida cotidiana de la población, la guerrilla logró consolidarse como autoridad y moldear un orden social a su albedrío. Pero el dominio guerrillero no fue infranqueable” (Centro Nacional de Memoria Histórica 2012: 18)

En la entrevista ya citada, Alciviades Madroñero describe cómo se instauraba esta visión social de las Farc que implicaba un fuerte control para los habitantes de sus zonas de influencia y de cómo se transformó posteriormente hacia una visión más militar. Luego del exterminio de Los Macetos, las Farc

“[...] vienen acá al pueblo, a La Dorada, y colocan su voz: aquí estamos y aquí nos quedamos. En ese tiempo vienen más con la visión social, diciendo vamos a ayudar a arreglar los caminos, a ayudar a hacer las vías, vamos a ayudar a hacer las mingas para las escuelas. Ellos no colocaban ningún recurso, sino que hacían el control. Por ahí para el 93, 94, un comandante conocido como Giovani, dijo

³² Entrevista realizada por Jorge Charry, Puerto Colon. Lunes 27 de mayo de 1999.

³³ Entrevista realizada por Jorge Charry, Puerto Colon. Lunes 27 de mayo de 1999.

bueno se acabó la parte social de arreglo de caminos, de arreglo de problemas y bochinches y ahora nos dedicamos más a la estructura militar, a la defensa y eso porque nos están atacando. Siguen ellos con el dominio del territorio y todo lo que tenga que ver con el narcotráfico, todo lo que tenga que ver con cultivos, todo lo que tiene que ver con compra y venta [...]”.³⁴

Para los años noventa se da un segundo momento de la bonanza cocalera, caracterizado por la expansión del área cultivada y la complejización del mercado con las Farc como reguladora de los precios de la compra de la hoja y de la pasta. Es en este contexto que, en 1996, se articula el paro campesino, consolidándose una visible movilización en el Putumayo: “[...] se llama el paro cocalero, porque se escuchaba que el gobierno iba a fumigar, iba a erradicar”.³⁵

Para el 2000, el Putumayo, “[...] especialmente en la subregión del Bajo Putumayo, se convirtió en el mayor cultivador de coca en todo el país, concentrando el 40% del total de áreas de coca del territorio colombiano” (Torres 2012: 31-32). Aunque se empezó a cultivar las semillas de coca provenientes del Cauca, en una variedad denominada pajarita o caucana, para comienzos de los noventa un gusano afectó considerablemente los cultivos hasta el punto que se introdujeron la semilla conocida como peruana o boliviana, que tiene además de mostrarse resistente a esta plaga, tiene una hoja más ancha y es mucho más productiva.

Para finales de los años noventa, entran nuevamente los paramilitares al bajo Putumayo, concretamente a Puerto Asís.³⁶ La masacre de El Tigre se realiza en 1999, y para comienzos de 2000 los paramilitares avanzaron a los cascos urbanos de La Dorada y La Hormiga (Culma *et al.* 2015: 193-194). Desde el 2002, las plantaciones de coca se redujeron sustancialmente debido a los embates del Plan Colombia que desplegaron una fuerte presión a los insumos del procesamiento y una amplia estrategia de fumigación con glifosato, articuladas a una intervención desde pequeños proyectos productivos. En este marco, se da una migración desde la región hacia zonas de las cuales habían llegado como el Pacífico nariñense, en donde impulsaron la siembra de coca.

Luego de un periodo de caída los cultivos vuelven a reestablecerse, aunque no con el cubrimiento y la pujanza económica que se experimentó unas décadas atrás (Torres 2012: 32). Es en este momento en el que el cultivo y procesamiento de coca vuelve a atraer gentes de diferentes partes del país, no solo para participar directamente de las actividades derivadas del negocio de la coca, sino en otras actividades económicas como el comercio o en diferentes ramas de servicios (Ramírez 2001).

³⁴ Entrevista realizada por Jorge Charry, Puerto Colon. Lunes 27 de mayo de 1999.

³⁵ Alciviades Madroñero. Entrevista realizada por Jorge Charry, Puerto Colon. Lunes 27 de mayo de 1999. Esta movilización es estudiada con gran detenimiento por María Clemencia Ramírez en su libro *Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*.

³⁶ “En 1997 las fuerzas paramilitares se proponen reconquistar el Putumayo y dominar los cultivos de uso ilícito y sus rutas comerciales. Es así como llegan, provenientes de Urabá (Antioquia) combatientes paramilitares, inicialmente a Puerto Asís, desde donde se despliegan las gestas colonizadoras sobre el Medio y Bajo Putumayo” (Guerrero, Londoño y Jaramillo. 2016: 192).

Aquí se hace nuevamente pertinente transcribir la entrevista realizada a Alciviades Madroño:

“[...] finalizando la década, creo que para el 99 o iniciando los dos mil, que llegan los primeros paramilitares. Llegan a Puerto Asís y se hacen extensivos al Valle del Guamez y mandan un mensaje a San Miguel diciendo aquí estamos y aquí nos quedamos. Que el que esté vinculado con guerrilla, Farc o como se llame, que vayan desocupando el territorio que vienen ellos para acá para quedarse. Y para eso hicieron una gran masacre en El Tigre, para crear ese impacto. Posterior a ello, el 23 de septiembre del 2000, si memoria no me falla, ingresan los paramilitares al ahora San Miguel, y lógicamente a estas veredas y acá a Puerto Colón. En esa época nos sacan a todos de las casas, a todos sin excepción a las buenas a los madrazos, y nos sacan al parque y ahí es donde unos dos o tres ciudadanos tapados la cara dicen quien está vinculado directamente y quien no estaba vinculado a las Farc. El que estaba vinculado de una lo iban separando y el que no siga, pase la prueba. Entonces para finalizar septiembre del 2000 inicia el gran desplazamiento por esta situación, porque había mucha gente vinculada a las Farc, como dijo El Chavo sin querer queriendo. Primero porque había que obedecer y siempre los que no tenemos las armas hay que obedecer lo que le digan. Entonces si citaban a una reunión, pues había que ir. Si le decían que les venda, había que venderles. Si les decía que hay que prestar el carro, transportar, pues había que transportar. Y si llegaban a su casa a que les de agua o alguna cosa, pues había que darles. Y uno que otro que tenía algún familiar, que por algunas circunstancias este joven se fue a la guerrilla, entonces estaba vinculado de manera indirecta y estaba su familiar. Entonces eso creo bastante zozobra, bastante miedo porque prácticamente había un noventa por ciento vinculado así fuera de manera indirecta. Entonces hubo muchas masacres, muchísimas, unas muy desastrosas, muy feas. Eso creó mucho pánico”.³⁷

Los paramilitares entraron a controlar la cotidianidad, el comercio, los flujos de cuerpos y mercancías. Es en este momento cuando Teosbaldo Puertocarrero que, a sus 73 años, llegó a La Hormiga en pleno dominio de los grupos paramilitares para comercializar pescado proveniente de Tumaco. Después de toda una vida en el Puerto del Pacífico, Teosbaldo migra a La Hormiga impulsado por la nostalgia de la muerte de su esposa: “Yo me vine de allá porque yo estaba casado, con mi familia, y a lo que murió mi esposa yo me salí, me dio nostalgia y me vine aquí [...] había quedado una vacante aquí de vender pescado. ‘Váyase pa’ allá’ me dijeron un día que estaba azarado yo. Fui a donde un amigo, le presté una plata y compré y nos vinimos con él. Él llegó a Santana, se fue para Puerto Asís y me mandó para acá”. Las cosas no fueron fáciles en un comienzo:

“Cuando yo entré aquí a La Hormiga llegué por obra de dios y del espíritu santo porque nadie me conocía. Llegué así no más y por ahí a los 3 o 4 días, me encontré con un grupo que creía que yo era policía, comenzaron a investigarme, a decirme que de dónde era, y que a qué grupo pertenecía. Cuando me dijeron

³⁷ Entrevista realizada por Jorge Charry, Puerto Colon. Lunes 27 de mayo de 1999.

que a qué grupo pertenecía yo les dije que a ninguno, porque yo llegué aquí como a los 73, ahora tengo ya 92 [...] En los primeros viajes me salió malo, no compraban porque aquí los días viernes, sábado, domingo, la cocaína la compraban y todo. Yo dije, la hora sea de dios, porque como le dije yo no ando haciéndole mal a nadie”.³⁸

Luego de sortear tales dificultades, Teosbaldo pudo consolidar su negocio de venta de pescado, que le envían desde Tumaco o el que va él mismo a traer para aprovechar y visitar a sus hijos y familia que todavía viven en el puerto: “Yo voy cada dos meses o cada mes porque yo siempre voy a traer picuda, pelada, pargo, filete de corvina, camarón, coco, de todo”.

Con la negociación de los paramilitares en el gobierno de Uribe, las Farc se fortalecieron en muchas zonas del Putumayo. Aunque lo que se denominó de manera general en esa época Bacrim (acrónimo para hablar de las estructuras paramilitares que siguieron operando en las regiones) alimentadas por el jugoso negocio de la coca, aparecieron en la escena. Es en este momento cuando el conflicto se agudiza en el Pacífico sur colombiano, asociado al desplazamiento de los cultivos de coca, la llegada de muchas personas originarias de allí o de otras regiones que llegaron por el auge de la coca en la costa nariñense.

Conflicto armado en el Pacífico sur

El Pacífico sur, como toda la región del Pacífico colombiano, era caracterizada como un remanso de paz. Hoy, particularmente el Pacífico sur, es una de las zonas donde la confrontación armada y la violencia tiene sus más brutales expresiones. El advenimiento del conflicto para el Pacífico sur se explica en parte por la llegada desde el Putumayo de gentes asociadas al cultivo y procesamiento de la hoja de coca: “A finales de los 90 el negocio de la coca, venido del Putumayo, atrae a toda clase de gente y de grupos armados [...]” (Diócesis de Tumaco 2009: 23).

Algunas de estas gentes eran originarias del Pacífico, y habían migrado al Putumayo impulsadas por el auge cocalero desde unos pocos años o ya unas dos décadas atrás. Otros, en cambio, llegaban por vez primera al Pacífico en busca de terrenos para abrir sus fincas y sembrar coca. Intermediarios y comerciantes, seguidos de distintos actores armados, también se sumaron a esta migración cocalera al Pacífico sur. Como lo planteaba enfáticamente un artículo en una conocida revista de circulación nacional: “Todo se agravó después que empezó el Plan Colombia. Éste, como daño colateral, empujó los cultivos de coca hacia el Pacífico. Mientras a Putumayo y a Caquetá les llovía glifosato del cielo, Tumaco se iba llenando de raspachines y laboratorios. Y, por supuesto, de ejércitos que los cuidaban y mataban por ellos” (Semana 2009)

³⁸ Teosbaldo Puertocarrero. La Hormiga, julio de 2018.

El énfasis en la fumigación de los cultivos de coca en el Putumayo, así como las intervenciones paramilitares mencionadas arriba que generaron terror en algunas zonas del Departamento y la creciente influencia militar —desprendida del Plan Colombia como una estrategia de eliminación de estos cultivos esencialmente represiva y con un tono claramente ligado a la lucha contra la subversión—, fueron presionando a gentes involucradas en las plantaciones a emigrar hacia otros lugares con condiciones más favorables. Así, en palabras de Alciviades Madroño, para el bajo Putumayo, “[...] la mayoría de estos territorios se fue, se fue para Ecuador desplazada, se fue para sus territorios de origen, llamado Nariño, Huila, Caquetá, el Cauca, y otras ciudades del centro del país”. Algunos de estos colonos y raspachines habían llegado de tiempo atrás de la costa Pacífica detrás de los beneficios de la bonanza coquera del Putumayo. Ante la creciente presión, entonces, muchos de estos decidieron regresar. El grueso de quienes vinieron al Pacífico, sin embargo, eran colonos o raspachines que llegaron al Putumayo desde distantes regiones, muchos de ellos huyendo de la violencia política o económica a la que habían sido sometidos.

En los últimos diez años, pero sobre todo después de los Acuerdos de La Habana entre el gobierno y las Farc, el Pacífico nariñense se ha convertido en el más cruento escenario de la guerra. El auge de la minería ilegal con retros y dragas, así como el posicionamiento como la zona en donde se concentra la mayor extensión de cultivos de coca, laboratorios de pasta y cristalizaderos, ha propiciado el florecimiento de grupos armados que se disputan el control territorial y de la población, siendo esta última la que más ha sufrido los embates del conflicto.

En el marco del recrudecimiento de la confrontación armada y del incremento de acciones contra los pobladores rurales y urbanos del Pacífico sur colombiano, se ha consolidado un marcado flujo de gentes desplazadas hacia diferentes lugares del país. Algunos se han refugiado en los cascos urbanos como en Tumaco, Guapi o Buenaventura, mientras que otros han llegado al interior del país a ciudades como Cali o Bogotá. Dados los vínculos existentes con familiares o conocidos en el Putumayo, se ha registrado también la llegada de población desplazada del Pacífico colombiano a zonas como La Hormiga y San Miguel. La última ola de migrantes afrodescendientes al Putumayo se asocia, entonces, a los procesos de desplazamiento de los pobladores rurales y urbanos del Pacífico sur colombiano en el marco de la marcada intensificación del conflicto y la violencia.

II. Asentamientos y presencias afrodescendientes

Dados estas olas de migración, el Putumayo es habitado por poblaciones afrodescendientes. A pesar de los imaginarios de un Putumayo donde únicamente hay indígenas y colonos blanco-mestizos, los afrodescendientes han estado presentes por generaciones en la región. No se los puede considerar como unos recién llegados, pues como vimos en la sesión anterior se cuenta con registros claros de su llegada al menos desde el siglo XIX.

Para los pobladores locales, hay unos lugares icónicos en los que se encuentran asentamientos afrodescendientes. Sobre el río Caquetá, a 27 kilómetros de Mocoa, se encuentra Puerto Limón, uno de los asentamientos con más clara y más fuerte presencia afrodescendiente en la región. Otro de los asentamientos icónicos de población afrodescendiente es Tesalia, también a una distancia de 27 kilómetros, pero esta vez del casco urbano de Orito. En Tesalia y en la vecina Burdines prácticamente todos sus habitantes son afrodescendientes. Más hacia el sur, en la frontera colombo-ecuatoriana, sobre el río San Miguel, se encuentra Puerto Colón. A solo 16 kilómetros de La Hormiga, Puerto Colón cuenta con una marcada presencia afrodescendiente.

Aunque estos son los lugares identificados localmente por su gran presencia afrodescendiente, no son los únicos sitios en los cuales habita esta población. En una tabla producida por la Federación de Asociaciones por los Derechos de las Comunidades Negras del Putumayo (FEDECAP), para el “Plan afrodescendiente en putumayo-agosto 2006-2019”, se hace el más detallado acercamiento a la ubicación de la población afrodescendiente en el departamento (ver tabla 1 y mapa 2).

Además de lo valioso de identificar en detalle las ubicaciones del grueso de los afrodescendientes en el Putumayo, en esta tabla se introduce una distinción entre el tipo de asentamiento nucleado y el disperso. Para entender no solo las presencias sino también las especificidades de los afrodescendientes en el Putumayo, este es uno de los criterios que debe tomarse en consideración. En los asentamientos nucleados como Puerto Limón o Tesalia, con una importante o mayoritaria proporción demográfica con respecto a otros habitantes (sean estos blanco-mestizos o indígenas), los afrodescendientes habitan y se relacionan con los otros pobladores en condiciones distintas a las que se dan cuando su presencia se circunscribe a unas cuantas familias o incluso individuos en zonas con una mayoría de población no afrodescendiente.

Tabla 2. Asentamientos de población afrodescendiente en el Putumayo

	Municipio	Asentamiento	Tipo	
			Nucleado	Disperso
1	Sibundoy	Alto Putumayo		X
2	Mocoa	Cabecera municipal		X
3		Puerto Limón	X	
4	Villagarzón	Cabecera municipal	X	
5		Puerto Umbría ³⁹		X
6		Pueblonuevo	X	
7	Puerto Guzmán	Cabecera municipal		X
8		San Pedro		X
9		El Jauno		X
10		Santa Lucía		X
11		La Chorrera		X
12		Bututo	X	
13		San Roque	X	
14		Mayoyoque	X	
15	Puerto Caicedo	Cabecera municipal		X
16		San Pedro		X
17		Villa del Río	X	
18		Cristo Rey	X	
19		El Porvenir	X	
20		Las Palmas	X	
21	Puerto Asís	Cabecera municipal		X
22		Santa Inés		X
23		La Primavera		X
24		Las Malvinas		X
25		Villa Mosquera		X
26		Brasilia	X	
27		Nueva Floresta		X
28		La Piña		X
29		La Golondrina		X
30		San Luis		X
31		Jerusalén		X
32	Orito	Cabecera municipal ⁴⁰		X
33		Tesalia	X	
34		Bálsamo	X	
35		Versalles	X	
36		San José de los Pinos		X
37		Triunfo	X	
38		Burdines	X	
39		Andes	X	
40		Buenos Aires		X
41		El Paraíso		X
42		Acaé		X
43		San Luis		X

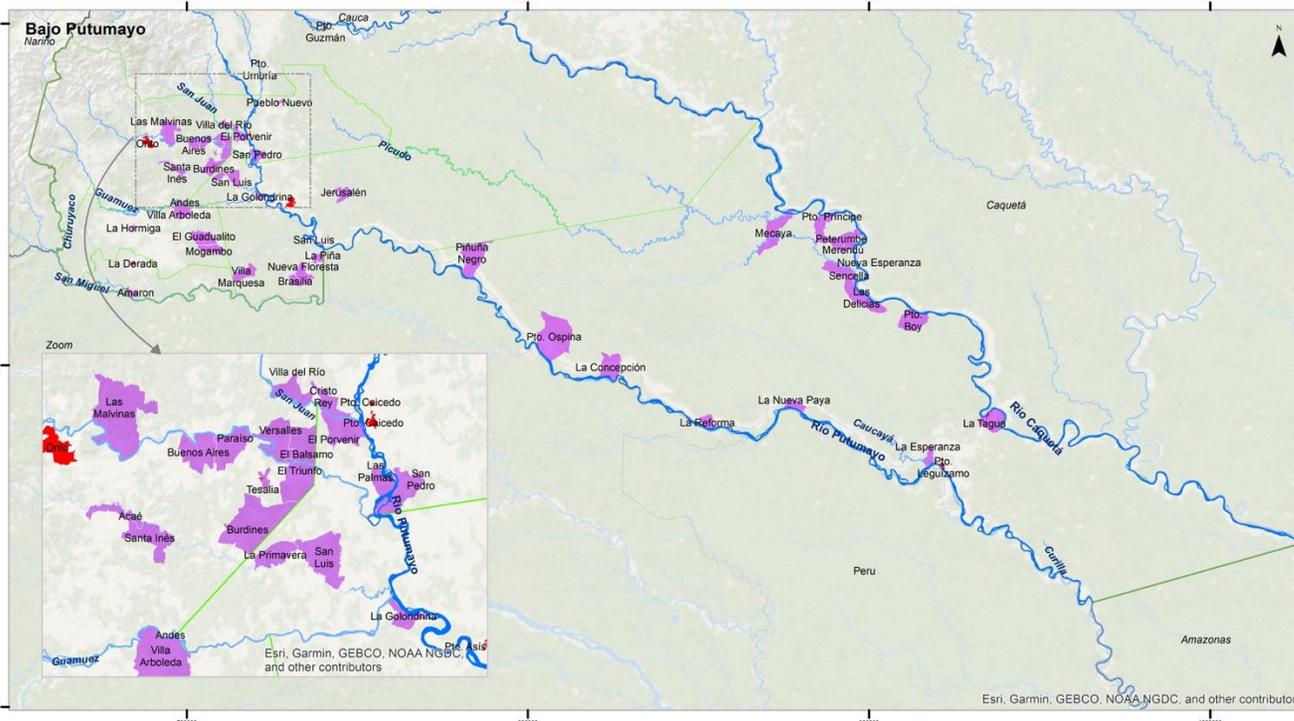
³⁹ Más específicamente en los sectores de El Naranjito y de San Fidel hay concentración de familias afrodescendientes.

⁴⁰ Según el Plegable de la Asociación de Comunidades Afroritense (Asocafror), En el casco urbano se identifican importantes concentraciones de afrodescendientes en los barrios El Vergel, Las Palmas, El Jardín, Marco Fidel Suarez, Colombia, 28 de Mayo, San Martín, Simón Bolívar y Unión. <http://www.culturama.org.co/images/Publicaciones/Asociacion-de-comunidades-afroritense-ASOCAFROR.pdf>

44	Valle del Guamués	La Hormiga		X
45		Villa Arboleda	X	
46		Guadualito	X	
47		Mogambo	X	
48		Ranchería	X	
49	San Miguel	La Dorada		X
50		Puerto Colón	X	
51		Amaron	X	
52	Leguízamo	Mecaya		X
53		Puerto Príncipe		X
54		Peterumbe	X	
55		Merendú	X	
56		Sencilla	X	
57		Las Delicias		X
58		Puerto Boy		X
59		Nueva Esperanza	X	
60		La Tagua		X
61		Puerto Leguizamo		X
62		La Nueva Paya		X
63		La Esperanza		X
64		La Concepción		X
65		La Reforma		X
66		Puerto Ospina		X
67	Piñuñ Negro		X	

Fuente: FEDECAP (2006: 8-9).

ASENTAMIENTOS AFRODESCENDIENTES EN EL DEPARTAMENTO DEL PUTUMAYO



Convenciones

- Límite nacional
- Límite internacional
- Cabecera municipal
- Ríos

Leyenda

- | Clasificación de las regiones | Asentamientos afrodescendientes |
|-------------------------------|---------------------------------|
| Alto | |
| Medio | |
| Bajo | |



-Fuente: FEDECAP (2006: 8-9).
 -Información cartográfica: Geoportal IGAC; SIG-OT Colombia.
 -Información de referencia: Datum Magna Sirgas Bogotá.
 -Elaboró: María F. Anaya Chamorro, 2020.

Otro criterio relevante para la caracterización de la población afrodescendiente del Putumayo, también contemplado en la tabla, es la distinción entre casco urbano y áreas rurales. En los contextos urbanos las dinámicas poblacionales suelen ser diferentes de los rurales en términos de las actividades económicas, las interacciones y experiencias individuales, familiares y vecinales. Ahora bien, hay diferencias significativas también entre los distintos tipos de contextos urbanos: no son equiparables las condiciones de los centros urbanos más densamente poblados y articulados a más intensos flujos económicos, poblacionales y de imaginarios (como Mocoa o Puerto Asís) que las de los más pequeños cascos municipales (como Puerto Umbría, Orito o La Hormiga).

En las áreas rurales también hay diferencias en términos de sus conexiones con los centros urbanos, las actividades económicas predominantes, las condiciones ecológicas, las específicas dinámicas históricas y las particulares expresiones y efectos del conflicto y la violencia. Así, por ejemplo, no son equiparables las condiciones de las veredas en el río San Miguel, en las inmediaciones de Puerto Colón, en la frontera con el Ecuador a las de los asentamientos rurales en Puerto Caicedo.

Además de los criterios de nucleados/dispersos y de urbanos/rurales, hay que tener en consideración para entender las especificidades de los asentamientos en el Putumayo los momentos y lugares de proveniencia de los afrodescendientes. Asentamientos como el de Puerto Limón, originados por migrantes que en su gran mayoría pertenecían a las cercanías del río Güelmambí y cuya migración comenzó en los años cuarenta hasta los sesenta del siglo XX, que cuentan con hasta dos o tres generaciones de personas nacidas allí, se diferencian de asentamientos, también rurales y con alta presencia afrodescendiente como Puerto Colón, donde todavía hoy hay un flujo importante de población proveniente de las zonas rurales y urbanas del Pacífico nariñense desplazados por el recrudecimiento del conflicto y la violencia.

Los lugares de proveniencia de los afrodescendientes que han constituido estos asentamientos son cruciales porque suponen diferenciaciones sustanciales entre estos. En efecto, uno de los prejuicios que es importante romper para entender las especificidades de los afrodescendientes en el Putumayo es el supuesto que constituye el pensamiento racial que asume que todos los “negros son iguales”. En contra de este prejuicio racista, ni siquiera en una región como el Pacífico colombiano los afrodescendientes tienen las mismas características culturales o identitarias, para no hablar de sus trayectorias históricas, configuraciones sociales y articulaciones económicas. Para decirlo escuetamente con un ejemplo burdo: la chirimía o el queso costeño, tan importantes en la música y gastronomía tradicional del medio Atrato, no tienen ninguna relevancia en el Pacífico sur donde la marimba (desconocida en el medio Atrato) o el encocado han sido centrales para sus expresiones musicales y gastronómicas.

La *tunda*, visión que puebla los relatos de las poblaciones del Pacífico sur, no existe en la tradición oral del medio Atrato, donde el *mohán* es central. En muchos aspectos, incluso, no son equiparables las poblaciones de pescadores asentados la zona de estuarios del Pacífico

caucano o nariñense a los mineros de las partes medias y altas, incluso en el mismo Pacífico caucano y nariñense. Ahora, si nos detenemos a examinar los más grandes contrastes entre los negros del Pacífico con los de los valles interandinos (o entre estos últimos entre los del valle geográfico del Cauca y los del Valle de Patía) o los negros asentados sobre las Cordilleras (como los de Tierradentro, por ejemplo), es evidente que de ninguna manera los “negros” *no* son iguales.⁴¹

Finalmente, en la distinción de los asentamientos afrodescendientes en el Putumayo es relevante considerar si se mantienen o no los vínculos con los lugares de origen. Asentamientos como los de Tesalia, en los que se conservan algunas conexiones con los familiares y los lugares de origen o como en Puerto Umbría donde desde hace tiempo estos vínculos han desaparecido, difieren de asentamientos como los de Puerto Colón donde estos vínculos son fuertes e implican flujos en ambas vías.

Con este conjunto de criterios, se puede empezar a construir una tipología de trabajo en la caracterización de las poblaciones afrodescendientes del Putumayo. Sabiendo que todavía falta mucho trabajo de campo para tener una visión más consistente de esta tipología, podemos sugerir los siguientes apuntes. Por un lado, se encontrarían asentamientos nucleados de predominante presencia afrodescendiente con distinciones culturales explícitas, resultado de migraciones de hasta más de medio siglo, y con procesos de articulación identitarios como comunidad negra. Aquí encontraríamos a Puerto Limón como un claro referente. Por otro lado, se encontrarían asentamientos nucleados de predominante presencia afrodescendiente, con distinciones culturales tácitas, resultado de migraciones de hasta más de medio siglo, pero con incipientes procesos de articulación identitarios como comunidad negra. En este tipo de asentamientos encontraríamos los asentamientos rurales como los de Burdines y Tesalia, pero también algunos asentamientos urbanos como los que se dan en los barrios tradicionalmente negros de Orito⁴².

Un tercer tipo de asentamiento nucleado sería aquel con importante presencia afrodescendiente (aunque no necesariamente mayoritaria), con flujos de población que continúan hoy en día en montos sustanciales, y precarios procesos de articulación identitarios en términos de comunidad negra. Un cuarto tipo se refiere a los asentamientos dispersos de familias afrodescendientes, que se han llegado hace más de una generación, sin muchos marcadores explícitos de diferencia, pero con una vocación de reconocimiento como comunidad negra que se encuentran en zonas rurales o en cascos urbanos. Aquí encontramos algunos asentamientos como los de Mocoa. Finalmente, los asentamientos dispersos de familias o incluso individuos afrodescendientes que han llegado en las últimas dos décadas al Putumayo, a menudo huyendo de los procesos de despojo y violencia en sus lugares de origen.

⁴¹ Todavía mas complejo aún, la categoría de “negros” no es inocente histórica y políticamente, no se puede yuxtaponer fácilmente con la de afrodescendiente y tiende a confundir articulaciones raciales con identificaciones que apelan a la etnización. Más adelante, abordaremos algunos de estos asuntos.

⁴² En el casco urbano de Orito, estarían los barrios El Vergel, Las Palmas, El Jardín, Marco Fidel Suarez, Colombia, 28 de mayo, San Martín, Simón Bolívar y Unión (Plegable de la Asociación de Comunidades Afroritense, Asocafror).

Tabla 3. Tipología de los asentamientos afrodescendientes en el Putumayo

Tipos de asentamiento	Presencia afrodescendiente	Llegada	Distinciones culturales	Procesos identitarios
Nucleados	Predominante	De hasta hace más de medio siglo	Explicitas	Fuertes
	Predominante	De hasta hace más de medio siglo	Tácitas	Incipientes
	Importante, pero no mayoritaria	De hace algunas décadas, que continua hasta hoy en día	Tácitas	Incipientes
Dispersos	Minoritaria	De hace algunas décadas, que continua hasta hoy en día	Tácitas	Incipientes

Más adelante ahondaremos en algunos de los asentamientos que hemos mencionado. Pero antes de pasar a esto, se hace relevante referir las cifras con las que se cuenta a la fecha de los afrodescendientes en el Putumayo, usando, la fuente oficial, aunque no por ello la más confiable, del censo del Dane. Decimos que no es la más confiable porque, al igual que en otros lugares del país, la visibilización estadística de la población afrodescendiente ha sido un gran problema en el país. Además de las numerosas dificultades técnicas en el levantamiento en terreno de los datos, el Dane se ha enfrentado a los sub-registros derivados del autoreconocimiento como criterio de cuantificación de los afrodescendientes. Siendo así materia de una compleja discusión que, durante al menos tres décadas, han adelantado los expertos en el campo de los estudios afrocolombianos que no es pertinente reproducir aquí.⁴³

Para los propósitos de nuestro abordaje, sin embargo, lo que nos interesa resaltar es que los datos del Dane suponen un sub-registro de la población afrodescendiente asociado con las prácticas de racialización que, desde el periodo colonial, han introducido una serie estereotipos sobre ser marcado como “negro” que, instalados desde lo más profundo del sentido común, han implicado densos procesos de negación y de blanqueamiento. Por eso, los datos del Dane deben tomarse más como indicadores de emergentes articulaciones de identificación, que como un transparente e incuestionable registro del real número de afrodescendientes en cualquier lugar del país.

Para el Putumayo contamos con otra importante fuente para la visibilización estadística de la población afrodescendiente. La Federación de Asociaciones por los Derechos de las Comunidades Negras del Putumayo (FEDECAP), para el 2006 produjo un documento titulado “Plan afrodescendiente en putumayo-agosto 2006-2019”, en el cual se presentan unas cifras alternativas a las del Dane sobre el número de afrodescendientes en el Putumayo:

“En el caso de la población afrodescendiente, según el Dane, para 2005 en el Putumayo había 11.620 personas, cifra correspondiente al 4,9% de la población total departamental. Sin embargo, el Plan de Etnodesarrollo Afroputumayense 2006-2019 FEDECAP contiene unos datos poblacionales distintos. Según Fedecap, en el año 2006 había 80.953 afrodescendientes en el departamento, una

⁴³ Para adentrarse en esta discusión ver Urrea, Ramírez y Viáfara (2004).

cifra que diverge considerablemente del número de población negra censada por el Dane un año antes: la diferencia es de 69.333 personas” (Guerrero, Londoño y Jaramillo 2016: 203).

Sin duda, estas cifras son el resultado de determinados procesos de identificación y cuantificación que están mediadas, como las de Dane, por supuestos e intereses concretos. No obstante, en su conjunto, son indicadores relevantes en contraste y tensión con los datos oficiales.

Con base en los datos del documento de la FEDECAP que hemos mencionado y en el “Plan Departamental de Desarrollo Putumayo Solidario y Competitivo, 2012-2015” de la gobernación del Putumayo (2012), Guerrero, Londoño y Jaramillo (2016) compilan y contrastan en una tablas y mapas los datos de la población afrodescendiente en el Putumayo. Aunque estos investigadores aplanan los principios de inteligibilidad estadística en lo que llaman “etnia” y asumen cándidamente las distinciones entre “indígenas”, “negros” y “mestizos y blancos”, son útiles para vislumbrar ciertos contrastes.

Así, por ejemplo, basados en el documento de la gobernación del Putumayo, Guerrero, Londoño y Jaramillo presentan la siguiente tabla que titulan “Porcentaje de la población municipal por etnia, según su propia percepción”. Aunque en el documento de la gobernación citado no se fundamenta en una investigación estadística que hable de autopercepciones sino que reproducen los datos de Dane, esta tabla es interesante como un contraste de las narrativas oficiales sobre la “diversidad étnica” de las poblaciones que producen y administran como tales (ver tabla 4).

En otra tabla se hace un contraste entre los datos del total y porcentaje de la población afrodescendiente del censo del Dane y los de FEDECAP (ver tabla 5). Como lo indican los autores, una de las más interesantes interpretaciones del contraste entre estas dos fuentes radica en que, a pesar de sus evidentes diferencias, ambas confluyen en los mismos lugares con más alta proporción de presencia afrodescendiente, así como confluyen en considerar que las áreas rurales es donde se concentra la mayoría de la población afrodescendiente y hacen menor presencia en algunas cabeceras municipales.

Tabla 4. Datos presentados como porcentaje de población municipal por etnia según su propia percepción

Municipio	Mestizos y blancos %	Negros %	Indígenas %
Colon	63,6	0,3	36,1
Mocoa	75,1	6,6	18,3
Orito	59,7	7,9	32,4
Puerto Asís	79,9	7,6	12,5
Puerto Caicedo	70,4	6,7	23,3
Puerto Guzmán	70	6,7	23,3
Leguizamo	62,2	2,6	35,2
Sibundoy	65,4	0,5	34,1
San Francisco	74,4	0,3	25,3
San Miguel	85,3	4,7	10
Santiago	38,2	0,1	61,7
Valle del Guamuéz	88,5	2,5	9
Villagarzón	73,1	5,5	21,4
Total	76,3	5,7	18

Fuente: Guerrero, Londoño y Jaramillo (2016: 195-196).

Tabla 5. Contraste entre las cifras provistas por el Dane y Fedecap sobre la población afrodescendiente del Putumayo

Municipio	Población total según Dane	Población afro según Dane	Población afro según Fedecap	Porcentaje del total municipal según Dane	Porcentaje del total municipal según Fedecap
Mocoa	36.185	2.322	6.479	6,4	17,9
Orito	39,519	2.990	21.056	7,6	53,2
Puerto Asís	45.745	3.308	19.436	7,2	42,6
Puerto Caicedo	10.581	572	5.669	5,4	53,6
San Miguel	15.245	621	3.234	4,1	21,2
Valle del Guamuéz	32.958	783	1.620	2,4	4,9
Colon	4.198	13	243	0,3	5,8
Puerto Guzmán	5.114	235	14.982	4,6	292,2
Leguizamo	9.938	155	3.243	1,6	32,6
Sibundoy	11.529	50	456	0,43	3,9
San Francisco	5.270	12	162	0,2	3,1
Santiago	5.830	7	324	0,1	5,6
Villagarzón	30.899	560	4.049	1,8	13,1
Total	237.197	11.620	80.953	4,9	34,1

Fuente: Guerrero, Londoño y Jaramillo (2016: 203-204).

Sin lugar a dudas, como ya planteamos, categorías como las de “negro”, “moreno”, “afro”, “afrocolombiano” o “afrodescendiente” no son tan fácilmente articulables en los procesos de identificación que suelen ser desplegados por los dispositivos de levantamiento de datos de cualquier censo. En Puerto Limón, donde tuvimos un mayor acercamiento, encontramos una

serie de indicadores en las prácticas y subjetividades que se encuentran en juego con estas categorías.

En el proceso de armar los cuadros de parentesco que nos sirvieron como técnica de investigación para trazar las trayectorias y presencias de los afrodescendientes, nos encontramos con situaciones en las que un hijo, un nieto o un abuelo no eran nombrados como “negros”, sino que se referían a ellos con nociones como las de “blanco” o “indio”. Para quienes están familiarizados con las nociones biologizadas de raza y herencia, que de un indio o blanco como uno de los padres pueda nacer una persona considerada negra y que, esta a su vez, tenga descendientes que ya no lo son, puede sonar algo extraño.

Raza es una palabra que se escucha con facilidad en las conversaciones cotidianas de las personas en Puerto Limón con las que conversamos. Doña Tomasa Criollo, quien llegó ya hace muchas décadas de Barbacoas, nos decía que su papá era negro y su madre blanca: “Mi mamá era de las dos razas”. La mamá era “blanca”, pero dependía de las dos “razas”. Su abuelo “era blanco y su abuela era indígena”. Su abuelo se llamaba Leonardo Criollo, era “blanco”. Como su abuela materna era una india, hablaba de que “tenía de todas las razas”. Eulogia, la hija de Alfredo Angulo Castillo, tenía una hija negra que, en Pasto mientras estudiaba se consiguió un marido blanco, por lo que su hija es zarca⁴⁴. En la conversación que sostuvimos con Emma Cabezas, una mujer bien mayor, nos explicaba:

“Mi mamá era de raza indígena, sí, mi mamá y la mamá de ella no usaban, así como nosotros nada de pomba ni de nada, no más era la valletica cruzada, y aquí un pañal, no más [...]. Mi mamá, ella como era raza de indio [...]. Porque mi abuela llegó con mi abuelo Sotero, mi abuelo Sotero era de Quito, y yo no sé dónde se enamoraron con mi abuela, pero mi abuela era india, india, india. Mi mamá era el pelo, así como el suyo, pero más largo, porque ya mi abuelo era como revuelto. Entonces mi mamá era el pelo liso liso, la mamá de ella no lo amarraba con moña, ella tuvo tres mujeres y un varón y ellas las amarraba con guasca, con una mata que le dicen la balsa”.⁴⁵

En el análisis de Paloma Aguilar (2019) de esta entrevista, resalta como Emma Cabezas se refería a estas mezclas con el término de *indionegro*: “¿No le digo? Eso aquí usted ve, indionegro, ve negras, ve blancas, mejor dicho, de todas familias usted ve en esta casa”. En su relato, se evidencia el desplazamiento de categorías racializadas:

“[la hija] la que está en Bogotá, hay una nieta del color suyo [blanco], y el pelo así churoso. La mamá es negrita, hija mía, no le digo, las nietas, de las hijas de ellos, cualquiera las ve y dicen, esas señoritas qué van a ser hijas de esos negros.
-Y por qué salieron blancas?
-Es que la mamá es así, y los papases tampoco es que sean así muy negros negros, son como mulaticos ellos”.⁴⁶

⁴⁴ Es una categoría local de cierto tipo de blancos que cuentan con los ojos verdes o azules.

⁴⁵ Emma Cabezas. Puerto Limón, julio de 2018.

⁴⁶ Emma Cabezas. Puerto Limón, julio de 2018.

Encontramos varios casos así en los que, hablando de parientes consanguíneos, algún miembro de la familia no era considerado “negro”. Si a esto le agregamos los parientes por afiliación, que en muchos casos no son clasificados como “negros”, podemos tener un panorama mucho más fluido, con más matices y yuxtaposiciones de los entramados familiares de lo que nociones estables y sedimentadas de “negro” tienden a considerar.

En una entrevista, que ya hemos citado, realizada por Marcela Ardila en Tesalia a Juan Antonio Rentería Maturana, uno de los miembros de las familias fundadoras, encontramos un pasaje en la que afloran algunas nociones de la clasificación racial que operan localmente:

P. ¿Cuándo vienen tantas personas de lugares tan diferentes es muy difícil vivir en comunidad?

R. No porque nosotros aquí comprendemos que todos somos lo mismo, puede ser negro, puede ser indio, puede ser cobrizo, aceitunado, puede ser que lo que sea todos somos humanos, entonces nosotros todo eso lo comprendemos. El uno tiene una idea, el otro otra y hay que sobrellevar para uno poder vivir. Hay veces que llega gente que es racista, que tratan de poner al negro un poco más bajo, pero entonces a medida de la educabilidad también les hacemos comprender cómo debemos de tratar a los otros.

P. ¿Ha habido mucho racismo?

R. Siempre lo ha habido de parte de la raza amarilla, se trata de blancos. Nosotros sabemos que hay raza blanca, cobriza, aceitunada, amarilla, negra, los que no son de la raza negra no son blancos, pero entonces ellos no se imaginan de donde vienen. Pueden ser tal vez aceitunados. Si son amarillos son de raza blanca, nosotros también decimos que somos de raza blanca”.⁴⁷

Blanco, amarillo, aceitunado, cobrizo, indio, negro... pero también una explícita noción de las prácticas de discriminación y de inferiorización que se suelen experimentar con las marcaciones de la negritud. Con elementos como estos en juego, de los cuales aquí solo hemos alcanzado a mencionar las puntas del iceberg, es probable que las respuestas a cuestionarios que demandan no solo auto-adscripciones en tensión (en ocasiones con palabras extrañas... como etnia o afrocolombiano) sino también una serie de información sobre sí mismos (en un contexto de una región como el Putumayo) no sean las formas más expeditas de poder dimensionar las presencias demográficas de los afrodescendientes en la región.

Puerto Limón

En el Putumayo, la presencia de población afrodescendiente encuentra en Puerto Limón uno de sus más evidentes referentes. Aunque contamos con las valiosas contribuciones escritas del líder Florel Angulo (2012, 2013) sobre aspectos como la tradición oral y las festividades, el estudio histórico y etnográfico a profundidad de este asentamiento es una labor aún pendiente. En lo que sigue ofrecemos algunas puntadas, a partir de los datos resultantes de

⁴⁷ Entrevista realizada por Marcela Ardila como parte de su investigación para su tesis (cfr. Ardila 2003). La transcripción de sus entrevistas fue generosamente compartida por la autora.

nuestro trabajo de campo y los pocos documentos existentes, desde la perspectiva de entender las trayectorias y presencias de los afrodescendientes en el Putumayo.

Como indicábamos en el aparte sobre poblamiento, los afrodescendientes de Puerto Limón provienen principalmente de Barbacoas, aunque también llegaron familias de otras zonas del Pacífico nariñense como Tumaco, Lorente y el río Mira. Entre los que vinieron de Barbacoas, fueron muchos los que eran del río Güelmambí. Al menos para la década de los años cuarenta se encuentran indicios del comienzo de este proceso de migración, lo que significa que este asentamiento afrodescendiente cuenta con cerca de un siglo en el Putumayo.

Imagen 2. Captura satelital de Puerto Limón



Fuente: MapHub. <https://maphub.net/>

La fama de que en Oriente, como se referían a la región del Putumayo y bajo Caquetá, había “hartísimo oro” fue el principal aliciente para su llegada a Puerto Limón (Rodríguez 2019). En la tradición oral de la localidad, se tiene claridad del lugar de proveniencia de los pioneros afrodescendientes y sus motivaciones mineras: “Los primeros que se vinieron para acá fue la familia Mesa. Esa familia es de Barbacoas. Todos los negros que se ven acá son de Barbacoas, toda esa negramenta vino a buscar oro y se quedaron asentados porque sacaron el oro y no sabían para dónde coger”.

Quienes se encontraban ya instalados en Puerto Limón, en sus viajes a Barbacoas para visitar sus padres o hijos, instaban a familiares y conocidos a venirse a Oriente. En estas visitas, hablaban del mucho oro que había en estas tierras del Putumayo, de las posibilidades de trabajo y de las características del lugar. Los dientes de oro que algunos se habían mandado a implantar era un indicio corporalizado, entre muchos otros, de lo bien que podría ser dirigirse hacia esas tierras. Alfredo Angulo nos relataba sobre su llegada:

“Argelio, el hermano de Juan, me dijo vámonos pal Putumayo que yo allá ya tengo un rancho, allá hay buen oro. Y le dije yo, vámonos. Como estaba solo. Pues vámonos le dije. Tenía 26 años y entonces yo estaba enamorado con Eva [Mesa]. Le a ella, pues yo me voy pal Putumayo [...] con Don Argelio. Me dijo: Yo no me quedo, yo también me voy”.

Los pioneros pudieron tomar tierras para hacer sus fincas, pero quienes entraron después tuvieron que comprarlas. Florel Angulo recuerda que su padre contaba que, al comienzo, “[...] eso era baldío, eso lo cogieron. Alla hay cualquier cantidad de terreno, sino que ya pues esos manes, allá como eso cogían 200 hectáreas, esto es mío y ya. Entonces después ya fueron ubicando y ya llegó mucha gente”.

Sobre todo al comienzo, cuando no habían familiares o entables para recibir a los recién llegados, eran los hombres los que viajaban primero con el propósito de generar las condiciones para que llegaran otros miembros de la familia: “[...] venían a descubrir si había oro, eso era lo primero que venían a descubrir. Entonces mi papá primero vino solo y entonces se dieron cuenta que ya había oro, entonces iban y traían mas familiares también para el trabajo que tenían para abrir finca. Entonces se pusieron a abrir finca era muy duro”.

Antes de constar con sus propios entables mineros, algunos de los pioneros se dedicaron a trabajar para las minas que ya existían, propiedad de los primeros colonos que habían llegado de otras partes del país. En una de las entrevistas realizadas por Florel, se anotaba al respecto:

“En Puerto Limón había otras gentes o mestizos, que se habían apoderado de algunas minas; ellos eran como los patrones y manejaban 20, 30, 40 obreros explotando el oro; ellos solamente eran andando, dirigiendo las minas; dizque se sacaban 3 o 4 kilos de oro; en ese tiempo, dice mi papá que esos eran los grandes empresarios en ese tiempo. Sacaban el oro de manera artesanal” (2003: 57).⁴⁸

En Puerto Limón había algunos compradores de oro como Los Guerrero. Cada ocho o quince días, cuando se lavaba el oro de las minas, se bajaba hasta el pueblo para vender el oro y conseguir la remesa. Al comienzo tocaba viajar hasta Mocoa, porque los graneros de Puerto Limón no eran muy grandes ni estaban bien abastecidos. Para aquella época, Alfredo Angulo

⁴⁸ El mismo Florel Angulo recordaba, en nuestra conversacion, sobre estos asuntos: “Mi papá cuenta que allá cuando llegó, el empezó a trabajar con un patrón [...] Había un man que se llamaba Netario, él solo se mantenía recogiendo oro [...] Tenía 12 o 13 trabajadores [...] él solamente iba al momento de recoger el oro. Él tenía las mejores minas que todavía tienen oro por allá, pero entonces él disque buscaba obreros y a los obreros les pagaba, pues les pagaba con la mina y todo ese tiempo, decía mi papá, había mucho oro”.

recordaba como a Mocoa “[...] era que la gente iba casi a remesiar, porque aquí [en Puerto Limón] unas cuatro casitas no más, no había mucho. Y Villa Garzón ahí no había nada, Villa Garzón ni nada, puro potrero, ganadería es que hay ahí. Ahí todo el mundo iba a comprar leche y todo lo que fuera de eso. Y vea ahora”.

Aunque muchos llegaron directamente a lo que hoy es Puerto Limón, otros lo hicieron después de haber migrado a otros lugares cercanos. Así, la conocida líder Petrona Castillo, relataba que su llegada a Puerto Limón fue desde La Primavera, en los alrededores de Piamonte (baja Bota Caucana), donde habían llegado con sus padres desde Tumaco. Su madre, que era oriunda de Barbacoas, y una enamorada de la mina, fue la que llegó primero a Puerto Limón:

“[...] mi mamá era de Tumaco y mi papá era de Barbacoas. Ya nosotros fuimos nacidos, todos los hijos de matrimonio, en Tumaco, pero descendimos de Barbacoas [...] Llegamos al Cauca [a un lugar llamado La Primavera, cerca de Piamonte] [...] En La Primavera, únicos negros éramos los Castillo, los de Tumaco. Pero había una parte que estaban playando el oro que era más adentro, que se llama Piamonte ahorita (la cabecera municipal del Cauca). Por allí estaban los barbacuanos, o sea que llegamos nosotros como tumaqueños a esa parte, pero con distancia, una distancia casi de seis horas [...] Mi venida al Putumayo fue porque mi madre [...] o sea, se disparó la propaganda del oro, de que en el Putumayo había oro. Entonces pues, de allá se vino mucha cantidad de gente. Cuando ellos, se vino mi madre también porque ella amante a la mina. Se vino mi madre atrás del oro [...] Ella vino y se fue con un señor Gaspar y un señor Anastasia Rivera. Se fueron para El Caimán, donde sacaban pedazos de hasta 200grms. Mi madre no logró sacar de, pero que sí sacó buen oro con un hermano flaquito que anda por ahí que se llama Rimberto. Con él andaba ella, y ellos estuvieron trabajando pa’ la parte del Caimán”.⁴⁹

Aunque algunos mantienen relaciones con sus familiares y lugares de origen en el Pacífico nariñense, son muchos los que ya han perdido estos vínculos. Los más viejos, cuando se enteraban y podían hacerlo, regresaban para ocasiones extraordinarias como la muerte de sus padres o hermanos o para algunas de las más importantes fiestas. Pero quienes se vinieron al Putumayo con sus padres, hermanos e hijos, las razones para mantener los vínculos con sus lugares de origen en el Pacífico nariñense no fueron tan fuertes.

Conversando con Ema Cabezas sobre si había vuelto a su natal Barbacoas, nos aclaraba que, dado que sus padres habían muerto en Puerto Limón no tenía mayores razones para hacerlo: “[...] ya pa’ Barbacoas no voy porque entonces ya están mis dos velas acá. El amor de padre y de madres es que a uno lo arrastran donde sea”. Con lo de las dos velas, Ema se refería a que sus padres estaban enterrados en el cementerio de Puerto Limón, con lo que ya no tenía la motivación de ir a Barbacoas para visitarlos. Se habían roto, así, las conexiones más cercanas y preciadas.

⁴⁹ Entrevista a Petrona Castillo. Mocoa, julio de 2018.

Por su parte, entre quienes llegaron siendo muy niños o nacieron en Puerto Limón son bien pocos los que han visitado alguna vez el Pacífico nariñense. Sus vidas han transcurrido predominantemente en Puerto Limón y, cuando han salido, sus estadías suelen tener como destinos lugares como Pasto, Cali o Bogotá. Para ellos, nombres como los de Barbacoas, Güelmambí, Tumaco o Llorente son brumosos referentes de los lugares desde los cuales llegaron sus padres, abuelos o ellos mismos siendo apenas unos pequeños. No suelen estar cargados afectivamente, no evocan nostalgias ni estimulan viajes de regreso.

La técnica de explotación minera de quienes llegaron de Nariño es conocida como canalón, el cual se trabaja en familias en las tierras de su propiedad. Se empieza por desbaratar la peña con la barra, para lavar las gradas y arenas que pasan por un canalón para que, por peso, se vaya sedimentando la arena aurífera. El canalón se construye con las piedras que se sacan y limpian para ordenarlas cuidadosamente. El oro se separaba del resto de arenas mediante la utilización de la batea, que con suaves y rítmicos movimientos por gravedad va dejando amontonados hacia el centro los pequeños granos de oro. La barra, el almocafre y la batea constituyen sus principales herramientas, como lo fueron en Barbacoas. Lucio Angulo, de alrededor de ochenta años, llegado de Güelmambí hacia más de cuatro décadas, describía en los siguientes términos la forma de sacar el oro:

“[...] uno pone a desbarrancar tierra, toda la semana, y esa agua a lo que baja, baja el oro y ahí baja y ahí lo bariquea [...] Hace su canal allá en la peña misma [...] va chupando y va estancando y ahí...si hay saca y si no pues [...] Eso es una aventura, si saca pongamos 30 gramos, mañana uste no vaya a hacer daño en nada ajeno porque va y no saca un gramo, el oro es ingrato”.

Esta técnica del canalón es la misma con la que se explotaba el oro en la zona de Barbacoas por la época en la que los afrodescendientes migraron hacia el Putumayo (Friedemann 1974). Es una técnica utilizada desde el periodo colonial en los reales de minas del Pacífico colombiano, recurriendo al trabajo de cuadrillas de esclavizados. En la Barbacoas de hoy es una técnica que prácticamente ha desaparecido, desplazada por el enjambre retros⁵⁰ y la coca. Que se conserve en Puerto Limón como la técnica de extracción minera constituye un indicador de unas condiciones demográficas, ecológicas, económicas y culturales muy singulares que han posibilitado reproducir modos de existencia en el Putumayo que en muchos sentidos ya no se encuentran en el Pacífico nariñense.

Pero más allá de la técnica del canalón, la práctica minera que se realiza en Puerto Limón también parece operar reproduciendo algunos de los componentes esenciales del complejo articulado de prácticas y racionalidades económicas y sociales descrito por Nina S. de Friedemann para el Güelmambí. Aunque se requiere un trabajo de campo más detallado que sustente etnográficamente estos planteamientos, en Puerto Limón la actividad minera se realiza a partir de unidades familiares extendidas en torno a una mina, a la que se accede a

⁵⁰ Las retros apenas están iniciando su entrada a Puerto Limón. Según nos relataron, hace solo un año han empezado a verse en algunos sitios, en búsqueda no solo de oro sino de coltán. Le están ofreciendo dinero a los dueños de las fincas, pero solo algunos vendieron. Por eso empiezan a verse los pozos resultados de las excavaciones de las retros.

través de los derechos de propiedad cognáticos, tal vez manteniendo lo que Friedemann definió como *ramajes*.⁵¹

Todavía más interesante aún, probablemente nos encontramos ante minas de propiedad familiar articuladas a un sistema poliproductivo en sus fincas donde la agricultura, la pesca y la cacería constituyen un ensamblaje de prácticas y racionalidades económicas con el mercado que responden lo que Norman Whitten (1992) definió para los años sesenta y setenta como modelo de auge-decaída para el caso del Pacífico norte ecuatoriano y sur colombiano. Si esto es correcto, los famosos “pioneros negros” de Whitten se han hecho diáspora en el Putumayo.

Existe un constante movimiento entre el pueblo y las veredas. Quienes tienen casas en el pueblo y van a trabajar durante la semana a sus minas y fincas, se regresan los fines de semana para volver a comienzos de la siguiente semana. La racionalidad económica es campesina, ya que a pesar de que muchos de ellos han tenido contratos en las compañías petroleras no han abandonado sus labores agrícolas y mineras en sus propias fincas con mano de obra familiar. Es la fuerza de trabajo del núcleo familiar el eje de una racionalidad económica que se mueve pendularmente entre la producción para el consumo doméstico y la que se orienta al mercado.

En otros planos también se pueden registrar importantes continuidades entre los afrodescendientes de Puerto Limón y los del Pacífico nariñense. Así, por ejemplo, en nuestra estadía nos encontramos en Puerto Limón con indicaciones en la tradición oral, prácticas corporales y en el conocimiento local que son claros referentes del entramado tradicional de los afrodescendientes del Pacífico.

En efecto, aunque demandan ser objeto de investigaciones detalladas, encontramos que en Puerto Limón las referencias a una rica tradición oral que tiene sus anclajes en el Pacífico colombiano. Visiones como la tunda, el duende, el diablo y el riviel emergen con facilidad en las conversaciones sostenidas con sus pobladores. En la casa de su cocina, por ejemplo, la señora Aura Inés Estupiñán nos contaba cómo el duende se les aparecía no solo a las doncellas para enamorarlas, sino que una vez lo hizo con una mujer que ya tenía marido. Igual, escuchamos relatos de la tunda y otras visiones como el riviel que han marcado las experiencias de Eulogia Angulo o su padre Alfredo Angulo.⁵²

⁵¹ “Cada grupo está formado por individuos que trazan su descendencia a través de hombres o mujeres hacia un ancestro focal, fundador del grupo, dueño original de los terrenos sobre los cuales tienen derechos sus descendientes actuales que se identifican con el nombre del dueño original [...] A cada uno de estos grupos de descendientes las gentes denominan troncos. En la literatura antropológica los descendientes cognáticos de un ancestro común que validan su pertenencia y derechos siguiendo las normas que grupos como los del río Guelmanbí cumplen, conforman ‘ramajes’” (Friedemann 1974: 15).

⁵² “Personaje que, según los informantes, aparece en diferentes formas, como una mujer joven, para invitar a los jovencitos; como vieja, para imitar a la madre de los niños; también trata de aparecerse a las abuelas, etc. Cuando logra llevarse a un niño, hay que buscarlo con bombos, conunos y churos hechos con canutos de guadua. A quienes se lleva, los alimenta con cangrejos crudos que consigue en las orillas del río. Cuentan también que se presenta en forma de viento que hace perder el conocimiento a las personas, pero que se vuelve invisible; cuando se presenta en esta forma, solo

En las concepciones de salud, enfermedad, vida y muerte, también se encuentran improntas del Pacífico nariñense. Así, por ejemplo, enfermedades como el *malviento* y el *espanto* hacen parte del repertorio de las prácticas curativas en Puerto Limón, tal como lo han sido en las diferentes poblaciones afrodescendientes en el Pacífico colombiano. Así, en relación con la cura del espanto, Florel Angulo, en entrevista a uno de los curanderos locales, transcribía:

“[...] vea yo cojo una tira del tronco o vástago de plátano, se le quita la camisa y alrededor del pecho pone la guasca, luego la dobla y le hace varias cruces, una en la cabecita, otra en la espalda, otra adelante y va haciendo una oración, puede ser el credo o el padrenuestro. Luego vuelve a colocar la guasca en el pecho, esta guasca se hace pequeña, queda un espacio entre un extremo a otro; si la guasca no queda con los dos extremos juntos, el niño está espantado; este ejercicio se repite tres días seguidos y el niño efectivamente se cura de espanto” (Angulo 2003b: 16).

Esta descripción de la cura del espanto se pudo haber encontrado en la región del Pacífico colombiano. Así, por ejemplo, un grupo de antropólogas de la Universidad del Cauca, han publicado un artículo sobre la enfermedad del espanto en la zona de Guapi (Bedoya *et al.* 2012). Igualmente, para citar otro ejemplo entre los muchos que podríamos mencionar, en un libro sobre un curandero afrodescendiente de Esmeraldas (Escobar 1990) se describe el espanto y las prácticas de curación prácticamente en los mismos términos referidos en la entrevista citada en Puerto Limón.

En un pasaje de la entrevista a María Castillo, también curandera de Puerto Limón, se afirma:

“[...] yo sé curar del malviento, pues yo curo con agua bendita, aguardiente, flor de muerto, albahaca. Con eso yo curo el malviento y el espanto también lo curo. El espanto también lo curo con aguardiente, agua bendita y el secreto. Yo aquí me han traído niños que el médico no ha podido curar porque ocurre que el médico no conoce de esas cosas, ellos no creen, me han traído niños bien enfermos; después de Dios, dice ella: yo los curo” (Angulo 2003b: 15).

Además de la referencia a las enfermedades del malviento y el espanto, en esta transcripción emergen dos componentes centrales de las concepciones de enfermedad que también se pueden encontrar en el Pacífico colombiano. La primera, es la referida al “secreto”, el cual es una formulación verbal, que puede estar asociada a lo divino o a lo humano, que al pronunciarla en voz baja tiene efectos terapéuticos. En el Pacífico ha sido ampliamente referido el secreto (también conocido como oración) como una de las técnicas de los curanderos. La segunda, se refiere a la tipologización de las enfermedades entre unas que las pueden curar y entender los médicos y otras en que estos no pueden hacer nada, que se les escapa a su comprensión y campo de operación. Este contraste entre estos dos tipos de

puede mirarla la persona a quien se la va a llevar, a los demás no les es posible mirarla” (Angulo 2012: 40-41).

enfermedades también ha sido referido para la región del Pacífico colombiano (Velásquez 1957).

En el mismo sentido, nociones sobre el cuerpo de los afrodescendientes en el Pacífico colombiano, expresadas en prácticas concretas como la ombligada (o la liga) o el chumbe, se encuentran también en Puerto Limón. Sustancias como el oro, son utilizadas por parteras, abuelas y madres, para curar el ombligo del recién nacido (ver Palomar 2019, Rodríguez 2019, Riveros 2019). Conocida como ombligada o liga, esta práctica establece una conexión de por vida entre la sustancia utilizada y la persona ombligada. En el caso del oro, cuando el niño crezca tendrá mucha suerte como minero. Ahora bien, este vínculo puede ser riesgoso, sobre todo en el momento de la muerte ya que puede hacer penar durante días al agonizante, hasta tanto no se dé la contra, esto es, se lo desligue con la sustancia que fue ligado de infante. Sobre la ombligada Emma Cabezas nos explicaba:

“Uno agarra cuando están por ahí a los 15 o al mes para que no vayan a quedar alguna infección, al pesar que yo cuando los ombligué a mis hijos con oro yo les echaba alcohol primero y lo mismo al oro, se le echa al ombliguito y usted le echa unas tres chispitas y ahora si lo faja. Le digo yo fajado porque nosotros usábamos ombligueros de antes, no usábamos ahora eso. Entonces cuando usted le saque el ombligo ya está pegadito y se va perdiendo el orito se va perdiendo el orito, entonces cuando ellos ya están grandes este oro del ombligo les da suerte”.

Por su parte, Irma Castillo relataba no solo los aspectos positivos, sino también los riesgos de la ombligada o liga: “[...] él es de suerte para el oro, mientras él esté vivo, va a tener oro, facilísimo va a encontrar el oro. Pero en el momento de morir, si yo me hubiera muerto y el niño no sabía, en el momento de morir, el niño va a pasar mucha tragedia porque quién sabe que es ligado con oro”. Nociones tan complejas referidas para el Pacífico colombiano como el mal dormido que se relacionan con una corporalidad fatalmente vulnerable a las mordeduras de serpientes también las escuchamos en las conversaciones que sostuvimos con Lucio Angulo. Igualmente, la idea de que el oro está vivo y sabe diferenciar las buenas o malas intenciones de los mineros fueron referidas en varias de las entrevistas: “Es que el oro es vivo, tiene vida. Si usted piensa mal pensao y dice ‘ay señor’, olvídese [...] Si usted está sacando oro, tiene que sacarlo usted solo, uno que tenga mal corazón que lleve, uhhh, se le vuelve pura arena”.⁵³

Hasta hace relativamente poco, en Puerto Limón se mantenía una de las prácticas funerarias más características de los afrodescendientes de la región del Pacífico colombiano como lo es el chigualo o gualí.⁵⁴ En el Pacífico cuando muere un niño, que aún “no tiene uso de razón”,

⁵³ Lucio Angulo, entrevista Puerto Limón, julio 2018. Al respecto, Emma Cabezas nos indicaba: “El mal corazón es tener mala fe con el otro. Entonces yo la llevo a usted que no puede playar, la llevo a la otra que no puede minear, nosotros decimos minear, entonces yo agarro y le doy a usted su palito de oro, le doy a la otra su palito, a la otra su palito y yo me quedo con mi palito, ese es el buen corazón, pero si yo las cargo a ustedes y no les doy nada eso no me sirve, vivo más arrastrada, por la mala fe”.

⁵⁴ “Cuando es para adulto se llama velorio. El de los santos es Belén. El de los muertos que son adultos se llama velorio, y el de los niños se llama chigualo. Como tal, los cantos para los adultos que se

que no ha caído en pecado, las prácticas funerarias son radicalmente distintas de los adultos. En el chigualo se ritualiza el hecho que el niño sube directamente al cielo, lo cual debe producir alegría.

“Cuando en una familia muere un niño o niña, se celebra lo que se llama “el chigualo”, se puede definir como un juego que se realiza con motivo de la muerte de un niño. Se arregla la sala, se pone una mesa con sábanas blancas donde se coloca al niño o niña, vestido con túnica blanca. La cabeza del infante lleva una corona de flores blancas (significa triunfo o coronación en la vida), en la boca lleva una flor blanca que significa la pureza no mancillada por el pecado. Los ojos pueden tenerlos abiertos o cerrados, en el cuello lleva un lazo, que se lo entregó la madrina; dicen que para cuando ella muera, encuentre a sus ahijados entre todos los niños del cielo. El niño, con los brazos extendidos, en su mano izquierda sostiene un ramo de flores blancas; también se lo entrega la madrina, como símbolo de victoria. No hay caja para el niño, al que alumbran con dos velas y la mesa toda está cubierta con flores. Nadie de la familia, padres, hermanos, tíos, participan del chigualo. El chigualo dura toda la noche” (Angulo 2012: 29-30).

Si su madre o familiares lo lloran, el angelito se ahogará y no podrá ascender al cielo. La música con guasas, bombos y conunos, asociado a una serie de juegos que involucran el cadáver del infante, marcan un ritual funerario que todavía se encuentra en algunas zonas rurales del Pacífico colombiano y, hasta hace poco, se practicaba en Puerto Limón. Aunque hoy no se realice el chigualo, en Puerto Limón las concepciones sobre la vida y la muerte de adultos e infantes son expresión de las profundas conexiones entre los entramados de sentido de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico y las que habitan Puerto Limón.

Tal vez una de las prácticas más visibles y hoy vitales en Puerto Limón en las que se pueden trazar estas continuidades son las fiestas de la adoración de santos y vírgenes conocida como belenes. El belén, conocida en el Pacífico sur colombiano como velorio o adoración de santo,⁵⁵ es una fiesta que es realizada por un devoto del santo o la virgen una vez al año en su día. Usualmente realizada en su casa, el santo o virgen es cuidadosamente arreglado en un altar, para que durante toda la noche se le canten arrullos con instrumentos musicales como bombos, conunos y guasas (Angulo 2013).

llama velorio, esos no son así con los instrumentos, con las maracas, no, eso es solamente así cantarles pero en una forma fúnebre. Los chigualos, los niños, se hacen rondas, jugar como se jugaba antes la pájara pinta, esos juegos así, adivinanzas, la sortijita, hay una cosita así que la llama ojo e' buey y esa se la va repartiendo entre todo escondidamente y se pone un buscador o un adivino y él va mirando y si se la encontró a usted y se la agarró el que va buscándola usted dice una poesía o canta o baila, se llama penitencia. Entonces son cosas que son de la cultura pero son de diferentes formas”. Entrevista a Petrona Castillo. Mocoa, julio de 2018.

⁵⁵ A propósito de la adoración de santos o velorio de santo, se cuenta con una valiosa descripción para Tumaco en la tesis doctoral de mediados de los años cincuenta del siglo pasado de Thomas Price (1955).

Los belenes tienen gran fuerza y existe un calendario de celebraciones, que no solo incluye a Puerto Limón sino a otros lugares como Mocoa o Piamonte, Cauca.⁵⁶ Hay una especie de disputa entre los organizadores de los belenes para que el suyo sea el mejor y el más reconocido, congregando gran número de personas que llegan desde diferentes lugares a participar de la celebración. El belén se ha convertido en un importante espacio de confluencia e identificación cultural de los afrodescendientes en el Putumayo. Aunque es una práctica festiva tradicional de las poblaciones negras del Pacífico colombiano, esta había desaparecido en Puerto Limón. No obstante, como consecuencia de la iniciativa de personas como Petrona Castillo y Florel Angulo, el belén ha sido recuperado para devenir en uno de los marcadores más explícitos de la identidad cultural afro no solo en Puerto Limón sino en otros sitios donde se ha comenzado igualmente a celebrar.

Orito, Burdines y Tesalia

Los asentamientos urbanos en Orito, así como los rurales de Burdines y Tesalia responden a otros momentos de llegada y lugares de procedencia de la población afrodescendiente. Asociados con la extracción petrolera, muchos de los actuales pobladores de los barrios en Orito y de las veredas de Burdines y Tesalia. En los cuadros de parentesco que armamos y en las conversaciones sostenidas con los pobladores, se constata un flujo poblacional del Valle del Patía y de El Bordo, Cauca.

Eliodoro Melesio, de 78 años, llegó hace más de medio siglo a Puerto Asís y, desde allí, se instaló en Tesalia para trabajar en la compañía petrolera Texas. Se evidencia con claridad cómo su hermano mayor y él son los pioneros que llegan a Tesalia provenientes de El Bordo (Cauca). Igualmente, en el cuadro de parentesco (ver diagrama 1) es claro cómo parte importante de sus descendientes se quedan en Tesalia o se desplazan a otros lugares del Putumayo como Puerto Asís, pero también han migrado a Cali o San Agustín. Su esposa, Silvia Velásquez es proveniente de Antioquia, lo cual indica procesos de matrimonios interraciales.

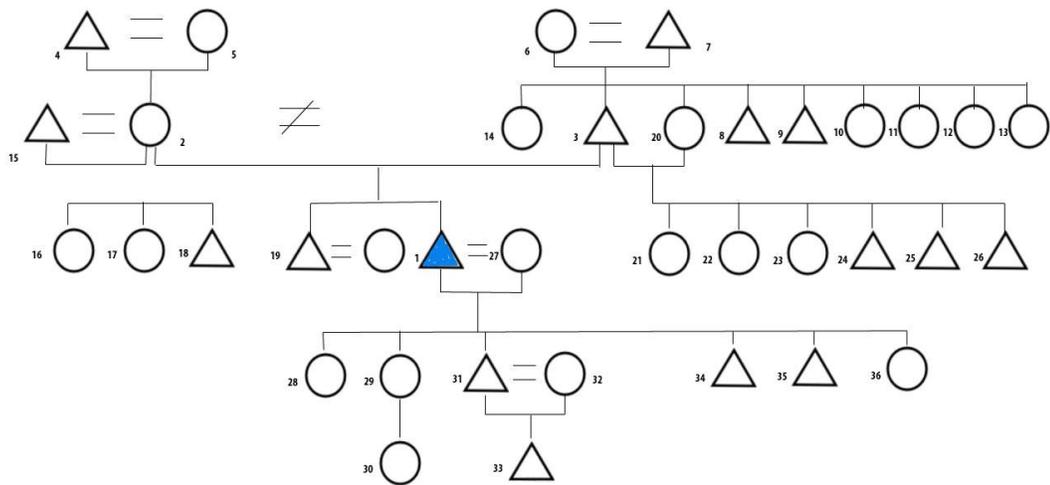
⁵⁶ “[...] acá cuando comienza el año, el primer Belén es el de San Antonio, ese lo celebran en San Pedro Guadalupe. Luego se celebra la virgen del Carmen en Puerto Limón, la celebran ahorita Martín Luther King. Luego, el 19, amanecer 20, celebro yo aquí el Divino Niño en Julio. El 28 o 30 se celebra en Piamonte, Cauca, la virgen de las lajas. El 15 de agosto se celebra en Puerto Limón la virgen de Atocha. El 15 de septiembre se celebra en Puerto Limón la Virgen de las Lajas de Alfredo Angulo. El cinco, amanecer 6 de enero, se celebra Jesús Nazaret en Puerto Limón. En esos mismos meses lo celebran en Guzmán y en ese mismo mes, pero en distinta fecha se lo celebra en Morito” Entrevista a Petrona Castillo. Mocoa, julio de 2018.

Fotografía. Tesalia



Fuente: Trabajo de campo

Diagrama 1. Cuadro de parentesco Eliodoro Melesio

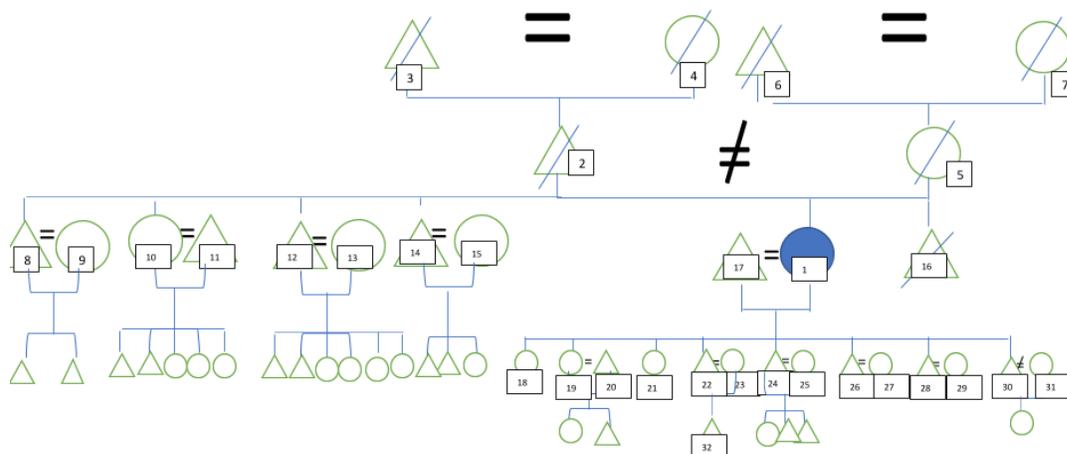


1. Eliodoro Melesio.	19. Aldemar Melasio. Hermano mayor. Pionero
2. María Eulogia Melesio. Nació en El Bordo (Cauca), enterrada en El Triunfo (Putumayo)	20. Nicolasa Carabalí. Nació en El Carmelo.
3. Eliodoro Castillo. Nació en El Bordo (Cauca), enterrado en El Cabuyal, Valle	21. Gabriela Castillo
4. Gregorio Caicedo. Nació en El Bordo (Cauca), enterrado en Caloto (Cauca)	22. Carmen Rosa Castillo
5. Serafina Melesio. Nació en El Bordo (Cauca), enterrada en El Triunfo (Putumayo)	23. No recuerda el nombre
6. No recuerda su nombre	24. No recuerda el nombre
7. Evangelista Caicedo. Nació en El Bordo (Cauca), enterrado allá	25. No recuerda el nombre
8. Salomón Caicedo. Nació en El Bordo, abajo del Patía, murió allá	26. No recuerda el nombre
9. Eulogio Caicedo. Nació en El Bordo, murió allá	27. Silvia Velásquez. Antioquia
10. Trulasia Caicedo. Nació en El Bordo, murió allá	28. Gabriela Melasio. Nació en Tesalia, enterrada en El Triunfo (Putumayo).
11. Cipriana Caicedo. Nació en El Bordo, murió allá	29. Arelis Melesio. Vive en Tesalia
12. Nicanora Castillo. Vive en el Cauca.	30. Karol Natalia Melesio. Vive en Tesalia
13. Rosa Castillo. Vive en el Cauca	31. Robinson Melesio. Vive en San Agustín
14. Nina Castillo. Vive en el Cauca	32. Cristina, nacida en San Agustín
15. Alberto Tulio Velasco	33. Santiago Melesio. Vive en San Agustín
16. No recuerda el nombre	34. Elias Melesio. Vive en Cali
17. Esneda Melesio. Vive en el Cauca	35. Jesús Daniel Melesio. Vive en Tesalia
18. Reinaldo Melesio. Vive en Puerto Asís	36. Juliana Melesio. Nació en Tesalia, estudia en la universidad

En los otros cuadros de parentesco realizados se confirma la tendencia de un importante contingente que llega con el auge de la extracción del petróleo provenientes muchos de ellos del Valle del Patía y de El Bordo. Sobre todo para el momento en que se extienden los cultivos de coca, se pueden identificar pobladores afrocolombianos que llegaron desde otros lugares como Risaralda, el Chocó y del Pacífico vallecaucano. Algunos, incluso, llegaron las zonas costeras del Pacífico nariñense. En El Vergel, barrio de Orito con tradicional presencia negra, con sus 82 años María Isabel Prado de Salazar refería que había nacido en el río Patía, en el Pacífico nariñense. Su esposo, Andrés Eloy Salazar era originario del río Rosario. Sus primeros hijos nacen en Tumaco, pero los siguientes lo hacen en Orito. En este tronco familiar, entonces, los orígenes se remontan a la zona costera del Pacífico nariñense.

Al igual que en el caso de Puerto Limón, se pueden rastrear también grupos familiares provenientes de Barbacoas como es el caso de Dulce Flórez, con 61 años, que llegó a Orito en 1970 desempeñándose como cocinera. Casada con Luis Antonio Kingler, también nacido en Barbacoas, tuvieron una extendida descendencia que se encuentran viviendo en Orito, aunque por el nacimiento de los mayores estuvieron viviendo inicialmente en Buenaventura (ver diagrama 2). Pueden anotarse, además, que algunos miembros de este grupo familiar han migrado a Ecuador y Chile, lo que nos habla de procesos de movilidad con alcance internacional.

Diagrama 2. Cuadro de parentesco Dulce Flórez



1. Dulce Flórez.	17. Luis Antonio Kingler. Nacido en Barbacoas, trabaja como conductor.
2. Faustino Suárez (Fallecido). Nació en Barbacoas, murió en Orito. Llegó a Putumayo porque había trabajo.	18. Ana Flórez. Nacida y vive en Orito. Trabaja en un banco, tiene una hija.
3. Victorio Suárez. Nació en Barbacoas. Minero, murió allá.	19. Yinny Flórez. Nacida y vive en Orito. Profesora.
4. Josefina Cabezas de Suárez. Nació en Barbacoas, minera y comerciante. Murió en Orito.	20. Crescencio Arboleda. Nacido en Buenaventura, vive en Orito. Tienen dos hijos: el varón vive en Orito, la niña en Buenaventura.
5. Victoria Flórez (Fallecida). Nació en Barbacoas, murió allí. Minera	21. Margareth Kingler. Nacida en Orito, vive en Chile.
7. Antonia Matamba. Nació en Barbacoas y murió allá. Minera.	22. Carlos Alberto Kingler. Nacido y vive en Orito. Profesor de Fútbol.
6. Virgilio Flórez. Nació en Barbacoas y murió allá. Minero.	23. Jenny (No recuerda en apellido). Nacida en Orito.
8. Faustino Suárez Flórez. Nació en Orito. Construcción	24. Sandro Antonio Kingler. Nacido en Orito, vive en Chile.
9. No recuerda el nombre. Vive en Orito. Tienen dos hijos varones que nacieron y viven en Orito (no recuerda sus nombres)	25. Ingrid López. Nacida en Orito. Tienen tres hijos: dos varones y una mujer (viven en Chile).
10. María Isaita Suárez. Nació en Orito y vive allí.	26. Luis Felipe Kingler. Nacido y vive en Orito.
11. Hombre de Neiva (no recuerda el nombre). Tuvieron dos varones, tres mujeres.	27. Nelly Imbachí. Nacida y vive en Orito.
12. Luis Enrique Flórez. Nacido en Orito, vive actualmente allá. Trabaja en Construcción.	28. Ever Kingler. Nacido en Orito, vive en Chile.
13. Blanca Delgado. Nacida en Barbacoas. Vive en Orito. Tienen 6 hijos: dos varones, cuatro mujeres.	29. Chilena, no sabe el nombre.
14. Virgilio Suárez. Nacido y vive en Orito	30. Faustino Kingler. Nacido y vive en Orito. Electricista.
15. Bety Cerón. Nacida en Puerto Leguizamó, vive en Ecuador. Separados, tiene dos hijos en Ecuador y una en Puerto Leguizamó.	31. No recuerda en nombre. Nacida y vive en Orito. Tienen una hija nacida en Orito
16. Émeres Suárez Flórez (Fallecido). Nacido en Barbacoas, enterrado en Ecuador. Se fue allá a trabajar.	32. Diego Kingler. Nacido y vive en Orito.

Además de estas proveniencias, en el casco urbano de Orito y en las veredas de Tesalia y Burdines se pueden trazar algunas prácticas y concepciones asociadas a las poblaciones afrodescendientes. Hasta hace poco se tiene referencia de la celebración de belenes en los barrios con asentamiento de población negra el casco urbano, así como de el canto de alabaos en los velorios de los muertos.

En la zona rural, la destacada influencia de la iglesia pentecostal, que tiene una de sus más antiguas sedes en Tesalia, ha sido uno de los factores que han entrado en juego para explicar la no existencia de estas prácticas religiosas. También han influido, sin duda, las particulares condiciones de estos asentamientos vinculados a las compañías petroleras que posibilitaron profundas interacciones con gentes, modos de vida y de pensamiento distintos a los que se traían de sus lugares de origen.

Aunque en los barrios de Orito o en las veredas de Tesalia y Burdines no se encuentre la adoración de santos, expresiones musicales o funerarias asociadas a las poblaciones afrodescendientes del Pacífico colombiano o de los valles interandinos, esto no quiere decir que no existan concepciones y prácticas menos explícitas que sí se pueden articular con estos lugares de origen. Por supuesto que una cartografía de las continuidades y transformaciones estas concepciones y prácticas requiere de una investigación etnográfica en profundidad y comparativa, por lo que las siguientes indicaciones deben ser tomadas como unas puntadas provisionales.

A partir de conversaciones sostenidas con las mujeres de Burdines, Andrea Palomino (2019) refiere a dos concepciones y prácticas corporales en los bebés que pueden ser consideradas la punta del iceberg de estas continuidades y transformaciones. Una, llamada *chumbe*, consiste en fajar a los pequeños infantes con el propósito de endurecer su cuerpo, ya que este se considera como abyecto y blando. En una de las transcripciones de la conversación, una de las mujeres le decía a Andrea Palomino y Cristina Castañeda:

“Me disculpan, pero, la raza de ustedes siempre, de unas no de todas, esos niñitos de ustedes son como todos blanditos. En cambio, ustedes ven los de nosotras, a los tres meses ya uno los sienta y ellos se quedan así [...] Los niños de algunas de ustedes, toca sostenerles la cabecita así [se toca el cuello] para que la sostengan. Entonces por eso es que nosotras lo hacemos [el chumbe], para que se enduren los niños y también para que se quedaran quietos y durmieran mientras uno iba a quebradas o ríos lejanos a lavar” (Palomino 2019: 12).

Más adelante en la conversación, se describe el *chumbe* y cuál es su propósito:

“Bueno entonces ya uno los va envolviendo así. Ahhh y también le ponemos un pañalito hacia aquí y se lo amarra aquí con lo que uno lo envuelve pa que ellos cuando dejen la cabecita así, entonces como tiene el trapito ahí, entonces ese trapito no los hace... pues ella... pa que se las sostenga, el trapito le sostiene

entonces ellos hacen así. Hasta donde está el trapito pues llegan. No se puedan pues así. Claro para que les sostenga la cabecita y ellos se enduran”.⁵⁷

Otra de esas concepciones y prácticas es la ombligada, que ya he señalado para Puerto Limón. En la conversación referida, se hablaba de la ombligada o la liga como algo que se hacía antes, que ya ha dejado. Así, por ejemplo, Daisy Caicedo contaba que “Uno les curaba el ombliguito y les amarraba un trapito aquí en el ombligo. Un ombliguero”. Lo relevante aquí no es tanto si se continuaba o no haciendo, sino que las mujeres sabían qué era la ombligada. Igual sucede con el chigualo, práctica ritual funeraria para los infantes. En el plano de la tradición oral, en el trabajo de campo, también se pudo encontrar en Burdines relatos sobre la tunda (Palomino 2019: 14).

Si el énfasis fuese el de trazar continuidades o tradicionalidades, estas nociones del chumbe y la ombligada son indicaciones de concepciones sobre el cuerpo, la vida y la persona que seguramente se entranan con perspectivas sobre las experiencias y las existencias marcadas por las improntas de la afrocolombianidad. Pero para entender y armar estos universos de sentido de las afrocolombianidades en el Putumayo, se requieren de estudios finos y sistemáticos que todavía están por adelantarse.

Villa del Río, Puerto Caicedo⁵⁸

Villa del Río, vereda del municipio de Puerto Caicedo, cuenta con un consejo comunitario con cerca de cien miembros y una solicitud de titulación colectiva de 557 hectáreas (Duarte 2020: 22). La presencia de población afrodescendiente en Villa del Río se remonta a la llegada, a comienzos de los años cuarenta, de Rosendo Rúa Cortes. Como otros migrantes que para la época estaban empezando a llegar a lugares como Puerto Limón, Rosendo era originario del Pacífico nariñense:

“Hacia 1941 el señor Rosendo Rúa Cortes, un hombre negro y minero de oro de Barbacoas Nariño, decidió salir de su tierra en busca de nuevas oportunidades. La situación en esa época en el Pacífico sur, era difícil. La economía de Barbacoas se basaba principalmente en la extracción de oro por parte de una empresa extranjera (Gold Mine Company), y para los años 40, ya lo habían sacado todo” (Duarte 2020: 28).

Su periplo lo llevó primero a Mocoa, como uno de los trabajadores de una de las compañías que estaban dedicadas a la construcción de carreteras en el Putumayo. Es en este momento cuando “Después de unos meses, él conoció a *la indígena* Romelia Iles Pinzón, de quien se enamoró y con quien se casó” (Duarte 2020: 28; énfasis agregado). De esta manera la pareja fundadora de lo que hoy son los pobladores afrodescendientes que constituyen el Consejo

⁵⁷ Entrevista Rubiela Caicedo, Burdines julio de 2018.

⁵⁸ Como se hará evidente, este aparte ha sido redactado a partir de los resultados del trabajo de grado realizado con esta población por Liliana Duarte.

Comunitario de Villa del Río estaría compuesta por un hombre migrante negro de Barbacoas y una mujer indígena del Putumayo.⁵⁹

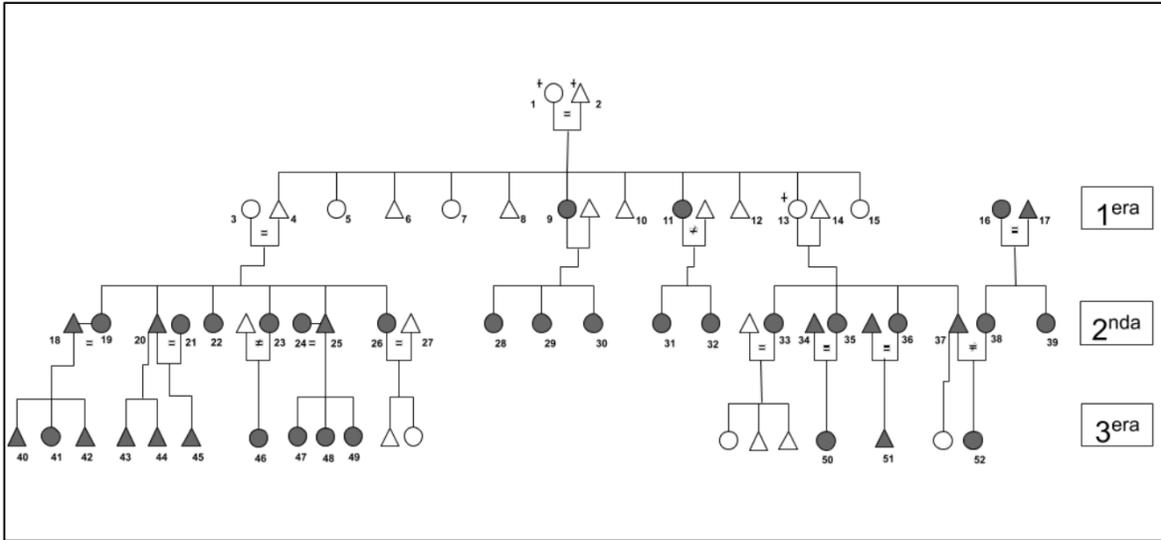
Aunque Rosendo y Romelia se conocieron y casaron en el Putumayo, decidieron regresar a la Barbacoas: “[...] con la esperanza de construir una familia. Allí, en 1943, Rosendo y Romelia tuvieron a su primera hija, María Turina Rúa Iles” (Duarte 2020: 29). En Barbacoas no se dieron las cosas, pues las condiciones que habían impulsado a Rosendo a “recorrer el mundo”, seguían siendo una dificultad para la joven pareja y su recién nacida hija. Así, tomaron la decisión de regresar al Putumayo: “Allí se establecieron durante unos años y tuvieron 8 hijos más. Con este crecimiento de la familia, y a falta de un pedazo de tierra para sembrar, Rosendo decidió ir más al sur, en donde, según rumores había tierras baldías, completamente deshabitadas” (Duarte 2020: 29).

Es en el año 1949 que esta pareja llega, con sus pequeños, a lo que hoy se llama Villa del Río para establecer definitivamente allí su hogar. La historia de cómo llegaron al lugar en el cual definitivamente se establecerían, luego de dejar Mocoa, es la siguiente:

“Rosendo, Romelia e hijos llegaron a lo que hoy se conoce como Puerto Caicedo, en ese entonces conocido con el nombre de “El Achiote” [hoy Puerto Caicedo] [...] Estando en El Achiote, Rosendo, Romelia e hijos tomaron una canoa por el río San Juan hasta llegar al lugar donde sería su hogar ‘mi tío se echó por el río arriba en búsqueda de tierras baldías’ (B. González, 23 de febrero de 2020). Cuando Don Rosendo Rúa y Doña Romelia Iles llegaron a las tierras baldías, se encontraron con una selva espesa, en donde apenas se podía caminar. Para entrar se tuvo que “bolear machete”. (Duarte 2020: 29).

Cuando llegaron, todo era puro monte y estuvieron solos pues no había otros colonos en estos lares. Las tres generaciones que se han sucedido en Villa del Río, desde la pareja fundadora, ha sido graficada por Duarte en un árbol genealógico que comprende a los miembros del consejo comunitario.

⁵⁹ En la tesis de Liliana Duarte, que es nuestra fuente para este aparte, no se indica a qué grupo indígena pertenecía Romelia.



1. Rosendo Rúa Cortes (Nacido en Barbacoas- Nariño)	2. Romelia Iles Pinzón (Nacida en Mocoa- Putumayo)	3. José Aníbal Barriento (Nacido de Barboas- Cauca)	4. María Turina Rúa (Nacida en Barbacoas-Nariño)
5. Teófilo Rúa Iles	6. Ofelia Rúa Iles	7. Clemente Rúa Iles	8. Reina Rúa Iles
9. Héctor Rúa Iles (Nacido en la vereda-Putumayo)	10. Rosalba Rúa Iles	11. José Rúa Iles (nacido en la vereda, Putumayo)	12. Luz María Rúa Iles
13. Francisco rúa Iles	14. Maura Portillo Benavides (Nacida en Guatarilla- Nariño)	15. Luis Francisco Rúa Iles	16. Jhovani Bastidas
17. Rosario López	18. Elsa	19. Hugo Barriento Rúa (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	20. Noralba Barriento Rúa (Nacida en la vereda-Putumayo)
21. Jhon Jairo Acosta	22. Olmer Barriento Rúa	23. Emilson Barriento Rúa (Nacido en la vereda-Putumayo)	24. Mariano
25. Betis Barriento Rúa (Nacida en Puerto Caicedo-Putumayo)	26. Buenaventura Rúa (Nacido en la vereda-Putumayo)	27. Berna González (Nacida en San Miguel-Antioquia)	28. Fabio Rúa
29. Yalison Rúa	30. Jefferson Rúa	31. Luis Rúa	32. Freddy Rúa
33. Álvaro Rúa Portillo (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	34. Yojana Torres García	35. Francisco Rúa Portillo (Nacido en Puerto Caicedo- Putumayo)	36. Leo Rúa Portillo
37. Marta Rúa Portillo (Nacida en Puerto Caicedo-Putumayo)	38. James Bastidas López	39. Eduard Bastidas	40. Yurdei
41. Cesar	42. Diana	43. Yineth Barriento	44. Nandi Barriento
45. Katherine Acosta (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	46. Emil Barriento (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	47. Duver Barriento (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	48. Jhon Erick Barriento (Nacido en Puerto Caicedo- Putumayo)

49. David Barriento (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	50. Samuel Rúa Torres (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	51. Michelle Rúa (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)	52. Deiver Bastidas Rúa (Nacido en Puerto Caicedo-Putumayo)		
Convenciones					
○	Hombre	● ▲	Vive en la vereda	≠	Separación
△	Mujer	=	Unión	†	Fallecido/a

Fuente: Lina Duarte (2000: 59-60).⁶⁰

⁶⁰ Es relevante hacer la aclaración que en este “árbol genealógico” o “cuadro de parentesco” se ha graficado al hombre con el círculo y a la mujer con el triángulo, lo que contrasta con la convención de representarlos el hombre con el triángulo y la mujer con el círculo.

III. Proceso organizativo y visibilización étnico-territorial

Entre el 31 de mayo y el 2 de junio del 2003, se realizó el “Encuentro Departamental con Mujeres Afroputumayenses para construir el Plan Sociocultural de las Comunidades Afro”, con la Participación de 128 líderes (de los cuales 84 eran mujeres). En las memorias de este encuentro, se presenta una tabla con 19 organizaciones (Culturama 2003: 37).⁶¹ Traemos esta referencia porque hay varios puntos que son relevantes en la comprensión del proceso organizativo de los afrodescendientes en el Putumayo. En primer lugar, para comienzos de los años los dos mil ya se contaba con casi una veintena de organizaciones que se referían como “afropumayenses”.

En segundo lugar, aunque estas organizaciones cubrían muchos municipios del medio y bajo Putumayo, había una gran presencia de organizaciones de Puerto Limón. En tercer lugar, para ese entonces no se hace referencia a ninguna organización en términos de consejo comunitario. Y, finalmente, no son pocas las organizaciones listadas que desde sus nombres o en los plegables que se encuentran en la web de algunas de ellas no parecen hacer explícita referencia a los afroputumayenses.⁶²

En el listado, 9 de las 19 organizaciones referidas para el 2003 no expresan en sus nombres una indicación explícita a las comunidades negras o a lo afrocolombiano-afrodescendiente-afro. Esto no implica, por supuesto, que no son organizaciones concebidas en estos términos, aunque no deja de ser dicente la manera en que se nombran a sí mismas.

Estos cuatro puntos son nodales para entender el proceso organizativo y la visibilización étnico-territorial de los afrodescendientes en el Putumayo. A comienzos de la década del noventa, el grueso de las organizaciones listadas no existía. Esto no quiere decir que no hubiera movilizaciones ni que no se contara con organizaciones en el departamento. Al contrario, como lo evidencia María Clemencia Ramírez (2001), para la mediados de los años

⁶¹ Las organizaciones listadas en la tabla son las siguientes: Red De Mujeres Afro-putumayenses (Mocoa), Asociación de Comunidades Afroritense (Orito), Asociación Afrodes (Puerto Asís), Movimiento de Negritudes de Puerto Asís (Puerto Asís), Asociación de Mujeres del Municipio (Puerto Caicedo), Movimiento de Negritudes de Puerto Caicedo (Puerto Caicedo), Asociación de Mujeres Afroputumayenses Unidas por el Desarrollo de Santa Lucia (Puerto Guzmán), Asociación Afroguzmaneña (Puerto Guzmán), Asociación de Mujeres Progresistas (Puerto Limón-Mocoa), Asociación Mutual de Desempleados de Puerto Limón (Puerto Limón-Mocoa), Club Deportivo Trotamundos (Puerto Limón-Mocoa), Mujeres en Acción De Trabajo (Puerto Limón-Mocoa), Mujeres Unidas para el Progreso (Puerto Limón-Mocoa), Organización de Comunidades Negras de Puerto Limón (Puerto Limón-Mocoa), Asociación para el Desarrollo Afrocolombiano Bajo Amarón (San Miguel), Comunidad Fronteriza Afro Puerto Colonense (San Miguel), Organización Afro de la Dorada (San Miguel), y Fundación para la Promoción y el Desarrollo de las Comunidades Afrocolombianas del Valle del Guamuéz (Valle del Guamuéz).

⁶² Estos plegables se pueden descargar en la siguiente página: <http://www.culturama.org.co/publicaciones.html>

noventa se articula una de las más fuertes movilizaciones de los campesinos cocaleros que se hayan dado en el país. Pobladores afrodescendientes fueron parte de las organizaciones campesinas y de la movilización social, pero no lo hicieron en nombre de problemáticas específicas de las comunidades negras como un grupo étnico con unos derechos territoriales y culturales particulares.

Aunque en diferentes regiones del país, pero sobretodo en el Pacífico colombiano, surgieron numerosas organizaciones de corte étnico-territorial derivadas del proceso de reglamentación del Artículo Transitorio 55 y de la Ley 70 de 1993, para el Putumayo es solo hasta mediados de los noventa y comienzos del milenio que empiezan a aparecer organizaciones articuladas en nombre de las comunidades negras como un grupo étnico o desde una apelación a un sujeto político articulado por la afrocolombianidad o afrodescendencia. La historia de estas organizaciones está en moras de ser escrita. En uno de los pocos textos que se refieren a esta historia, Florel Angulo afirmaba:

“Es importante destacar que todas las personas de etnia afrocolombiana, asentados en la zona de Puerto Limón, se vieron en la necesidad de organizarse, gracias a la visita oportuna de profesionales preocupados por llegar hasta los más apartados lugares donde se encuentran los asentamientos de comunidades negras, e iniciar así el proceso de organización y sensibilización en la conquista de los derechos y espacios de participación. Los profesionales que llegaron a Puerto Limón fueron: Rubén Hernández, Dorina Caicedo, Félix Manguero, Vicente Pino y Carlos Barrios” (2012: 57).

Los profesionales mencionados pertenecen al Proceso de Comunidades Negras, dos de los cuales son palenqueros. Su visita tuvo la consecuencia esperada, porque para 1995 se crea Organización de Comunidades Negras de Puerto Limón (ORCONEPUL). Con base en este dato, un tema de futuras investigaciones sería examinar los efectos que estos u otros líderes del movimiento negro tuvieron en la emergencia de las organizaciones de comunidades negras como un grupo étnico y/o desde la apelación a un sujeto político articulado por la afrocolombianidad o afrodescendencia.

Tres años más tarde el “Encuentro Departamental con Mujeres Afroputumayenses para construir el Plan Sociocultural de las Comunidades Afro”, la Federación de Asociaciones por los Derechos de las Comunidades Negras del Putumayo (FEDECAP), en el “Plan afrodescendiente en putumayo-agosto 2006-2019”, hacen un listado de las organizaciones afroputumayences de primer nivel, desagregándolas por municipio y por número de socios (ver tabla 6).

Tabla 6. Organizaciones afroputumayenses de primer nivel

	Municipio	Organización	Socios
1	Mocoa	Asociación Afromocoense (AFROMOCOENSES)	1.315
2		Organización de Negritudes de Puerto Limón (ORCONEPUL)	1.509
3		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de Puerto Limón	-
4	Villagarzón	Organización de la Comunidad Afro de Villagarzón (ORDEFROVI)	1.040
5	Puerto Guzmán	Asociación Afroguzmaneña (AFROGUZMANEÑA)	2.282
6		Fundación para la Difusión de la Cultura Negra (FUNDINE)	131
7		Asociación de Mujeres Jaunenses (ASMUJAFUT)	232
8		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de las Inspecciones de Policía de Santa Lucía, El Jauno y Puerto Guzmán	-
9	Puerto Caicedo	Asociación de la Comunidad Afrocaicedense (ASCAC)	3.084
10	Puerto Asís	Movimiento de Negritudes de Puerto Asís por los Derechos Humanos de las Comunidades Afroasisenses (AFROASISENSE)	992
11		Asociación de Comunidades Negras de Puerto Asís (AFRODES)	986
12	Orito	Asociación de Comunidades Afro Oritenses (AFRORITENSES)	1.253
13		Fundación para la Promoción y el Desarrollo de las Comunidades Afro de Tesalia (AFROTESALIA)	578
14		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de Tesalia	-
15		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de Versabal	-
16		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de San José de los Pinos	-
17	Valle del Guamués	Fundación para la Promoción y el Desarrollo de las Comunidades Afrocolombianas del Valle del Guamués (FUNPRODECAFROCVAG)	976
18		Fundación para la promoción y el desarrollo de las Comunidades Afro Villa Arbolenses (AFROVILLARBOLENSES)	587
19		Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de Ranchería	-
20	San Miguel	Asociación de Comunidades Afrocolonense (AFROPUERTOCOLONENSE)	394
21		Asociación para el Desarrollo Afrocolombiano del Bajo Amarón (AFROCOBA)	126
22		Asociación para el Desarrollo Afrocolombiano de La Dorada (ADAFROCOD)	172
23	Puerto Leguízamo	Asociación por los Derechos de los Afrodescendientes Residentes en el Municipio de Leguízamo (AFROLEGUÍZAMO)	1.642
		Total socios	17.299

Fuente: Fedecap (2006: 24).

Además de que en esta tabla se incluyen cinco consejos comunitarios que no aparecían en el anterior listado, nueve de las que aparecían en el 2003 no son incluidas (cinco de las cuales, ubicadas en puerto Limón no tenían en sus nombres referencia a los afrodescendientes).⁶³ Estas diferencias se deben probablemente a los distintos momentos y metodologías (como el énfasis en las organizaciones de mujeres en el primero y en las organizaciones étnico-territoriales en el segundo), así como a las dinámicas de surgimiento de organizaciones entre el 2003 y el 2006. Cualesquiera sean las razones que expliquen estas diferencias, es un hecho

⁶³ A saber: Asociación de mujeres del Municipio (Puerto Caicedo), Asociación de Mujeres Progresistas (Puerto Limón-Mocoa), Asociación Mutual de Desempleados de Puerto Limón (Puerto Limón-Mocoa), Club Deportivo Trotamundos (Puerto Limón-Mocoa), Mujeres en Acción De Trabajo (Puerto Limón-Mocoa), y Mujeres Unidas para el Progreso (Puerto Limón-Mocoa).

que para mediados de la primera década del milenio en el Putumayo se cuenta no sólo con un destacado número de organizaciones que apelan al sujeto político de comunidades negras o el de la afrocolombianidad, sino que también se evidencia una presencia en nueve municipios del departamento, concentrados en el medio y bajo Putumayo.

Cinco años después, el 29 de enero de 2011, la Gobernación del Putumayo firma un convenio de cooperación con la Federación de Asociaciones por los Derechos de las Comunidades Afro Putumayenses.⁶⁴ Este convenio tenía como objeto el “Fortalecimiento de la organización social e institucional de las comunidades afro en el departamento del Putumayo”. Hacia el final del documento hay un listado de las organizaciones que participarían de un encuentro departamental, considerado parte de la metodología de trabajo.⁶⁵ Muchas de las nuevas organizaciones referidas para el 2011, que no estaban en el 2006, son consejos comunitarios (seis). Gran parte de las referidas en el 2006 se mantienen, desapareciendo solo unas pocas. Se puede notar, entonces, no solo la consolidación organizativa en nombre de las comunidades negras como grupo étnico o de un sujeto político que apela a la afrocolombianidad, sino que también se puede destacar el lugar cada vez más fuerte de la presencia de la figura de los consejos comunitarios.

Esta última tendencia se puede confirmar con detalle en el listado oficial de estos consejos que se presenta para el municipio de Puerto Guzmán, en la cual se indica la fecha de resolución de su reconocimiento. En efecto, para agosto del 2017, en un documento publicado en Datos abiertos, Gobierno digital de Colombia, se hace un cuadro sobre los “Consejos comunitarios comunidad afro Puerto Guzmán”. En vez de un único consejo comunitario referido para Puerto Guzmán en 2011, en este documento aparecen ocho consejos comunitarios, la mayoría de los cuales aparecen registrados en los dos últimos años.

⁶⁴ El documento puede descargarse en la siguiente dirección: http://gacetaputumayo.gov.co/contratos/conv_097.pdf

⁶⁵ En este convenio se listan las siguientes organizaciones: Afroleguizamo (Puerto Leguizamo), Consejo Comunitario La Tagua (Puerto Leguizamo), Consejo Comunitario Ospina (Puerto Leguizamo), Afroasis (Puerto Asís), Consejo Comunitario San Luis (Puerto Asís), Consejo Comunitario Primavera (Puerto Asís), Bajo Amaron (San Miguel), Afrocolonenses (San Miguel), Afrocodav (La Dorada), Afro-Guamuéz (La Hormiga), Consejo Comunitario Villarboleda (La Hormiga), Afroritente (Orito), Consejo Comunitario Los Andes (Orito), San José De Los Pinos (Orito), Consejo Comunitario Versabal (Orito), Consejo Comunitario Tesalia (Orito), Afrocaisedence (Puerto Caicedo), Afro-Umbria (Villagarzón), Afroguzmaneña (Puerto Guzmán), Consejo Comunitario Santa Lucia (Guzmán), Orconepul (Mocoa), Consejo Comunitario Puerto Limón (Mocoa) y Afromocoense (Mocoa).

Tabla 7. Consejos Comunitarios en Puerto Guzmán para el 2017

Corregimiento	Organización	Marco legal	Reconocimiento
El Jauno	Consejo Comunitario El Jauno	RES: 1475 – 23/07/2011	Alcaldía de Puerto Guzmán
Puerto Guzman	Consejo Comunitario Las Acacias	RES: 033 – 20/06/2016	Ministerio del Interior
Santa Lucia	Consejo Comunitario Brisas del Caimán	RES: 0427 -23/06/2016	Alcaldía de Puerto Guzmán
Mayoroque	Consejo Comunitario La Orquídea	RES: 0546 -15/04/2015	Alcaldía de Puerto Guzmán
Mayoroque	Consejo Comunitario La Aldea	RES: 1838 -06/11/2015	Alcaldía de Puerto Guzmán
Santa Lucia	Consejo Comunitario Júpiter	RES: 081- 08 /07/2013	Ministerio del Interior
San Roque	Consejo Comunitario Bututo	RES: 0217 -08/02/2011	Alcaldía de Puerto Guzmán
Puerto Guzmán	Consejo Comunitario Palenque Amazónico	RES: 0132 -15/03/2016	Alcaldía de Puerto Guzmán

Fuente: Datos abiertos, Gobierno digital de Colombia.⁶⁶

En Puerto Caicedo, concretamente en Villa del Río, el consejo comunitario nace en el 2011. “Según el censo de esta comunidad realizado por la visita técnica (2019), está conformada por una familia extendida; hacen parte del Consejo Comunitario alrededor de 31 familias con 87 personas” (Duarte 2020: 12). Había un desconocimiento entre los descendientes de la pareja fundadora de esta forma organizativa y de sus alcances no solo para solicitar la titulación colectiva sino también como una autoridad local en derecho relevante para la interlocución con entidades del estado a nivel local, departamental y nacional, así como para articular procesos de consulta previa frente a las empresas petroleras.

En la tesis ya citada, Liliana Duarte describe el proceso de configuración del consejo comunitario en Villa del Río:

“Es precisamente esta especificidad histórica la que hace que no sea hasta el 2011 que la comunidad de Villa del Río empiece el proceso de conformación del Consejo Comunitario. Este proceso inicia por medio de una profesora de la escuela veredal que poseía conocimiento sobre la figura jurídica de Consejo Comunitario. La profesora informa y da a conocer a la comunidad la propuesta de conformarse como un grupo étnico. En este proceso inicial se realizan varios talleres en torno a los derechos de las comunidades negras en Colombia y se exponen casos exitosos. La comunidad afirma que a medida que se fue educando y conociendo la ley 70 y sus derechos, se fueron interesando e informando sobre el tema, hasta que llegaron a la fase de ejecución del Consejo Comunitario de Villa del Río. El 1 de abril de 2013 se radica la solicitud a la Alcaldía de Puerto Caicedo y se da inicio a todos los procedimientos legales conforme a la Ley 70 de 1993. En este contexto, se radica la solicitud de titulación de las tierras baldías ocupadas por la comunidad” (Duarte 2020: 55).

⁶⁶ <https://www.datos.gov.co/Cultura/Consejos-Comunitarios-Comunidad-Afro-Puerto-Guzman/nmsb-xz3g>

Por su parte, en el Plan de Desarrollo 2016-2019 de la Alcaldía del Valle de Guamuez se indicaba para el 2015 la existencia en el municipio de tres organizaciones conformadas por afrodescendientes (Alcaldía de Valle del Guamuez 2015: 91). De estas, el documento se detiene en describir dos de ellas. En primer lugar se habla de AFROVAG

“[...] que nace por la iniciativa de un grupo compuesto mayoritariamente por mujeres quienes sintieron la necesidad de luchar por los derechos de las comunidades afros residentes en el municipio del valle del Guamuez. La asamblea constitutiva se celebró el 3 de marzo del 2001 en la casa de la cultura con asistencia de 24 personas y el 24 de marzo del mismo año se nombró la primera junta directiva.

En la actualidad AFROVAG cuenta con 566 miembros. El objeto social es promover la investigación de la ciencia y la cultura afro a través de programas y proyectos de formación que fortalezcan la identidad y el desarrollo social de las comunidades. Como misión, trabajar por el reconocimiento de los derechos de las comunidades Afroguamuenses a través de la implementación de programas socioculturales que hagan visible el aporte de estas comunidades al desarrollo integral del municipio y mejoren la calidad de vida.” (Alcaldía de Valle del Guamuez 2015: 91).

Asafrovalle es la otra organización de población afrodescendiente de la cual se da cuenta en el documento arriba citado:

“Asafrovalle es una asociación de afrodescendientes también acentuados en la cabecera municipal, y el consejo comunitario ubicados en la vereda Villa Arboleda. Las comunidades afrodescendientes cuentan con una oficina con su respectivo profesional que cumple la función de enlace municipal y que desarrolla un proceso de representatividad de las comunidades y que a la fecha se encuentra realizando el proceso de diagnóstico de la población en mención. Debido a que esta dependencia es relativamente nueva aún no se cuenta con un diagnóstico que permita ampliar la información referente a esta comunidad asentada en el municipio del Valle del Guamuéz” (Alcaldía de Valle del Guamuez 2015: 91).

Para Puerto Asís, contamos con la información suministrada por Neuston Castillo Pai, enlace de comunidades afro en este municipio. En respuesta a un correo electrónico, Castillo listaba los consejos comunitarios del municipio de Puerto Asís Putumayo, indicando los nombres de sus respectivos representantes legales (ver tabla 8).

Tabla 8. Consejos comunitarios registrados en Puerto Asís

Concejo Comunitario	Detalles	Representante legal
Afro Primavera	El consejo comunitario Afroprimavera con resolución 255 del 27 noviembre 2017, está ubicado en el municipio de Puerto Asís Putumayo, inspección Cañabrava, vereda La Primavera	Yuri Viviana Preciado
San Luis	Ubicado en Puerto Asís, Inspección Caña Brava, vereda San Luis, con certificación de alcaldía Municipal de Puerto Asís Putumayo.	Segundo Daniel Ortiz
El Nuevo Renacer	Ubicado en el Municipio de Puerto Asís, vereda Santa Isabel, con certificación de la alcaldía Municipal.	Olga Isabel Nupan
Wilauralilia	Ubicado en el municipio de Puerto Asís Putumayo, corregimiento de Santana entre Planadas, El Silencio, Santa Elena y El Triunfo, con certificación de la alcaldía Municipal	Aura Lilia Hurtado
La Chirpa	El consejo comunitario afro La Chirpa con resolución 095 junio 14 2014, está ubicado en el Municipio de Puerto Asís Putumayo, corregimiento de alto Piñuña blanco en la vereda la Chirpa, con certificación de la alcaldía Municipal.	José Rodrigo Cortes
La Brasilia	El consejo comunitario La Brasilia, está ubicado en el municipio de Puerto Asís, corregimiento de la Carmelita, vereda La Brasilia, con certificación de la alcaldía Municipal.	Fabián Vilota Cortes
Los Andes	Ubicado en los Municipio de Orito y Puerto Asís, teniendo en cuenta que el territorio que habitan abarca los dos municipios de la vereda Los Andes, con certificación de la alcaldía Municipal.	Luz Nelly Arboleda Cifuentes
Afro Cimarrón	Ubicado en el municipio de Puerto Asís, en el barrio El Jardín, con certificación de la alcaldía Municipal.	Marleni Cortes Cortes
Afro Yarinal	ubicado en el municipio de Puerto Asís, en la inspección Cañabrava, vereda Cañabrava, con certificación de la alcaldía Municipal.	Marlín Carolina Valencia
Afro Golondrina	Ubicado en la inspección Villa Victoria del municipio de Puerto Asís, en la vereda La golondrina, con certificación de la alcaldía Municipal.	Oswaldo Castillo

Fuente: correo electrónico Neuston Castillo Pai (31/08/2020).

Además de los consejos comunitarios, en Puerto Asís se evidencia presencia afrodescendiente en las veredas Puerto Vega, La Lea, Santana, Las Malvinas, La Piña y San Elena.

En este proceso de surgimiento de consejos comunitarios en diferentes lugares del Putumayo, responde en buena parte a las dinámicas de la consulta previa con los grupos étnicos (que además de los indígenas están las comunidades negras) ante la realización de proyectos con impacto en sus territorios. Dados los procesos de exploración y explotación petrolera que se encuentran en marcha en el Putumayo (Culma *et al.* 2015), esto ha significado la concertación

entre los consejos comunitarios y las empresas por los beneficios concretos a los cuales acceden las poblaciones afrodescendientes afectadas.

Así, en el reciente estudio realizado por Pablo Suarez, sobre la consulta previa y su aplicación en el Putumayo, se indica que en Puerto Limón se ha establecido una “relación cordial” con la firma canadiense Gran Tierra Energy (antes Argosy Energy International). Suarez escribe que

“Los integrantes de su población, en su mayoría integrada por comunidad Afrodescendiente, ven con buenos ojos la presencia de la petrolera, puesto que las labores resultan darse de modo recíproco. Los habitantes ponen a disposición su mano de obra y la compañía los capacita en trabajos petroleros. Esto se da, según testimonio de un líder comunitario, por el ‘olvido’ gubernamental y municipal” (Suárez 2020).

Sobre esta relación, la conocida periodista Salud Hernández hace un reportaje para el periódico El Tiempo.⁶⁷ Según el relato de Hernández, al comienzo las cosas no salieron tan bien, puesto que la petrolera que apareció en 1989, como llegó “[...] se fue y no dejaron sino hijos regados”. Años después, para 2014 “[...] volvieron con Gran Tierra. Nos cogió fuera de base y esto se nos llenó de opitas; traían trabajadores del Huila, de los Llanos y, mientras, nuestros jóvenes desempleados”, rememora John Jairo Mesa, nativo de 40 años”.

En su reportaje, Hernández describe cómo las cosas cambiaron para el evidente bienestar de los “nativos”:

“Hoy en día, Gran Tierra asigna a cada una cupos laborales, y ellas las distribuyen entre sus afiliados en un sistema que bautizaron Un 28. Significa que los contratan por ese número de días y en ocasiones les renuevan dos y tres veces. La rotación, destinada a repartir la torta entre casi todos los habitantes, tiene el inconveniente de que el mérito pierde valor. Es indiferente si el empleado es excelente o regular, siempre está obligado a dejar el puesto al siguiente una vez cumplido el plazo”.

Además de convertirse en la principal fuente de empleo “no es lo único que le arrancaron a Gran Tierra”. Citando la voz de mujeres “nativas” de Puerto Limón, con un claro tono de aprobación de la “labor social” de la petrolera, Hernández anota: “‘Lo que ve usted lo hizo la petrolera que ha sido el Estado’, indica Judy Pinchao, una nativa, mientras pasea la mirada por el pavimento de las calles que rodean al parque principal. ‘En Puerto Limón ahora las petroleras son bienvenidas’, añade otra vecina”.

La reportera resalta lo que no pueden ser más que otros obvios beneficios para los “nativos” de la presencia de la compañía petrolera, que además ha estado atenta para que los dineros entregados a las organizaciones no se los roben como suele suceder en muchos lados: “Tierra

⁶⁷ El reportaje se puede encontrar en línea en el siguiente enlace: <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/puerto-limon-putumayo-apoya-la-explotacion-de-petroleo-en-sus-territorios-387290>

Grande entrega 80 millones de pesos por pozo que perfora a cada organización, además de a la junta de acción comunal. Pero no desembolsa el dinero. Paga las obras que deciden realizar y, a diferencia de otras latitudes, han conseguido que no se roben los recursos”.

Siguiendo con el reportaje de Hernández, los grandes beneficios de la presencia de la empresa en Puerto Limón también cobijan a la cultura de los “nativos”. Debido a la financiación de sus proyectos de fortalecimiento cultural ahora pueden conocer sus legados africanos y ahondar en sus raíces:

“Al margen de la infraestructura, desde 2015 tiene una alianza con la Fundación Batuta para formar chicos en la música –140 ya pasaron por sus clases–, y en Martin Luther King han decidido presentar proyectos de fortalecimiento cultural. Averiguaron que sus ancestros, a los que secuestraban los esclavistas para llevarlos a plantaciones americanas, procedían de Camerún y Senegal y descubrieron que la mayoría terminaron en Barbaças, Nariño. Ahora pretenden estrechar lazos con sus hermanos africanos y conocer más de sus raíces, además de crear un parque etnocultural y fomentar un turismo que combine el aprendizaje de las tradiciones ancestrales con las maravillas naturales que los rodean”.

Como lo sugiere el estudio de Pablo Suarez (2020), en el Putumayo muchas sean las historias de consulta previa y de relación de los consejos comunitarios y poblaciones negras locales con las empresas petroleras que no puedan ser narradas en estos términos celebratorios y con un claro final feliz. Tal vez incluso en Puerto Limón se encuentren otras apreciaciones y experiencias de esta relación, que complejicen y disientan de la versión que el artículo de Salud Hernández se esfuerza en presentar.

Más allá de los relatos celebratorios o críticos, no se puede desconocer que los procesos de consulta previa se han traducido en recursos y obras específicas como compensación para las comunidades negras, pero también han significado la fragmentación y generación de conflictos al interior de las organizaciones y consejos comunitarios. Así, por ejemplo, en entrevista realizada a miembros de FEDECAP se señalaba uno de estos conflictos en el mismo Puerto Limón como consecuencia del ingreso de Gran Tierra Gold:

“Ellos [algunas familias de Martin Luther King] se quisieron dividir, porque hay reglamentos que dicen que el que incumple se va; nosotros le dijimos no a la consulta previa, porque no negociamos, y el presidente [del consejo] después autorizó, cuando nosotros nos habíamos retirado de la mesa. Era un proyecto de sísmica que cogía unas veredas. Nosotros pedíamos a la compañía 300 millones y la compañía dijo que no, entonces dijimos ‘no, gracias’. Pero le ofrecieron al presidente otros proyectos y él aceptó. La empresa apoyó al consejo comunitario Martin Luther King, tratando de dividir” (entrevista transcrita en Guerrero, Londoño y Jaramillo 2016: 263).⁶⁸

⁶⁸ Esto de la emergencia de varias organizaciones al calor de la consulta previa y de la presencia de la petrolera aparece en el texto de Hernández, pero presentado sin ningún tipo de lectura crítica de la situación: “En un principio solo existía la Organización de Comunidades Negras de Puerto Limón,

Las perspectivas de titulación colectiva también es un aliciente para la constitución de los consejos comunitarios, aunque por las condiciones de los asentamientos afrodescendientes en el Putumayo, los constreñimientos de la Ley 70 de 1993 y el decreto 1745 de 1995 y, sobre todo, por la falta de voluntad política de los gobiernos, las posibilidades de titulación no son muy favorables. Para el 2018, seis consejos comunitarios habían sido seleccionados por la Agencia Nacional de Tierras para que, con el apoyo del Proceso de Comunidades Negras, se presentaran los documentos de solicitud de titulación colectiva.⁶⁹

No obstante la relevancia de la titulación colectiva, en el Putumayo este no parece ser un aliciente tan fuerte como lo ha sido la consulta previa que aparece como una concreción clara de los derechos de imaginarse como comunidad negra y organizarse en torno a la figura del consejo comunitario. Ha sido un proceso mucho más difícil que en otros lugares del país debido a la compleja situación del Putumayo (con los fuertes efectos de la violencia armada y el narcotráfico), como a las particulares características en los procesos de poblamiento y la consolidación de los asentamientos nucleados y dispersos de la gente negra.

En este sentido, son muy dicentes las palabras de Emilson Barriento, uno de los miembros del consejo comunitario de Villa del Río:

“[El consejo comunitario es muy importante] Porque, como tal hay una ley que nos ampara y estamos organizados, o sea, en caso de que venga la ley o lo que sea nosotros podemos hablar con ellos, entrar a una consulta previa y llegar a un acuerdo con una compañía como tal, *no somos personas normales*. Eso, tenemos una organización, o sea somos grupo afro y tenemos derechos” (citado en Duarte 2020: 57; énfasis agregado).

pero con posterioridad averiguaron que la Ley 70 de las negritudes permite conformar un consejo comunitario con diecisiete familias. Se dividieron y surgieron cinco más: Martin Luther King, que cuenta con 100 miembros; Consejo de Puerto Limón, con 400; Consejo Orcunepul, Palenque y Nelson Mandela, además de dos cabildos indígenas”.

⁶⁹ Los consejos comunitarios son: Villa Arboleda (Valle del Guamuéz), La Primavera (Puerto Asís), San Luis (Villagarzón), Versabal (Orito), Nelson Mandela (Puerto Limón) y Villa del Río (Puerto Caicedo).

Conclusiones

Hace cerca de un siglo, sobre el área que incluye hoy al departamento del Putumayo, el general Sicard Briseño escribía:

“La Gran Cordillera de los Andes colombianos lanza hacia esta región algunos ramales que forman valles transversales y profundos por los cuales descienden grandes ríos de largo curso y de un caudal de aguas que los hace navegables en las regiones planas y selvosas, que se extienden desde el pie de estas montañas hasta más allá de las fronteras del Brasil, semejando un océano de verdura de aspecto imponente y que guardan en su seno riquezas inmensas en maderas, resinas, gomas y otros tantos productos de los reinos naturales. Estas selvas inmensas, tan solo pobladas por salvajes y fieras, son en su mayor parte desconocidas, pues no han sido explotadas sino en las riberas de sus ríos y algunos kilómetros de sus cercanías. Aún se encuentran inmensas porciones de ellas en las cuales no ha osado penetrar hombre alguno civilizado y que guardan los misterios de lo desconocido” (1922: 185).

Imágenes como estas, instaladas desde el periodo colonial (Taussig 2012), todavía tienen su peso en los términos desde los que se piensan regiones como la del Putumayo. Aunque ampliamente cuestionados en la academia, las nociones de salvaje y civilizado todavía habitan el sentido común de muchos colombianos. A pesar de que ya no aparecen como simples obstáculos para la civilización y han sido ampliamente intervenidas, para muchos colombianos la noción de selvas agrestes sigue instaurada como uno de los referentes que definen el Putumayo.

Como hemos expuesto en este texto, el Putumayo no se puede reducir a estos estereotipos. Hemos documentado las trayectorias históricas de los afrodescendientes en el Putumayo, que se remontan al menos desde el siglo XIX. Hoy son claras las presencias de los afrodescendientes en diversos tipos de asentamientos nucleados y dispersos tanto en las zonas rurales como en los contextos urbanos del departamento. En estas presencias hallamos continuidades en concepciones y prácticas tan fuertes y explícitas como Puerto Limón con respecto a sus lugares de procedencia como Barbacoas y Güelmambí. En otros asentamientos estas continuidades no son tan evidentes a primera vista, lo que no significa que no existan.

Ahora bien, si algo ha caracterizado a la diáspora africana ha sido su gran capacidad de enfrentar las condiciones más adversas generando con rapidez inusitada estrategias económicas y entramados socioculturales para responder a nuevas situaciones. Por tanto, la especificidad de los asentamientos afrodescendientes en el Putumayo no puede circunscribirse a una lectura de tradiciones estancadas e inmutables, ni a nociones de comunidades estereotipadas y folclorizadas al margen de las atropelladas transformaciones que se enfrentan en la actualidad.

Como parte de estas transformaciones, la emergencia y consolidación de organizaciones y consejos comunitarios es un indicador de los complejos procesos de identificación y de

posicionamiento como sujeto político y de derechos por los que atraviesan estas poblaciones. En este marco, se despliegan esfuerzos y recursos en nombre de la cultura y de la tradición, se apela a marcadores históricos y políticos de dignificación del pueblo negro. Es en este punto donde urgen cartografías de las trayectorias y presencias de los afrodescendientes en el Putumayo que ofrezcan novedosos insumos empíricos y teóricos para la emergencia de una más adecuada imaginación política.

Referencias citadas

- Aguilar, Paloma. 2019. “‘Indionegros, cruzados y revueltos’: relaciones entre negros e indígenas en Puerto Limón, Putumayo”. Viñeta etnográfica.
- Alcaldía de Valle del Guamuez. 2015. *Plan de Desarrollo 2016-2019*.
- Angulo, Florel. 2012. “Recopilando la memoria de la cultura afro: Puerto Limón”. Curso Laboratorio de Investigación. Fundación Universitaria Claretiana. Mocoa.
- Angulo, Florel. 2013. “Tradición oral de las Comunidades Afro de Puerto Limón, Putumayo”. Proyecto de investigación. Fundación Universitaria Claretiana. Mocoa.
- Angulo, Raúl. 2010. “Economías extractivas y desarrollo sostenible: análisis y reflexiones de sus relaciones, a partir de la explotación petrolera del Putumayo”. Tesis Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo. Universidad Nacional. Bogotá.
- Ardila, Ana Marcela. 2003. “Ecología política y religión en el piedemonte del Putumayo”. Tesis de Maestría en Sociología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá
- Ariza E., Ramírez M.C. y Vega L. 1998. *Atlas cultural de la Amazonia colombiana, la construcción del territorio en el siglo XX*. ICAN: Bogotá.
- Arenas, Luis Alberto. 2010. *Jirones de la memoria. Crónicas sobre el conflicto colombo-peruano*. Bogotá: Ediciones Escorpión.
- Bedoya, Luz Marina *et al.* 2012. “Entre la tradición y el cambio. El ojo y el espanto como percepción cultural de enfermedad en niños del municipio de Guapi, Cauca”. En: Elizabeth Tabares (comp.), *Voces, perspectivas y miradas del Pacífico*. pp. 225-242. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Briseño, Sincard. 1922. *Geografía militar de Colombia*. Bogotá: Imprenta del E.M.G.
- Cabrera, Gabriel. 2018. La presencia antillana en la Amazonia: los negros barbadenses en la explotación del caucho y sus imágenes. *Memorias*. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano. 14 (36): 57-96.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2014. *Putumayo: la vorágine de las caucherías. Memoria y testimonio*. Dos volúmenes. Bogotá: CNMH.
- _____. 2012. *El Placer: mujeres, coca y guerra en el bajo Putumayo*. Tauros: Centro de Memoria Histórica.

- Comisión Andina de Juristas. 1993. *Putumayo. Serie Informes Regionales de Derechos Humanos*. Bogotá:
- Cornejo, Manuel y Alejandro Parellada (eds.) 2011. *Libro Azul Británico Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*. Lima: IWGIA-CAAAP.
- Culma, Edinso *et al.* 2015. *Petróleo, coca, despojo territorial y organización social en Putumayo*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Culturama. 2003. “Encuentro Departamental con Mujeres Afroputumayenses para construir el Plan Sociocultural de las Comunidades Afro. Para construir el plan sociocultural de las comunidades afro memoria. Puerto Asís, 31 de Mayo, 1 y 2 de Junio de 2003. Memorias” Mocoa, Putumayo
- De Montclar, Fray Fidel. 1917. *Informes sobre las misiones del Caquetá, Putumayo, Goajira, Casanare, Meta, Vichada, Vaupés y Arauca*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- _____. 1916. *Informe sobre las Misiones del Putumayo*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Devia, Claudia. 2004. “Orito y la explotación petrolera. un caso de colonización en el medio putumayo, 1963-1985”. Trabajo de grado. Departamento de Antropología. Universidad Nacional. Bogotá.
- Diócesis de Tumaco. 2009. “¡Que nadie diga que no pasa nada! Una mirada desde la Región del Pacífico Nariñense”. Tumaco.
- Duarte, Lina. 2020. “Lucha por el territorio, un derecho merecido. Una Historia Ambiental del Consejo Comunitario de Villa del Río de 1970-2020 en Puerto Caicedo, Putumayo”. Trabajo de grado Programa de Ecología. Universidad Javeriana.
- Enríquez, Roberto. 2000. *Puerto Caicedo: historia de un pueblo*. Consejo Municipal De Cultura.
- Escobar, Martha. 1990. *La frontera imprecisa. Lo natural y lo sagrado en el norte de Esmeraldas*. Quito: Centro Cultural Afro-Ecuatoriano.
- FEDECAP. 2006. “Plan afrodescendiente en putumayo-agosto 2006-2019”. Federación de Asociaciones por los Derechos de las Comunidades Negras del Putumayo. Mocoa. Documento.
- Friedemann, Nina S. de. 1974. Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología*. (16): 9-52.
- Guerrero Andreína, Sandra Londoño y María Fernanda Jaramillo. 2016. “Putumayo: entre la devastación ecológica y humana. La paradoja del extractivismo como modelo de desarrollo”. En: Carlos Duarte (ed.) *Desencuentros territoriales. Tomo II*.

Caracterización de los conflictos en las regiones de la Altillanura, Putumayo y Montes de María. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Gobernación del Putumayo. 2012. “Plan Departamental de Desarrollo Putumayo Solidario y Competitivo, 2012-2015”.

https://www.putumayo.gov.co/images/documentos/planes_y_programas/ORDENANZA_0639_05_30_12_PDD_3.pdf

Gobernación del Putumayo. 2011. *Cartilla Putumayo 2011. Putumayo, te llevo en mi corazón.* <http://www.youblisher.com/p/239878-Cartilla-Putumayo-2011/>

Hernández-Mora, Salud. 2019. “‘Aquí, las petroleras son bienvenidas’. En una inspección de Putumayo aceptan el oro negro, pero no dan un cheque en blanco. *El Tiempo*. 11 de julio. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/puerto-limon-putumayo-apoya-la-explotacion-de-petroleo-en-sus-territorios-387290>

Jimeno, Myriam. 1989. “Los procesos de colonización, siglo XX”. En: *Nueva historia de Colombia*. pp. 371-396. Bogotá: Editorial Planeta.

Mitchel, George B. [1912] 2003. *Viaje de la Comisión Consular al río Putumayo y afluentes*. Lima: CAAAP, IWGIA, Tierra Nueva, Aecid. Digitalizado: https://issuu.com/jorgeluischavez/docs/album_de_fotografias_viaje_comision

Palanca, Rocío. 2013. *Leguizamo: hacia una construcción histórica del territorio*. Bogotá: Tropenbos Internacional Colombia

Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

Salamanca, Demetrio. 1916. *La amazonia colombiana. Estudio geográfico, histórico y jurídico en defensa del derecho territorial de Colombia*. Volumen primero. Bogotá: Imprenta Nacional.

Semana. 2009. El ‘tsunami’ de Tumaco. 18 de mayo.

Silva, María Cecilia. 2018. *Selva piel*. Colección Raigambre, Tomo I. Bogotá: Ediciones Raigambre.

Suárez, Pablo. 2020. “La consulta previa y su aplicación en Putumayo entre 2011 y 2020: estudio de casos”. *Mi Putumayo*. <https://miputumayo.com.co/2020/06/04/la-consulta-previa-y-su-aplicacion-en-putumayo-entre-2011-y-2020-estudio-de-casos/>

Palomar, Andrea. 2019. “Relatos de mujeres y mujeres relatadas: presencias en Puerto Limón, Tesalia y Burdines, Putumayo”. Viñeta etnográfica de salida de campo. Universidad Javeriana. Bogotá.

- Price, Thomas. 1955. "Saints and Spirits: A Study of Differential Acculturation in Colombian Negro Communities". Ph.D. dissertation, Northwestern University.
- Riveros, María Alejandra. 2019. "Loriente, la mina prometida". Viñeta etnográfica de salida de campo. Universidad Javeriana. Bogotá.
- Rodríguez, Laura. 2019. "¡Yo era jodida, orgullosa ¡ No solo no se nace mujer, sino que hay muchas maneras de llegar a serlo: sobre la heterogeneidad femenina en Puerto Limón". Viñeta etnográfica de salida de campo. Universidad Javeriana. Bogotá.
- Taussig, Michel. 2012. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Torres, María Clara. 2012. "Coca, política y estado. El caso de Putumayo, 1978-2006". Tesis, Maestría en Estudios Políticos. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Triana, Miguel. 1907. *Por el sur de Colombia*. París: Garnier Hermanos Editores.
- Urrea, Fernando; Héctor Fabio Ramírez y Carlos Viáfara. 2004. "Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI". En: Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia Ramírez (eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*. pp. 213-268. Bogotá: ICANH-Universidad Nacional de Colombia.
- Velásquez, Rogerio. 1961. Ritos de la muerte en el alto y bajo Chocó. *Revista colombiana de folclor*. Vol. II, N°6 Segunda época. Bogotá.
- _____. 1957. La medicina popular en la costa colombiana del Pacífico. *Revista colombiana de antropología*. (6): 216-218.
- Wade, Peter. 1997. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Whitten, Norman. 1992. *Pioneros Negros: La Cultura Afro-Latinoamericana del Ecuador y de Colombia*. Quito: Centro Cultural Afro-Ecuatoriano.